ONQUIS-
ADORES
NTIGUO
Y
DERNO

FCO.
SOSA

C
F1205
S67

107177

1020001093

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

107177

FRANCISCO SOSA

CONQUISTADORES ANTIGUOS Y MODERNOS.

DISERTACION

Á PROPÓSITO
DE LA OBRA DE D. GENARO GARCÍA:

«CARÁCTER DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA EN AMÉRICA Y EN MÉXICO,
SEGÚN LOS ESCRITORES PRIMITIVOS.»

MÉXICO
TIP. Y LIT. «LA EUROPEA,» DE J. AGUILAR VERA Y COMPAÑÍA (S. EN C.)
Calle de Santa Isabel número 9.
1901

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONQUISTADORES ANTIGUOS Y MODERNOS.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DEL MISMO AUTOR

Manual de biografía yucateca. 1 tomo, 1866.
Magdalena. 1 tomo, 1871.
Don Wenceslao Alpuche. 1 tomo, 1873.
Doce leyendas. 1 tomo, 1877.
El Episcopado mexicano. 1 tomo, 1877.
Efemérides históricas y biográficas. 2 tomos, 1883.
Los contemporáneos. 1 tomo, 1883.
Biografías de mexicanos distinguidos. 1 tomo, 1884.
Recuerdos. Colección de sonetos. 1 tomo, 1888.
Escritores y poetas sud-americanos. 1 tomo, 1890.
Las estatuas de la Reforma. 1 tomo, 1900.

FOLLETOS.

El monumento de Colón.— Discurso en elogio del poeta mexicano Manuel M. Flores.— Versiones castellanas de la «Jerusalem Libertada.»— Ecos de gloria.— Elogio fúnebre del ilustre Dr. D. Rafael Lucio.— Discurso pronunciado el 16 de Septiembre de 1886.— El monumento de Cuauhtemoc.— El libro del amor, de Marco A. Canini.— Epístola á un amigo ausente.— Bosquejo histórico de Coyoacán.— Elogio del ilustre poeta D. Casimiro del Collado.— Lo que significa una estatua, Discurso.

EN PREPARACIÓN.

ALTAMIRANO, SU VIDA Y SU OBRA.

FRANCISCO SOSA

CONQUISTADORES ANTIGUOS Y MODERNOS.

DISERTACION

Á PROPÓSITO
DE LA OBRA DE D. GENARO GARCÍA:

«CARÁCTER DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA EN AMÉRICA Y EN MÉXICO, SEGÚN LOS ESCRITORES PRIMITIVOS.»

MÉXICO

TIP. Y LIT. «LA EUROPEA,» DE J. AGUILAR VERA Y COMPAÑÍA (S. EN C.)
Calle de Santa Isabel número 9.

1901

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

C
F1205
S67

La propiedad literaria de esta Disertación está asegurada en la forma prescripta por la ley.

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

CONQUISTADORES ANTIGUOS Y MODERNOS

Amicus Plato, sed magis amica veritas.

AL recibir en la soledad del retiro á que pertinaz dolencia me tiene confinado, la fausta nueva de que acababa de aparecer bellamente impresa una obra histórica del Sr. Lic. D. Genaro García, llamada, en el sentir de mi informante, á producir honda conmoción entre los que se dedican á este género de estudios, sentí inmenso júbilo. Porque la publicación de un libro de ese linaje, es una señal de que hay todavía en México quien se dedique á graves y educativas disquisiciones históricas, y es consolador saberlo en los días que corren, de apartamiento y desdén hacia lo que no conduzca derechamente á obtener, en vez de brillantes palmas de gloria, grandezas materiales y por su medio el respeto y los halagos que aparejados trae consigo la riqueza. La publicación de una obra extensa, desprendida de toda ambición innoble, la juzgué desde luego como una prueba palmaria de que *la fiebre de los negocios* permite á las veces la ejecución de trabajos que demandan un espíritu sereno, libre de las preocupaciones que absorben por completo á los que no conocen los apacibles y tranquilos goces de que las letras son inagotable manantial.

Ardí desde aquel momento en deseos por obtener el nuevo libro, y antes de mirarlos satisfechos, llegó á mis manos el entusiástico ó, para decir toda la verdad, el fervoroso elogio que del autor y de la obra hizo en las columnas de un diario, otro joven escritor á quien las letras patrias son deudoras de muchas y muy interesantes lucubraciones también históricas: el Sr. D. Luis González Obregón.

La lectura de ese elogio vino á llenarme de tristeza, decirlo de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bo con toda sinceridad. Y no se crea que despertó en mí tal sentimiento por lo que en honra del Sr. García allí se expone,—que ajeno soy á rastrera envidia,—sino porque me pareció oír algo así como un toque de atención, como un anticipo de las impresiones que la obra me había de causar, toda vez que mis particulares ideas, que lo que podría llamar mi credo en materias históricas, está en absoluta discrepancia con el credo del Sr. García, como lo está con el del Sr. González Obregón.

Aunque prevenido así mi ánimo, consagréme á la lectura de la flamante producción, con detenimiento tan grande, que más bien que lectura fué estudio el que de ella me propuse hacer. Fruto de ese estudio es la disertación que hoy ofrezco al público lector, temeroso, no debo ocultarlo, de que provoque torcidas interpretaciones.

Como quiera que sea, debo comenzar y comienzo por hacer una declaración previa, y es: que en la análisis y crítica de la obra del Sr. García no entra por modo alguno el deseo de amenguar el alcance de los elogios que otros le tributan, ó de rebajar la gloria á que noblemente aspira quien, como él, se lanza á las arriscadas lides de la inteligencia en filas que cada día se aclaran más y más se merman en México. No obedecen ciertamente á tales propósitos las observaciones que trato de hacer, dicho quede desde ahora; para que ni él ni nadie, me tengan por adepto de la escuela lapidadora de reputaciones, ó por ministro de esa especie de iglesia que sólo tiene anatemas para los que en ella no comulgan. Porque ¿quién lo ignora? Suele entre nosotros, cada vez que aparece un nuevo libro, desencadenarse una tempestad de dicterios y diatribas capaces de infundir, al autor sobre el que esa tempestad descarga su furia, incurable tedio y enervador desaliento; suelen recogerse amargos frutos en vez de paladear la dulcísima satisfacción que se experimenta al oír juicios imparciales, de recta intención, que si bien es cierto, son, en ocasiones, desfavorables, revelan siempre que no ha pasado inadvertida la obra y que por lo mismo que no se la encuentran baladí se la estudia y se la discute.

Antipatías personalísimas y espontáneas, emulaciones ruines, intransigencias de sectarios, fanatismos de escuela, en apretado ayuntamiento se conjuran para socavar los cimientos que pone el escritor para asentar en modesto pedestal su nombre. Diríase que las pasiones innobles, á semejanza de aquellos insectos parasitarios que se amontonan sobre las ramas florecidas de algunos vegetales para secarlos é impedir que lleguen á dar sazonados

y deleitosos frutos, se asocian é hincan el diente envenenado en el publicista que sólo alentaba la aspiración generosa de ofrecer á sus compatriotas el panal elaborado tras largos y penosos desvelos con lo que de mejor había en su cerebro, ó con la miel recogida en las flores de otros intelectos.

El recuerdo en este lugar y en el actual momento, de ese linaje de obstáculos, no es inoportuno, por mucho que maraville á los que piensan, porque no están al corriente de lo que pasa entre nosotros, que la avanzada ilustración que sin cesar se pregona ha hecho ya desaparecer esos obstáculos. No, los antiguos procedimientos están aún en uso, á pesar del modernismo imperante en ciertos géneros literarios.

Vea pues, el Sr. García en lo que voy á decir, no la censura enconosa ni el apasionado ataque, sino la expresión franca y sincera de mis convicciones, sin presuntuosos dogmatismos ni pujos de magisterio ridículo. Al manifestarle lo que siento y pienso después de estudiar detenidamente su libro, no presumo, por más que dicte mis razonamientos el amor purísimo á la verdad, que ese sentir y ese pensar lo hayan compenetrado de tal modo, que mis observaciones y reparos constituyan algo que sea irrefutable, algo que se imponga incontrastablemente. Mas tiempo es ya de entrar en materia.

Lo primero que se debe de cuidar cuando se trata de refutar una tesis, es no interpretarla maliciosamente, sino exponerla con la mayor fidelidad. Procediendo así, el autor de ella no puede acusar á su impugnador de atribuirle ideas que no son las suyas ó de tergiversar aquellas cuya paternidad reconoce.

Obedeciendo este precepto fundamental de toda crítica sana y justiciera, comenzaré por dar á conocer,—á quienes no hayan leído el libro del Sr. García,—el asunto en que se ocupa, el propósito que persigue, y el procedimiento empleado para deducir las conclusiones que de su obra se desprenden. Y como deseo alejar de antemano toda sospecha de prejuicios ó apasionamientos, voy á valerme de la síntesis hecha, no por otro crítico, sino por un panegirista devoto de la nueva producción, que con ella comulga, y á quien por tales motivos no podrá tachar el Sr. García. Refiéreme al Sr. D. Luis González Obregón que es,—como no sin razón asienta el autor del *Carácter de la Conquista española en América*,— «un joven que ocupa muy distinguido puesto entre nuestros historiadores más autorizados, tanto por su vasta y sólida erudición, cuanto por su juicio claro y sereno.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dice, pues, el Sr. González Obregón:

«En el libro 1º de esta importante obra, el autor estudia los antecedentes indispensables á la materia en que se ocupa, á saber: al pueblo español desde la época de la dominación romana hasta la de Felipe II; pueblo que odia á los infieles por fanático, que comete con ellos crímenes que horrorizan por cruel, y que les arrebata sus riquezas por avaro. Estudia también la índole de los españoles venidos á América, deteniéndose en considerar aparte á los seglares y á los eclesiásticos: los primeros de la peor ralea, presidiarios, condenados al último suplicio; aventureros por lo menos, que emigraban en busca de fabulosas riquezas; los segundos, avaros y codiciosos, relajados en sus doctrinas, corrompidos en sus costumbres.

«Con estos antecedentes, que reseña hábilmente á grandes rasgos el Lic. García, los hechos que informan el libro segundo de su obra, se explican fácilmente; pero el ánimo más sereno é imparcial se subleva contra aquella serie de iniquidades que los castellanos cometieron con los vencidos. Rapiñas las más groseras, crueldades las más salvajes; incendios los más injustos, violaciones las más repugnantes, son los rasgos generales y continuos, que acompañados del más grosero fanatismo, caracterizan la Conquista española en América, la cual encharca los pueblos en sangre, despoja de tierras y fortuna á sus habitantes, y á pretexto de evangelizarlos los embrutece y esclaviza.

«Cuadro tan desolador, sólo tiene una grandiosa figura, que crece con los siglos, el P. Las Casas, y un grupo de contados y venerables varones, los misioneros, que á ejemplo de aquél abogaron por la más justa de las causas, y fueron de los poquísimos que consolaron á los indios en sus infortunios.

«Especial capítulo consagra el autor á la Conquista de México, y sin temor de pecar por lisonjero, juzgo que es un cuadro completo y fiel de ese período histórico de nuestros anales, que además contiene nuevas é importantes investigaciones que habían escapado á la erudición de los contemporáneos.

«En el libro tercero y último de la obra, el autor se ocupa en estudiar los «Resultados de la Conquista,» como fueron, las guerras de invasión, la conducta posterior de los castellanos, la población indígena precolombina, la despoblación general de América, y la degeneración de los naturales. Consigna un dato el autor en este último libro, que es el resumen, la mejor síntesis de cómo se hizo la Conquista y los resultados de ella para los vencidos;

dato de un español, del Cronista Mayor de las Indias, Don Antonio de Herrera, quien dijo que: «se falla que faltan en sesenta e ocho años muertos á nuestras manos, «quarenta millones en todas las Indias;» e de solo cargar los ombres, «quince millones.»

Como se ve, evitó cuidadosamente el Sr. García apuntar siquiera un solo hecho digno de loor en los conquistadores; no dejó ni el más débil intersticio por el cual pudiese penetrar un rayo de luz que contrastara con la densísima tiniebla; cubrió la tierra toda de sangre y de cadáveres, evocó espectros pavorosos, hizo resonar de nuevo los ayes de las víctimas; pobló el aire de maldiciones, recogió los desahogos más virulentos de los censores coetáneos de Cortés, y terminó por exclamar con santa indignación: he ahí á los conquistadores de América hundidos hoy por mi brazo vengador en noche eterna; execradlos sin tregua ni descanso; de su obra impía no se han derivado sino desgracias; las generaciones que tienen principio y raíz en los conquistadores, llevan la mancha indeleble de este nuevo *pecado original.*

Ciertamente que el Sr. García no ha estampado estas mismas palabras; no, lejos de mí el calumniarle; pero, aun sin leer su libro, con leer no más la síntesis que acabamos de copiar, debida al Sr. González Obregón, cualquiera comprende que no peco de exagerado al imaginar que pudo concebir esa idea ya que no expresarla.

Y bien, ¿es esta la manera de escribir la historia? ¿este es el concepto que los más ilustres publicistas tienen formulado sobre la magna y educadora empresa de evocar el pasado? ¿Tal es, en el sentir del Sr. García, el fruto opimo de la modernísima ciencia de la filosofía de la historia?

Si las disquisiciones de esta índole no han de tener más objeto que acumular testimonios desfavorables á los hombres de otros siglos, espigando al efecto aquí y allí, en determinadas obras que legaron á la posteridad algunos varones austeros y generosos que no compartieron los errores, los vicios y los crímenes que informaban la conducta de los soldados y aventureros de su época, y que por haber sabido sobreponerse al influjo de las ideas entonces comunes y corrientes, las encontraron no sólo absurdas sino perniciosas y las condenaron con viril entereza; si el sociólogo de nuestros días debiera manejar no la pluma sino el escalpelo, y su tarea se redujera á destrozar en la plancha del anfiteatro osamentas, que no cadáveres, por el solo placer de proclamar que los guerreros de pasados siglos fueron un receptáculo de todo lo deforme, de todo lo nauseabundo, de todo lo que por infame inspira

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

odio, entonces no hay objeción ni reparo alguno que hacer á la ingrata labor emprendida por D. Genaro García y de la que es fruto el libro que acaba de dar á la estampa. Pero como por muy distintos senderos discurren los pensadores que encauzan las corrientes intelectuales en los días que alcanzamos, inquiriendo la verdad por el solo hecho de ser digno de espíritus esforzados ponerla al servicio de la humana especie, maravilla y entristece que un joven empapado en las teorías modernas, cultor ferviente de los estudios sociológicos, admirador devoto de Spencer, emplee largos días en la busca pacientísima de cuanto puede conducir á demostrar que los conquistadores del siglo XVI, que al nuevo mundo llegaron, fueron nada más que *españoles de la peor ralea, presidiarios, condenados al último suplicio, si seglares, y si eclesiásticos avaros y codiciosos, relajados en sus doctrinas, corrompidos en sus costumbres.*

El Sr. García, tan apacible, tan equilibrado como le habíamos conocido, se nos presenta inesperadamente en su nuevo trabajo, rencoroso, agresivo, vehemente, encarnizado, implacable, y esa transformación se debe á que se hundió en el mar lleno de sirtes de las viejas crónicas, no para extraer perlas de magnífico oriente—pocas que fueran pero siempre valiosas y dignas de imperial diadema—sino las negras conchas de moluscos viscosos, abandonadas en el fondo del Océano; sucias envolturas de cadáveres que, por dicha, no despiden ya miasmas deletéreos, porque los siglos, como las aguas saturadas de cloruro de sodio, destruyen los gérmenes de descomposición. ¡Buzo infortunado en verdad!

El Sr. García ha enhebrado sus descubrimientos en un hilo que si no fuera tan negro, apenas sí sería perceptible, y que de ese color se le buscó precisamente para que no hubiera solución de continuidad entre sus comentarios y los pasajes de los cronistas adversos á los conquistadores.

Yo comprendo á Taine hacinando en sus *Orígenes de la Francia contemporánea* iguales ó mayores y más espantables crímenes que los que hace desfilar ante nuestros ojos en procesión siniestra el Sr. García; porque Taine desafió así, con audacia pocas veces superada, las iras de no escasa porción de un pueblo que todavía se ufana proclamando las doctrinas de los hombres del 93; porque Taine asestaba sus tiros á los sectarios de una pseudo religión disolvente, capaz de conmover los fundamentos en que descansa no la sociedad francesa nada más, sino todas las sociedades cuyo acerbo civilizador es la Francia. No sólo le comprendo, sino que le admiro cuando medito en la generosidad y grandeza de su anhelo

por destruir ídolos cuyo culto tiene feroces ministros, para lograr saludable regeneración, y cuando le veo procurar reducir á sus naturales proporciones con la poderosa masa de su personal criterio, figuras que aún están de pie sobre altos pedestales, no le supongo poseído de un furor iconoclasta irreflexivo y ciego, sino que le reconozco como insigne revelador de verdades, para que su patria y la humanidad cuyos son los senderos que trata de iluminar, no caminen desatentados á precipitarse en pavorosos abismos. ¿Pero, ocurre nada de esto en la obra del Sr. García? Lejos, muy lejos de ser así, nadie tributa, aquí ni en ninguna parte, culto á los conquistadores de América en el siglo XVI; nadie ni los más retrógrados, los enaltece y presenta como modelos dignos de ser imitados; ninguno los ha llamado impecables, sin mácula; ninguno suspira por el régimen que fué la consecuencia indeclinable de la conquista. El credo republicano hoy, no es una mera idea especulativa; la democracia es un dogma; cada uno de los mexicanos está dispuesto á ofrendar su sangre y su vida misma en aras de su patria libre, de su patria independiente, de su patria grande y próspera bajo la tricolor bandera que es su lábaro sacro.

Esto de una parte; de otra, la nación progenitora ni nos acecha ni amenaza; antes por el contrario, ambiciona estrechar los lazos de amistad que se crearon una vez muertos los odios y rencores á que diera ser la lucha que á nosotros nos hizo independientes y á ella mermó sus dominios. Por eso no veo fin práctico y útil en la labor llevada á cabo con energías dignas de mejor causa por el Sr. García; por eso creo que viene fuera de sazón ó tiempo oportuno. De más de esto, no es generoso, no es hidalgo en los momentos actuales acribillar á un pueblo desangrado por enemigo potentísimo, desposeído de las colonias ultramarinas que conservaba todavía en el último lustro del siglo XIX; á un pueblo que pugna por regenerarse y que, con la mirada fija en lo porvenir, no ha de querer ni poder emplear el tiempo en vindicarse de lo pasado y en reivindicar sus antiguas glorias. Y aun suponiendo que los españoles de hoy fueran nuestros enemigos, todo ataque ó provocación es censurable. La España de 1901 es un herido al que cobija una tienda sobre la cual ondea la humanitaria enseña de la Cruz Roja.

Demos por sentado en abono del Sr. García, que no trató de encararse con la España de nuestros días, y que al reconstruir á su modo la historia de la Conquista de América, persiguió únicamente el esclarecimiento de la verdad. Pues bien, ni aun concediendo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que así haya sido, se justifica la virulencia de sus afirmaciones ó juicios, y su sed insaciable de noticias desfavorables á los españoles del siglo XVI, para presentárnoslas.

Que al servicio del tal empeño pusieran sus conocimientos los que prepararon el movimiento insurreccional de 1810 para romper las ligaduras que la nación dominadora forjó y mantuvo durante tres siglos, bien se comprende y explica. Porque entonces era necesario de toda necesidad derramar á torrentes la luz sobre las obscuras conciencias de las incultas masas del pueblo; porque en aquella sazón hasta las exageraciones más estupendas tenían razón de ser, toda vez que mientras mayor fuera el odio que inspiraran los dominadores á quienes se quería derrocar, mayor también sería el número de prosélitos que seguiría á los apóstoles de la doctrina libertadora. Que mientras no estuvo consolidada la obra de Hidalgo se haya procurado traer á la memoria del pueblo, en los grandes aniversarios, el pasado con sus exacciones desapoderadas, con sus inquisitoriales torturas, para subyugar con esos recuerdos el ánimo de las muchedumbres que se arremolinan junto á la tribuna cívica, nadie podrá extrañarlo, porque esos eran los medios necesarios para sugestionar á los nuevos ciudadanos; porque para hacer que todos amen á los héroes que realizan los grandes hechos que cambian el modo de ser de las Naciones, nada tan eficaz como la exhibición del cuadro en que aparecen la brillante luz del presente en contraposición con las densas sombras del pasado. Pero todo debe hacerse en el lugar y tiempo oportunos.

El orador que se dirige á las turbas indoctas no se expresa de igual manera que el orador de las academias científicas; como el periodista de combate es distinto del historiador docto y reposado. Por eso no aplaudo los recursos de que el Sr. García se vale para historiar hoy la conquista y hacer que perdure el odio á los que la realizaron. Hierven en su libro rencores que podría llamar yo retrospectivos; saña que no se amengua ni ante las tumbas cubiertas por el polvo de los siglos; y esos rencores y esa saña me parecen, por modo absoluto, impropios en un escritor sesudo que trata de infundir su criterio, y creo que en vez de conseguirlo, desautoriza su tesis desde el momento en que da lugar, él mismo, á que el lector se pregunte á qué obedece en la época actual la exhumación de un proceso fallado sin apelación tiempo ha por el tribunal augusto de la conciencia humana.

Ya no sólo en las obras sobre historia patria, escritas para la enseñanza de las nuevas generaciones, en los discursos patrióticos

de los que se dirigen á las masas populares anualmente el 16 de Septiembre, son bien distintos los procedimientos que los pensadores emplean desde hace algunos años. Tanto es así, que no se ha dejado oír una sola palabra de protesta cuando un orador ha expresado en la tribuna cívica, en 1886, los conceptos que siguen:

«Sereno ya el ánimo tras las perturbaciones consiguientes á las grandes crisis que conmueven á los pueblos al verificarse una evolución social, como se conmueve la naturaleza en los momentos de un gran fenómeno físico; ilustrada la razón por el estudio de las causas y consecuencias de la insurrección de 1810, vemos que los tres siglos que antes llamáramos solamente de odiosa servidumbre, no fueron sino una de las etapas que habíamos de recorrer para llegar á inscribir el nombre de nuestra patria entre los de las naciones autónomas, y que, durante ese período histórico tuvieron origen y desenvolvimiento las ideas y los demás elementos constitutivos de la nacionalidad mexicana.

«Obedeciendo á la incontrastable ley del progreso, un pueblo formado con la fusión de dos razas valerosas y abnegadas hasta el sacrificio, conquistó su independencia, revelando al mundo la alteza de sus miras, lo heroico de su valor y lo singular de su constancia.

«No era posible que la nación dominadora se resignase á mirar impasible la pérdida de uno de los más ricos florones de su corona, ni era posible tampoco que los descendientes de Cuauhtemoc, una vez iniciada la lucha, cejasen en sus propósitos. De aquí la tenacidad y la grandeza de esa lucha, y de aquí también que sea más glorioso el vencimiento alcanzado por los mexicanos.

«Restañada la sangre, cicatrizadas las heridas, disipado el humo y el fragor de los combates, y muertos los rencores de los contendientes, sucedió lo que no podía menos de suceder: vimos que la conquista española había sido un bien, toda vez que merced á ella trocóse la sangrienta religión azteca por las dulces y consoladoras creencias cristianas; vimos que España, de cuanto á la sazón poseía, nos había hecho partícipes, y que, su habla rica y sonora, su escritura fonética, sus artes, sus hidalgos sentimientos, su valor indomable, todo nos lo habíamos asimilado; comprendimos que podíamos gloriarnos de que en nuestras venas circulase, mezclada con la sangre mexica, la sangre de aquella raza que tanto ha contribuído al humano progreso; y al encontrarnos desligados de la nación que fué nuestra dominadora, nos enorgullecimos de ser libres, pero sin renegar de nuestro origen, y resueltos á no desmen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tir jamás con nuestros hechos las virtudes que habíamos heredado.»

¿Pero qué mucho? Ayer, en el último aniversario del fallecimiento del más ilustre prócer mexicano, del indio de Guelatao, arrebató hasta el delirio á innúmeros oyentes un joven, inspirado tribuno, al proclamar en frase brillantísima, que «hemos perdido la fe en las quimeras del jacobinismo, pero la tenemos cada vez mayor en las verdades de la ciencia; que ya no nos exalta la raudalosa elocuencia dantoniana arrastrando en su furia mantos desgarrados y cetros rotos, pero nos entusiasma la serena voz de la filosofía que deposita limo fecundo en las almas y jamás desborda cóleras destructoras de su profundo cauce; que nos burlamos un poco de las disertaciones incoloras y pedantescas de Robespierre y estudiamos en Rousseau un caso patológico; que los reyes, los frailes y los nobles, que habían perdido la fisonomía humana con los corrosivos de la literatura demagógica que los llamaba y los llama, hidras, vampiros, endriagos, nos parecen en la historia científica, con sus facciones normales, como hombres semejantes á los demás hombres, algunas veces liberales, complacientes, artistas; que analizamos y que nos explicamos, sin odiarlas «á priori» *las etapas más infaustas de la crónica humana;* que ya no creemos que la regeneración universal brote de un discurso epiléptico de encrucijada, aplaudido por el populacho ebrio que deserta de las escuelas y de los talleres y armado de formidables picas levanta en triunfo á Marat, grotesco y patibulario, sobre los bonetes rojos; que no creemos en la utópica democracia del «Contrato Social,» idealmente bella, como un diálogo platónico, trazada á maravilla con la armonía matemática de los silogismos, pero falsa de toda falsedad; que, por último, hoy vemos evaporarse en el horizonte las últimas humaredas de la Convención.»

Eso dijo el Sr. Urueta, que es el orador á que aludimos, precisamente en un día del propio mes de Julio en que fué puesto á la circulación el libro del Sr. García. La juventud que llena actualmente las aulas, los legisladores, los estadistas, los representantes de las clases obreras, los de las Academias científicas, el pueblo todo, cuantos con ardentísimo entusiasmo significaron al Sr. Urueta con no interrumpido aplauso que compartían sus ideas, ¿compartirán también las del Sr. García que son, en los albores del siglo XX, la antítesis más perfecta del concepto de la modernísima ciencia de la filosofía de la historia?

Pasemos á otro género de consideraciones. Enamorado, y con razón el Sr. García, de la altísima figura del venerable Fray Bartolomé de las Casas, el santo apóstol de la caridad cristiana, noble y heroico defensor de los indios, su protector más eximio, *Padre de los americanos,* como decía la antigua inscripción grabada en el Colegio de San Gregorio, no se concreta á tributarle el culto de su admiración acendrada, y á la que es, no me cansaré de repetirlo, acreedor por indiscutible derecho, sino que tómale por modelo al constituirse hoy en el acusador implacable de los conquistadores, y emplea el método seguido por su maestro amado, de hacinar horrores, nada más que horrores, de no admitir atenuante alguna, como por ejemplo ésta: la esclavitud no sólo estaba aceptada en el siglo XVI aun por los pontífices y por los más cristianos varones, sino por el mismo Fray Bartolomé de las Casas que se hizo reo de ese delito, puesto que tuvo esclavos á su servicio. ¿Quién lo ignora?

Para conocer hasta dónde llega en sus extravíos la pasión del Sr. García, á quien el Sr. González Obregón califica de historiador sin prejuicios ni apasionamientos, y para dar á sus afirmaciones su justo precio, basta fijarse en las locuciones que emplea cuando trata de deprimir, á quien quiera que sea, si no es de su devoción.

En la página 379 de su libro, encontramos los párrafos que van á continuación: «Varios testimonios fehacientes podríamos aducir aún sin trabajo alguno en comprobación de los asertos anteriores, pero de intento vamos á limitarnos al del P. Motolinia, *el émulo más procaz* que tuvo nuestro intachable don fray Bartolomé de las Casas.» —Llena á seguida cerca de tres nutridas páginas con las tremendas acusaciones que Motolinia hizo con espíritu justiciero, y agrega: «Son sin duda contundentes las confesiones hechas por el mismo *fraile* que á la vez que con mayor exaltación *osaba atacar al sublime defensor de los indios don fray Bartolomé de las Casas* llamándole vago, bullicioso, y falto de sosiego, embustero y torcido, prodigaba en cambio alabanzas serviles á los conquistadores, pues fué el propio Motolinia quien afirmó que ninguno como Cortés «amó y defendió á los indios en este mundo nuevo.»

Las Casas para el Sr. García, era don, es decir señor; era intachable y sublime, era Bartolomé *de las,* es decir, noble; Fray Toribio de Benavente era simplemente Toribio, sin *don; fraile* (en tono despectivo) procaz y osado. No importa que sea uno de los historiadores primitivos, no importa que en su *Historia de los indios de Nueva España* condene los crímenes y desmanes de los conquistado-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

res, y que haya merecido por eso que copiase muchas páginas de él el Sr. García en apoyo de su tesis; no, la gratitud imperecedera se debe al que en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* y en la *Historia de las Indias*, dejó al autor del *Carácter de la Conquista española en América,* la mayor suma de informaciones, como diría hoy un repórter. A Don Fray Bartolomé de las Casas, autor de esas obras, y sobre todo por la segunda, corresponde todo honor, porque en opinión del Sr. García *ninguna otra tiene más autoridad respecto de Colón y de los primeros años de la dominación española en América.* Si esto fuera rigurosamente exacto, el autor á quien refutamos podía muy bien haber limitado su tarea á reimprimir la *Historia de las Indias,* poniéndole como prólogo el mismo que aparece en el *Carácter* y como epílogo el capítulo intitulado: «Resultados de la Conquista.»

Tamaña injusticia demanda una reparación. Para obtenerla, llevemos al Sr. García al *terreno* de la historia.

Las Casas y Motolinia son dos personalidades dignas ambas de inmortal memoria, aunque completamente dispares. De la primera no necesitamos hacer extenso panegírico; ya el Sr. García agotó los epítetos del léxico español, en loor del defensor de los indios, y hasta le llamó *irreparable* (pág. 7) cuando de su pérdida podría decirse, mas no del sujeto. De la segunda personalidad, es decir, de la de Motolinia, tan impíamente ultrajada, sí es necesario hacer meritísimo recuerdo, vindicación debida.

Fray Toribio de Benavente vino á Anáhuac antes que Fray Bartolomé de las Casas, formando parte de aquella *Custodia* presidida por Fray Martín Valencia y de la cual uno de los más grandes pensadores de nuestra época ha dicho: «trece frailes, un verdadero apostolado de fe, de humildad, de pobreza, de fervor; hombres en quienes había tornado al mundo el espíritu angélico del fundador; toda la ternura, toda la dulzura de la religión de Francisco de Asís era necesaria para mostrar al mundo, en aquella época, españoles que no fueran duros, que no fueran crueles; los frailes de la custodia sólo lo fueron con ellos mismos. El indio fué hijo suyo desde aquel instante; la consagración al estudio de las lenguas fué la ocupación principal de los frailes, etc., etc.»

Fray Toribio fué, lo repetimos, uno de esos apóstoles, y su obra fué *más práctica,* dados los días en que á ella se consagró por modo absoluto, que la obra de Don Fray Bartolomé de las Casas, toda vez que las penalidades del misionero en el siglo XVI, sufridas en bien de los indios, significaban más entonces, que cruzar siete

veces el océano, como Las Casas lo hizo para no ser escuchado sino por la posteridad, y escribir dos libros llenos de invectivas y recriminaciones. Seguramente por eso los indios amaron y reverenciaron á Fray Toribio, le demostraron gratitud mientras vivió y le lloraron después de muerto. Los indios fueron los que al verle con el hábito raído le dijeron *Motolinia,* es decir, *pobreza*, y como esa voz nahuatl traducía sus votos, *Motolinia* quiso llamarse, y con ese nombre ha llegado hasta nosotros. Las Casas debió al soberano español el título de *Defensor de los indios,* como le debió la mitra de Chiapas. A Motolinia le titularon los indios, y el soberano español no ciñó con una mitra la frente del *pobre* misionero!

Sucede al Sr. García con el P. Las Casas, lo que á los lectores que sólo tienen un autor predilecto; lo que á los amantes con su primera novia: fuera del uno ó de la otra, no ven jamás cualidades supremas: no hay talento, no hay verdad, no hay belleza, no hay virtud, posibles. Lea el Sr. García lo que D. Fernando Ramírez y lo que Icazbalceta han escrito acerca de Motolinia, y comprenderá cuán injusto ha sido al calificarle de *fraile procaz*.

Las Casas y Motolinia perseguían un mismo fin; solamente que, para alcanzarlo, empleaban distintos procedimientos: el uno, creía que las mayores vehemencias eran pocas, tratándose de defender á los indígenas; el otro, juzgaba necesarias la moderación y la templanza para no irritar á los conquistadores, si se deseaba, en bien de aquellos, dominar la fiereza de éstos. Esa moderación ponía fuera de sí á Las Casas; aquellas exaltaciones eran propias en concepto de Motolinia para agravar los padecimientos en vez de curarlos. De ahí el inevitable choque. Tercos ambos, persistían en sus medios de acción y se acriminaban recíprocamente, pues hombres eran, y aunque seres superiores desde otros puntos de vista, vulgares en las luchas del amor propio: *Inde iræ*.

Lea el Sr. García con detenimiento el admirable trabajo de D. Fernando Ramírez, autor nada sospechoso para él,—ó sean las *Noticias de la vida y escritos de Fray Toribio de Matolinia,*—y verá en éste «al misionero infatigable, al caritativo y animoso defensor de las razas conquistadas, al ardiente propagador de la civilización cristiana,» verá que él fué el *último* de los doce misioneros, que pagó tributo á la tierra que había fecundado con su doctrina, edificado con su virtud, é ilustrado con sus apostólicos afanes, tan dilatados como útiles y meritorios, y verá por último que Motolinia, considerado en otro teatro, no menos interesante para la civilización que para su propia gloria,—en el de las letras,— «ocupa y ocu-

pará siempre un lugar distinguido, como fuente abundante y pura de las tradiciones primitivas de la civilización cristiana, y de otras muchas, preciosas, de la historia antigua del país.» En ese estudio del Sr. Ramírez, que puede colocarse junto á los mejores de su género, debidos á plumas que el universo todo ensalza y admira, D. Genaro García hallará cuanto ha menester para borrar la despectiva frase que empleó irreflexivamente, de que Motolinia era un *fraile procaz*, y todo esto lo hallará el Sr. García mezclado con elogios de altísimo precio al R. P. Don Fray Bartolomé de las Casas, á quien nadie pretende arrebatar su merecida gloria, ni disminuir en un ápice los indubitables merecimientos.

Si me he permitido recomendar al Sr. García que abarque en un estudio serio y profundo la personalidad entera de Motolinia, es porque creo, con un gran escritor, que no se aman los detalles, los fragmentos de verdades y de cosas; que para conocer éstas y amarlas, es necesario verlas enteras, vivas, en el enlace ordinario con toda la realidad, y esto sólo se consigue á partir de una idea unitaria, un concepto del mundo, mejor: una visión, una intuición, una creencia.

Esa visión, esa intuición, esa creencia, se echan de menos en el *Carácter de la Conquista española en América,* porque su autor ha amado los detalles, los fragmentos de la historia de la Conquista, como al referirse á Motolinia le ha condenado tan sólo porque no compartió los ideales y procedimientos de Las Casas y con él luchó como ninguno.

Por lo que á mí respecta, no he querido ni con mucho establecer un paralelo entre ambos contrincantes; porque, fundándome en autoridad grave y sesuda, creo que el sistema de comparaciones es malo cuando se convierte en parangón, y yo no quisiera caer en el defecto de echar luz sobre lo que prefiero, á costa de acumular sombras en otra parte; deficiencia crítica muy generalizada, que siempre evito, siguiendo las doctrinas de los maestros en el arte de escribir vidas é historias.

Restablecer la verdad en lo que á Motolinia atañe, juzguélo no solamente justo sino oportuno; porque mejor testimonio no cabe para demostrar que el Sr. García se deja arrebatar por la pasión al formular sus sentencias, que el testimonio que proporciona la breve frase en que condena á un defensor de los indígenas, tan ilustre como lo es Motolinia. Y pues se trata de vindicaciones, hay otra que también nos solicita: la de la memoria de Bernal Díaz del Castillo.

Tan grande es la inquina del Sr. García contra los conquistadores del siglo XVI, que cuando á alguno de ellos no puede denigrarle se conforma con callar sus mejores títulos, con desdeñarle. Vemos así que á pesar de ser historiador primitivo de los más frecuentemente citados por el Sr. García, como autoridad, en la Tabla bibliográfica se limitó á unas cuantas líneas biográficas en las cuales cuidó de suprimir el menor elogio.

Si D. Genaro García hubiere querido ser justiciero, poco ó ningún trabajo le habría costado extractar algunas frases de las que D. Luis González Obregón dejó estampadas en uno de sus mejores libros, que se intitula así: *El capitán Bernal Díaz del Castillo, Conquistador y Cronista de Nueva España.*

Como el Sr. García tiene, y con razón, formado el mejor concepto de los trabajos históricos del autor de *México Viejo,* elogios desapasionados del Sr. González Obregón á Bernal Díaz del Castillo serán los que recordemos en este lugar.

Famoso capitán é inimitable cronista, hijo de familia distinguida, que desde muy joven se lanzó á la azarosa existencia de aventurero y conquistador, impulsado por el espíritu que animaba á sus coetáneos, por ardor caballeresco ó por afán de lograr fortuna; con debilidades que deben disculpársele por ser comunes á todos sus contemporáneos, ese fué Bernal Díaz del Castillo, al decir del Sr. González Obregón. De su única obra histórica, afirma que es una inestimable crónica que á pesar de todos sus defectos de estilo y de fondo *es el documento más auténtico y veraz que tenemos, junto con las Cartas de Hernán Cortés* para escribir la historia de la conquista, porque Bernal Díaz en su obra, ruda pero pintoresca, nos transporta á aquellos tiempos; presenciamos con él todos los sucesos; conocemos con sus retratos, faltos de arte, mas llenos de vida y de colorido, á todos los *héroes*, á todos los conquistadores, desde el último soldado hasta el audaz conquistador, jefe de la atrevida empresa; que esa obra nunca se cansa uno de leerla y de consultarla; que en ella se refleja el hombre, rudo y franco, y el verdadero cronista, desaliñado, pero sincero.

¿Por qué escribió Bernal Díaz su crónica? El Sr. González Obregón nos lo dice: «Preñada su mente de recuerdos, sintiendo el dolor de sus heridas, más en el alma que en el cuerpo, por la ingratitud que había olvidado sus hazañas; más con el objeto de presentar á la posteridad los GLORIOSOS HECHOS DE SUS COMPAÑEROS DE ARMAS, que los suyos propios, aunque sin callar éstos, y en fin, con el noble deseo de rectificar errores de mal informados cronistas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

empuñó la pluma como antes la espada, para legarnos ese libro inimitable, mezcla de memorias personales, con hechos extraños, embrión de historia, pero crónica sincera, verídica, pletórica de datos y episodios, rica en anécdotas, no pobre en reflexiones atinadas, severa en juicios, y aunque burda y desaliñada en la forma, de amena y deleitosa lectura.»

Díganos con lealtad el Sr. García si después de leer el libro del Sr. González Obregón sobre Bernal Díaz y su obra, queda en pie la afirmación de que ninguna otra, después de la de Fray Bartolomé de las Casas, tiene más autoridad respecto de Colón y de los primeros años de la dominación española en América, y díganos á su vez el Sr. González Obregón cuándo fué justiciero: si al tejer hace ocho años la corona magnífica de laurel para el conquistador cronista, ó recientemente al medir con el mismo rasero á todos los conquistadores de México, llamándoles escapados de presidio y de la peor ralea, juicio que no se conforma con el reconocimiento de que hubo héroes inspirados por ardor caballeresco, que realizaron hechos gloriosos, y cuyas debilidades deben disculparse por haber sido comunes á todos sus contemporáneos.

Hay otro cargo que formular. El Sr. García pretende aparecer como el primero y el único que se ha atrevido á presentar en toda su horrible desnudez la imagen de los conquistadores de América. «Preciso es,—dice en el prólogo de su obra,—que alguna voz, siquiera sea en las postrimerías del siglo XIX, rinda tributo á la verdad y á la justicia, al mismo tiempo que á la memoria ultrajada de los infortunados indígenas de América.»

Cualquiera, al escuchar estas palabras creería que, nuevo Las Casas, es el Sr. García el historiador justiciero por excelencia, el solo paladín de la verdad, el único valiente acusador de los conquistadores. Y no es exacto, y si no conociera yo la modestia del autor del *Carácter de la Conquista española en América,* diría que sus palabras poco ha transcritas son un signo de presunción y de soberbia, y que con refinada malicia calla los nombres de muchos y muy imparciales historiadores que le han precedido. Porque aparte de que las mismas autoridades en las que cree encontrar apoyo y documentación para la tesis que sustenta, es decir, los historiadores primitivos, españoles con ligerísimas excepciones, prueban que otros han amado también la verdad y han revelado humanitarios sentimientos y viril entereza para no enmudecer cuando era peligroso oponerse á las corrientes de la opinión; aparte de esas

autoridades, digo, están otras modernísimas, españolas y americanas, bien conocidas del Sr. García, aunque, á lo que parece, no estimadas ni respetables para él.

Podría yo aducir aquí para fundar mejor esta observación, innumerables testimonios ó recordar sencillamente los títulos de las obras á que aludo; pero no es necesario, porque como he dicho las conoce y posee el Sr. García, y porque esa noticia bibliográfica daría desmesuradas proporciones á esta disertación. Bastará á mi intento un solo nombre, el del más egregio de nuestros modernos historiadores, D. Manuel Orozco y Berra; sin que me retraiga de hacerlo el pobrísimo concepto en que tiene tal nombre el Sr. García.

Digo esto, no por mera suposición, sino en vista del desdén olímpico con que de la magna y monumental *Historia antigua y de la conquista de México,* se expresa el Sr. García en la TABLA BIBLIOGRÁFICA de los autores y ediciones que citó en su obra, cuando al llegar al Sr. Orozco y Berra, dice que su Historia *está minuciosamente documentada,* y que *el autor ha sido uno de nuestros historiadores que más se han distinguido por su constante labor.* ¿Nada más que esto? ¿En tan incoloras frases está contenido el juicio que le merece una de las más puras glorias mexicanas? Pues qué—y sin pretender yo rebajar los meritísimos trabajos de otros autores—¿cabe calificar así la producción histórica más extensa, más documentada, más filosófica y más desapasionada que se ha debido á autor nacional, cuando se llama el más eminente de nuestros bibliófilos é historiadores á D. Fernando Ramírez, y se dice no sin razón que sus notas y esclarecimientos á la Historia de Prescott, aventajan frecuentemente, en erudición y crítica, á la obra anotada?

Séame concedido volver por los fueros de la verdad y de la justicia tan inicuamente violados por el Sr. García con dos rasgos de su pluma.

Principiaré por ponerme bajo la egida de un autor nada sospechoso para el del *Carácter de la conquista española en América:*

«Orozco y Berra—dice D. Alfredo Chavero en la Introducción á la *Historia antigua de México,* publicada hace pocos años, pero con posterioridad á la que trato de defender—Orozco y Berra, amigo, discípulo podemos decir del Sr. Ramírez, se inspiró en sus ideas y en sus enseñanzas, y aprovechando la rica biblioteca de aquél, cuando pasó á nuestra propiedad, realizó al fin el deseado proyecto de escribir la verdadera historia antigua de México. Fruto de estudios *de toda la vida* y de más de quince años de incesantes trabajos, su obra ES UN VERDADERO MONUMENTO. No hubo cró-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nica que no estudiase el Sr. Orozco ni manuscrito que no conociese, ni jeroglífico ni monumento que no interpretase. Escritor de conciencia ante todo, tenía temor á las innovaciones y apoyaba todos sus dichos en el monumento, pintura ó escritor citados. Así, su obra vino á ser, como ha dicho el Sr. Icazbalceta, la crónica de las crónicas. Nada se sabe que en ella no exista, y todo tiene allí su verdadero carácter nacional, despojado de preocupaciones y de prevenciones de sistema.»

En 1879, años antes de que el Sr. Chavero se expresara con tan merecido encomio del Sr. Orozco y Berra, había yo vertido, viviendo éste, conceptos muy semejantes en un folleto escrito y publicado con el fin de que no resultasen estériles las gestiones encaminadas á obtener del Gobierno que costeara la publicación de la *Historia antigua y de la Conquista de México*. Voy á reproducir algunos de los pasajes de ese folleto, á riesgo de que se me censure porque me repito—feo pecado en un escritor.—Pero tal reproducción es pertinente ahora, porque ella, mejor que nuevas lucubraciones, demostrará que no de hoy ni por contraponerlo al Sr. García, venero el nombre del modesto historiador, y que no de hoy aplaudo á los que, como él, saben hacer entera justicia y saben rendir culto á la verdad.

«Es Orozco y Berra, decía yo, pues, en 1879, por los vastos y profundos conocimientos que de la historia patria posee, lo que puede llamarse con toda propiedad un mexicanista insigne. La mayor parte de sus años la ha empleado en el estudio de lo que á la historia de México atañe, y sin temor de equivocarnos, diremos que ninguno como él ha llegado á adquirir tan gran suma de erudición en la materia.

«No hay historia, crónica, relación ni manuscrito que él no hubiese leído y vuelto á leer muchas veces con inaudito interés, ni autiguo jeroglífico en cuya descifración no hubiese puesto vivísimo empeño. Dotado de claro talento, de juicio recto y reposado y de gran memoria, sus investigaciones son siempre útiles. No aventura hipótesis sin fundamento ni se deja arrebatar, como sucedía con frecuencia al célebre americanista Brasseur de Bourbourg, por el entusiasmo que conduce muchas veces á traspasar los límites de lo probable y á entrar al mundo de las ilusiones, que la ciencia se encarga después de desvanecer. Cuando Orozco y Berra afirma alguna idea, puede asegurarse que ella descansa en algún documento digno de crédito y que se había escapado á los más diligentes.»

A seguida enumeré todas y cada una de sus obras, sus eruditísimas disertaciones, y consigné cuantos datos han servido después de su muerte para enaltecer su personalidad, para conocer su inmensa labor, tan estimada por los sabios de ambos mundos, como hoy menospreciada por el Sr. García, y por último, resumí en los siguientes párrafos el juicio que ya había formado de la última de sus obras, inédita todavía, pero de la cual había yo leído los manuscritos merced á la inagotable bondad con que el sabio autor se dignaba honrarme:

«Tocan á su término estas noticias biográficas que habrá de ampliar más tarde persona más competente que nosotros; pero antes, creemos útil y aun indispensable hablar de la obra última de Orozco y Berra; obra que es un verdadero monumento literario que perpetuará la fama de su autor.

«Intitúlase "Historia antigua de México," y está dividida en cuatro partes: 1ª Civilización. 2ª El hombre primitivo. 3ª Historia antigua; y 4ª Conquista.

«Fruto es esta obra de largos años de investigaciones y profundo estudio, concéntranse en ella, por decirlo así, el tesoro de ciencia acumulado por su autor en los mejores días de su vida. ¿Por qué, se nos dirá acaso, por qué existiendo al presente numerosos libros en que se pueden estudiar las materias que abraza la última producción de Orozco y Berra, éste no acometió otra empresa cuya originalidad fuese el primer aliciente para desear conocerla? ¿Vino á revelar sucesos no comprendidos en los escritos de sus antecesores? ¿Pretendió hacer la luz en el caos de la historia mexicana, porque se sentía superior á los que le precedieron? No: el sabio mexicanista, lo hemos dicho ya, es más que modesto, humilde, y aunque pudo gloriarse de haber dado cima á una tarea de aquellas que sólo acometen los hombres superiores, carece de toda pretensión. En el plan de su "Historia antigua" consiste lo original del trabajo; en el feliz desenvolvimiento de ese plan estriba su mérito sobresaliente.

«Hasta hoy, cuanto se ha escrito sobre los orígenes de la sociedad en que vivimos, adolece del gravísimo defecto de considerar los hechos desde un solo punto de vista. Unos á otros han venido los autores copiándose, permítasenos decirlo de este modo, y de aquí ha resultado que, aunque no escasean los libros que de nuestrs historia antigua tratan, encamínanse con mayor ó menor sinceridad á un solo punto, á pregonar la grandeza de los conquistadores, su heroico brío y las ventajas de la nueva civilización por ellos im-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

plantada, atenuando, si es que los confiesan, los crímenes aquí perpetrados por los guerreros españoles, apoyándose en autoridades á ellos propicias, y no haciendo sino rarísima vez mención de los escritores indígenas, cuyo testimonio, á pesar de su validez, no se ha querido tomar en cuenta. Fácil es comprender que de semejante criterio no podía desprenderse en toda su desnudez la verdad histórica cuyo esclarecimiento parece que debía haber sido el solo norte de esos autores.

«Reconociendo ese error, Orozco y Berra se trazó una nueva vía, conforme á los principios de la ciencia moderna, y, escritor concienzudo, llamó en su apoyo lo mismo al ibero que al azteca, buscando la verdad en los escritos de éste, confirmada por ciertas preciosas confesiones de aquel.

«El colorido de los cuadros que Orozco y Berra ha trazado, no puede ser más verdadero. Ha restaurado otros á su primitiva y pura luz, y lo ha hecho con tal acierto, que bien puede decirse, por avanzada que parezca esta opinión, que ha pronunciado la última palabra acerca de la antigua historia de México, reuniendo en un solo cuerpo de obra cuanto se encuentra esparcido en gran número de volúmenes que sólo poseen ciertos y muy contados bibliófilos eruditos, y cuanto se ha descubierto en estos últimos años, en manuscritos de cuya existencia no tuvieron noticias sus predecesores.

«Brillantísima y sobre todo completa, es la parte que de la civilización azteca trata. Allí se tiene cabal idea de la grandeza moral de aquel pueblo cuyos conocimientos científicos eran superiores, y con mucho, á cuanto podía esperarse de él, atendida su total incomunicación con el antiguo mundo. Allí está fielmente trazado el cuadro de sus adelantos artísticos, y en una palabra, allí se encuentra todo lo que puede ambicionarse saber para juzgar con exactitud de la verdadera grandeza del imperio destruído por las armas castellanas.

«Para dar una idea de la segunda parte, en que trata del hombre prehistórico, habríamos menester algunas páginas. La ciencia moderna ha hecho de la paleontología un auxiliar poderoso de la historia, y por lo mismo, su aplicación á la nuestra, era, puede decirse, la base de que tenían que partir los estudios de Orozco y Berra. Así lo hizo, con notable supremacía respecto á los que antes se han dedicado á escribir sobre nuestras cosas, y de luminoso califican los entendidos en la materia el trabajo realizado por él.

«Lo que en otro lugar dejamos dicho sobre la dedicación de

Orozco y Berra desde su juventud al estudio de cuantas obras se han escrito sobre la historia antigua de México, nos ahorra aquí de entrar á hacer nuevas consideraciones, con relación á la tercera parte del libro.

«La última demandaba el más recto criterio filosófico. La conquista ha tenido muchos historiadores, y para no caer en los mismos errores de que adolecen las obras de aquellos, era necesario proceder conforme á distinto plan. El de Orozco y Berra ha consistido en depurar la verdad á costa de laboriosísimas investigaciones, y si pudiera decirse que alguna parte de su "Historia" es superior á las demás, acaso concederíamos la preeminencia á la última. Tan acabada es así; tanta luz derrama; tan evidente demostración alcanzan en ella los puntos más controvertidos; tan imparcial y justiciero se descubre á Orozco y Berra en aquellas páginas.»

Así juzgaba yo, hace veintidós años, la labor histórica de Orozco y Berra. Pues bien, lejos de que las flamantes disquisiciones posteriores á las suyas, hayan venido á modificar ese concepto, á desvirtuar los elogios que entonces le consagré, ni á apagar mis aplausos, creo, hoy mismo, que ese concepto es equitativo, que no son inmerecidos esos elogios, que es debido hacer resonar una vez más y siempre esos aplausos. Porque la *crónica de las crónicas,* que dijera Icazbalceta, es y perdurará siendo, el acervo y la fuente inexhausta en que historiadores y filósofos sociólogos saciarán el hambre y la sed de conocimientos que los devore, puesto que Orozco y Berra es á manera de sapientísimo geólogo que ha explorado las cumbres y los abismos, los valles deleitosos y las obscuras entrañas de nuestra historia, para señalar á los que pretendan explotar aureos tesoros en dónde están los filones del codiciado metal y en dónde sólo se encuentra el de baja ley.

Todo lo analizó científicamente; y con el catálogo por él formado, con esa especie de inventario de nuestras riquezas históricas, es decir, con las citaciones bibliográficas, con los nombres de los autores por él estudiados, el gran mexicanista trazó un sendero libre de asperezas y obstáculos á los que más tarde habían de ir en busca de documentos y autoridades.

Tanto es así, que si se exceptúan unas cuantas publicaciones hechas posteriormente á los años en que Orozco y Berra desempeñó su pacientísima labor, no hay escritor primitivo ni autor contemporáneo de los que figuran en la *Tabla bibliográfica* del Sr. García que no hubiese pasado antes por el crisol del criterio de Orozco

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y Berra, á quien creo por eso, digno de ser llamado el más diligente y el más sagaz de los exploradores y al propio tiempo el más cauto, el más escrupuloso en sus análisis.

No es, por lo mismo, sólo censurable injusticia ó ligereza, sino negra ingratitud, escatimar á un sabio tan ilustre la gloria que por legítimo derecho le corresponde, y colocar su nombre debajo del de otros que por eminentes que hayan sido y por mucho que ilustraran nuestros anales, no hicieron tanto como él, ó porque les faltó tiempo ó porque vivieron envueltos en el torbellino de los negocios públicos y en puestos encumbrados á que nunca llegó el modesto Orozco y Berra que se encontraba más á sus anchas en el humilde hogar, rodeado de viejas crónicas, de empolvados manuscritos, de intrincados jeroglíficos y de ídolos de piedra y de cacharros de la alfarería pre-colombina, mejor que en las poltronas de un ministerio de Estado ó en la presencia de Presidentes y Emperadores. Merced á esa fidelidad dantesca de Orozco y Berra á la Beatriz de la historia, cuántos desvelos y cuántas penosas fatigas se han ahorrado los que gustan de los estudios del género por él cultivado! Lo mismo el que acomete empresa de largo aliento como la del Sr. García, que el rebuscador de noticias simplemente curiosas sobre nuestros monumentos públicos, todos deben reconocer en conciencia, que contaron, por las obras que Orozco y Berra nos legó, con la *materia prima* que necesitaban, ó por mejor decir, con la tela en que ellos habían de bordar sus pensamientos. Tenían ya andada la mitad y la más difícil parte del camino.

Pero acaso me objete el Sr. García que no están á discusión ni la personalidad ni las obras del Sr. Orozco y Berra, que me divago, que son declamatorias y no documentadas afirmaciones las mías y que no le demuestro con ellas que otro antes que él rindió tributo á la verdad y á la justicia al mismo tiempo que á la memoria ultrajada de los indígenas de América. Procuraré desvanecer esa objeción recorriendo las setecientas páginas del tomo IV y último de la *Historia antigua y de la Conquista de México* de Orozco y Berra, sin aludir á los tomos anteriores, porque no tratan de la Conquista, pero haciendo sí observar, de paso, que en esos tres volúmenes está trazado con los más brillantes colores el cuadro de la civilización azteca, sin omitir un solo toque, una sola pincelada de aquellas que reproducen la luz en todo su esplendor para iluminar feéricamente el cuadro de las pasadas grandezas de una raza vencida por las leyes fatales de forzada evolución más que por el brío de los conquistadores y la superioridad de sus armas.

En las primeras páginas del citado tomo IV, comienza Orozco á contradecir á los incondicionales panegiristas de Cortés y á conceder fe á los juicios del P. Las Casas. «Tal es, dice en la página 14 refiriéndose á las diferencias entre Velázquez y Cortés, la versión de Gomara, no sólo admitida sido abultada con gran exceso por el autor anónimo *De rebus gestis*. Oigamos ahora á un testigo presencial de los hechos, al VERIDICO Casas,» y después de copiar *in extenso* lo que éste afirma, agrega el imparcial comentador: «En nuestra opinión particular, satisface más á la razón, va en mejor acuerdo con los sucesos posteriores, la opinión de Casas que la de Gomara.»

Continúa narrando los sucesos, animado del mismo espíritu, y cuando (pág. 23) llega á ocuparse en el paso de los conquistadores por Yucatán, se expresa así: «Como se advierte, Yucatán fué la primera parte de nuestro territorio invadido por los españoles; los mayas, si conservaban el recuerdo de las profecías de Kukulcán sabían ya á qué atenerse respecto á los castellanos; así, cuando aparecieron en la península los hombres blancos y barbudos, *en lugar de recibirlos como á dioses los combatieron como á hombres, etc.*» ¿No quiere decir esto que el Sr. Orozco y Berra sabía dar á cada uno lo que es suyo, colocando á los mayas por cima de los supersticiosos mexica?

No es Orozco y Berra panegirista de Cortés como Solís y Prescott que tanto irritan al Sr. García.

Véase como lo retrata (pág. 82): «En lo moral le hemos visto pasar por varias transformaciones, como en todos los hombres acontece á medida que cambian de posición social ó de fortuna. Según se muestra en el período que vamos examinando, era de constitución nerviosa y sanguínea, lo cual explica su constante y viva inclinación por las mujeres y su carácter turbulento; *codicioso en demasía, lleno de ambición y poco escrupuloso en los medios para medrar, falaz, cruel en muchos casos.* Estos graves defectos estaban contrapesados con grandes cualidades. Voluntad firme é inflexible, valor á toda prueba, recordando en sus empresas á los antiguos paladines de la Mesa redonda; ingenio pronto y fácil en expedientes; profunda sagacidad para entender lo que delante se le presentaba y sacar partido de las menores circunstancias; sereno en los reveses, tranquilo en la desgracia; poseía el arte de seducir y de mandar: ninguno como él tenía dotes para ser capitán de aquel ejército compuesto de algunos hidalgos de reconocidas prendas, *más de una multitud de gente muy animosa es verdad,* pero ignorante,

codiciosa, acostumbrada en las islas á la expoliación, indisciplinada y licenciosa.»

Y no se detuvo ahí, sino que desentrañando lo cierto, como verdadero historiador filósofo, explica las causas ú origen así de los vicios como de las virtudes de los conquistadores. «El soldado tuvo que afectar—habla Orozco y Berra, en la página 84—el porte del misionero; mezcla que resultó extravagante, siendo imposible hermanar la rapiña y la matanza con las santas doctrinas del Evangelio. Predicar un Dios santo con la palabra y dar el ejemplo de malas pasiones. Incendiar y destruir el teocalli; derrocar y quebrar los ídolos; pero guardar cuidadosamente el oro consagrado al culto odioso. Era horror, estaba prohibido por leyes divinas y humanas el acceso á la mujer infiel; desaparecía el crimen haciéndola bautizar sin convertirla, y el escrúpulo de conciencia se borraba ante la profanación del Sacramento.»

«Para honra de la humanidad y alivio de los indios (pág. 93), no todos pensaban de igual modo; sobre el trono había existido la excelente reina Doña Isabel, cuyo bondadoso influjo se prolongó aún después de su muerte; las doctrinas humanitarias tenían un acérrimo defensor en el docto y vehemente Fr. Bartolomé de las Casas, no faltando religiosos que siguieran animosos la defensa de los calumniados.»

Las ideas dominantes en aquella época en punto á religión y á la licitud de los actos cometidos para combatir y sujetar á los idólatras á dura esclavitud, son aducidos por Orozco y Berra, quien no calla los excesos que de allí brotaron, y que le hacen decir con la serena majestad del filósofo: «de esto que corresponde (pág. 94) á la parte brutal de los hombres, nacieron también muchos crímenes; pero de ellos es responsable la guerra: la guerra, ese derecho injusto que las naciones fuertes *de todas las edades* se han reservado para aplicarla según su antojo á naciones débiles. La guerra, aberración de la humanidad, que los mismos males derrama por causa santa y buena, que por aborrecible é inmotivada. Sobraba con esto para hacer cruel y expoliatoria la conquista; que todas las conquistas son crueles y expoliatorias. Deben aún ponerse á cuenta las malas pasiones individuales que tanto recrecen los padecimientos de los vencidos; de ellos son exclusivamente reos los hombres perversos de dañado corazón, que las ejecutan por instintos bárbaros, saliendo de los lindes marcados por la conciencia y el deber.» Y termina el capítulo IV con estas inspiradas líneas: «De las dos civilizaciones que se ponían en presencia, la

menos adelantada debía sucumbir: es la ley providencial. Por una circunstancia excepcional, el principio religioso que los aztecas profesaban, los empujaba á los pies del invasor. La creencia de Quetzalcoatl venida por Oriente, salía al encuentro de los blancos de Oriente, entregando ya sometidos á los sectarios de la antigua fe. Ningún remedio había. Las naciones de Anáhuac debieron entonar las lamentaciones de su canto fúnebre, resignados á sufrir la sentencia de Breno: ¡Ay del vencido!»

Escribo una disertación y debo ceñirme á lo substancial y pertinente nada más, porque de no proceder así, me extendería mucho y multiplicaría, hasta parecer cansado, citaciones que no caben sino en una obra extensa. No trato de oponer á un libro otro libro, y bastarán, por lo tanto, los pasajes arriba citados para dar idea del concepto de Orozco y Berra sobre el carácter de la conquista española en América.

Veamos ahora cómo por muy distintos senderos de los que nos marca el Sr. García, nos conduce Orozco y Berra al conocimiento de la manera con que fué llevada á cabo la empresa de Cortés.

Que Orozco y Berra no siguió las huellas de los historiadores que le habían precedido y con los cuales se le quiere hoy confundir sin el menor asomo de justificación, sino que estimó y respetó la opinión de los autores indígenas, quedará comprobado por el siguiente pasaje que tomo de las páginas 125 y 126 del volumen IV de su Historia:

«Los escritores de la conquista de México—dice—han olvidado por completo ó parado muy poco las mientes en las relaciones de los naturales, dando absoluta preferencia á los hechos y dichos de los blancos; contentáronse con ellos para tejer su narración, dejando relegadas al olvido, cual cosas despreciables, las tradiciones conservadas por los indios. Estos, en su propia y antigua escritura, mantuvieron los recuerdos de la destrucción del imperio; después de que aprendieron á escribir, con el abecedario fonético, redactaron en su habla copiosas relaciones no escasas de mérito algunas, supuesto que de las que tenía en su poder Torquemada, dice: «y tengo tanta envidia al lenguaje y estilo con que están escritas, que me holgaré saberlas traducir en castellano con la elegancia y gracia que en su lengua mexicana se dicen: y por ser historia pura y verdadera, la sigo en todo: y si á los que la leyeren parecieren novedades, digo que no lo son sino la pura verdad sucedida; pero que no se ha escrito hasta ahora, porque los pocos que han escrito los sucesos de las Indias no los supieron ni hubo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quien se los dijese.» «Recogieron la tradición mexica—prosigue Orozco y Berra—el P. Sahagún, de quien tomó el P. Torquemada, y, andando el tiempo, Ixtlilxochitl y Tezozomoc; quedaron, además, pinturas y relaciones disfrutadas por aquellos escritores, algunas de las cuales han podido llegar hasta nosotros. Las auténticas merecen tanta fe, son de tan indisputable autoridad, como los escritores europeos: si presentan diferencias y contradicciones, esas diferencias y contradicciones son del género de las observadas en las historias impresas de origen español.»

Depurando, pues, la verdad con escrupulosa conciencia, va narrando los hechos de los conquistadores, flagelándolos si cometen excesos y felonías, execrando lo que es digno de execración, admirando lo que admiración amerita, y, nótelo bien el Sr. García, citando de continuo al P. Las Casas, *de santa memoria,* como dice en la pág. 253, *y heroico y filantrópico defensor de los indios*. Cuando refiere la primera caída de Tenoxtitlán en poder de los españoles, no atribuye á éstos la gloria del vencimiento; enumera las causas del suceso, y termina así: «No puede caber la menor duda, atestiguándolo los mismos conquistadores; el sentimiento religioso, la creencia en las predicciones de Quetzalcoatl, la más estúpida de las supersticiones arrojó al imbécil monarca (Moctezuma) á los pies del invasor y pusieron al imperio, sin combatir, bajo el yugo castellano (pág. 275).»

Ninguno de los hechos punibles que el Sr. García se goza en rememorar con el fin preconcebido de que se perpetúe por los siglos de los siglos el odio á la conquista española, pasó inadvertido por Orozco y Berra, ni lo encubrió ni mucho menos lo defendió. De la matanza de Cholollan (Cholula hoy), dice, después de estudiar todos sus antecedentes, que fué *inhumanidad* y *no valentía* (pág. 253) y de la hecatombe del templo mayor de Tenochtitlán se expresa así en la página 417: «La bárbara matanza del templo mayor, debe cargarse á la cuenta personal de Pedro de Alvarado, *del capitán más rapaz y desapiadado que vino á la conquista*. Bajo cualquier aspecto que se mire aquella acción, *fué un horrible atentado*. Si se supone por móvil la codicia, *es un acto de escandaloso bandolerismo*. Admitiendo el deseo de aterrar á los indios, para prevenir una insurrección, *es un asesinato premeditado, alevoso y con ventaja*. Ante esta matanza queda pálida la de Cholollan. Fué un desafuero que puso el colmo al sufrimiento de los pacientes indios; *inmotivado, injusto, impolítico, calculado y dirigido por un instinto sanguinario;* dió principio á esa larga serie de calamidades inútiles que tan crudamente cargaron sobre vencedores y vencidos.»

Antes, al referir la prisión de Moctezuma, dejó consignados estos conceptos en la página 316: «Motecutzoma había dejado de ser rey; salía de su palacio para no tornar. El orgulloso, el déspota, el semidiós, se había transformado en cautivo de los barbudos teules. De la encumbrada altura que ocupaba, había descendido á arrastrarse por el cieno, de cobarde apego á una vida que ya tenía perdida al entregarse á los blancos. Ningún rey, de los victoriosos de México, se habría dejado aprisionar impunemente en su palacio, y en idénticas circunstancias preferiría salir despedazado á dejarse llevar por sus enemigos. Motecutzoma *es una figura innoble*. Repetidas veces, por medio de los embajadores, prometióle Cortés pagarle sus favores «con buenas obras,» y con creces le cumplió su palabra. Si como hombre y caballero hubiera faltado en sus tratos con un europeo, *D. Hernando se hubiera avergonzado de sí propio;* pero se trataba de un idólatra, de un bárbaro, de un indio, y tanta *superchería* la aceptaba como agudezas del ingenio. *La prisión de Motecutzoma, como rasgo de audacia, asombra; como hecho pérfido, irrita.*»

Cuando Orozco y Berra da cuenta de la muerte del monarca destronado, termina diciendo: «Al ver su trágico y lastimero fin, el corazón se siente conmovido, sin que la compasión deje lugar á la ira que despierta su fatal conducta. Le flagela el azote de la historia: la tierra le sea leve.»

Las frases deprimentes, despectivas, que á Orozco y Berra arranca la conducta del que debió ser el más ardido paladín de su patria y de su raza, y en vez de esto, fué el que hizo fácil la destrucción de una y otra, lejos de significar que nuestro historiador ha honrado y enaltecido á los conquistadores con mengua y desdoro de los indios, revela bien á las claras que se sublevaba cuanto en él había de patriota, al recordar al apocado Motecutzoma, que fué indigno de ceñir la imperial diadema, toda vez que no supo conducir á su pueblo á la victoria.

Tanto es así, que en los capítulos destinados á los reinados de los emperadores héroes Cuitlahuac y Cuauhtemoc, elévase á las sublimes regiones de los inspirados, y, sin dejar de ser verídico y severo como Tácito, nos parece que resuenan en sus páginas las inmortales estrofas de Homero y que las trae á nuestro oído en alas de su poderoso aliento moderno cantor á quien cupo la gloriosa herencia del caracol sagrado con que Cuauhtemoc convocaba á los que debían morir por su patria y por sus dioses.

No son estas frases vana palabrería enderezada á hacer la apo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así es como Orozco y Berra se hizo merecedor al desdén de D. Genaro García, que le incluye en el número de los historiadores que según él «han seguido haciendo de la Conquista quizá incons-«cientemente, un cuadro engañoso en que las figuras de los aven-«tureros españoles aunque un tanto rebajadas, aparecen colosales «todavía, tan altas *que es preciso alzar los ojos (para verlas)* mientras «que las de nuestros indígenas, cuando no se manifiestan aniqui-«ladas por la cólera del cielo, vénse tan pequeñas y mezquinas, «que casi pasan inadvertidas.»

¿Pequeñas y mezquinas las figuras de Cuitlahuac y Cuauhtemoc en el cuadro de Orozco y Berra? ¿Inadvertidas? Ah! no, y mil veces no; ya lo hemos demostrado.

La verdad en este caso, así lo pensamos y sentimos, es que no se han recogido por el Sr. García las opiniones del Sr. Orozco y Berra, porque de hacerlo quedaba destruída la afirmación de que ningún historiador había, antes que aquél, sabido rendir tributo á la verdad y á la justicia, ni reparar los ultrajes hechos á los indígenas de América. Reconocerlo, era lo mismo que confesar que la novísima historia no viene á llenar un vacío, y dar lugar á que se sospechara que á otros móviles obedece la pacientísima labor. Porque, entre nosotros los mexicanos, al menos, ninguno se atrevería á dudar que la modestia es una de las cualidades que más avaloran la personalidad del Sr. García, y de inmodestia se le acusaría si alguien dijera que escribió su obra porque se creía llamado á mejorar la de su ilustre predecesor.

Presa de una obsesión que corre parejas con que la que ciega á los que predican la llamada CRUZADA DE DESESPAÑOLIZACIÓN en las Repúblicas latino-americanas, para acelerar el advenimiento de una era de asombroso progreso debido á la raza anglo-sajona, de cuya supremacía, para ellos incuestionable, hay que esperar todo bien, el Sr. García, otras veces sereno, imparcial, aprovechado discípulo de los apóstoles de la filosofía positiva, presa hoy, decimos de esa obsesión no logró franquear el hondo abismo que por simple diversidad de criterio existe entre Orozco y Berra y él, llegando á tal punto, que, cosa bien ajena á sus rectos procederes, mutiló un pensamiento de su contrario, para empequeñecerlo. Porque, esa frase que echan en rostro á Orozco y Berra tanto el Sr. García como su entusiasta panegirista el Sr. González Obregón, de que para contemplar la figura de Cortés *necesitaba alzar los ojos,* aislada como la presentan parece en efecto inspirada por la admiración más aduladora; pero reconstruído el período en que fué colocada, copiado íntegramente ese período, nadie, á no ser un hispanófobo dejará de conocer la verdad. Oigamos á Orozco y Berra, (pág. 644).

«Vencidos y vencedores fueron grandes. La admiración, empero, no debe ofuscar la verdad. La Conquista de México no es obra exclusiva de las armas españolas; débese en su mayor parte á las naciones indígenas. Sin éstas, los castellanos hubieran sucumbido, cual sucumbieron en la Noche Triste, cuando eran más pujantes: más tiempo, mayores elementos habrían sido indispensables. D. Hernando supo aprovecharse de las pasiones dominantes, darles dirección, emplearlas para su provecho; se sometió á los indios con los indios: al retirarse los victoriosos aliados de la arrasada México, no se imaginaban que bajo los escombros dejaban sepultados su libertad, el nombre de su raza y la autonomía de su pueblo. *Figura colosal es la de D. Hernando que la parcialidad ha adulado, abultando sus virtudes y callando sus defectos: hombre era, compuesto de bien y de mal. Poseía relevantes cualidades y muy graves defectos; publicándolo todo, la figura un tanto se rebaja; sin embargo, queda siempre tan alta, que es preciso alzar los ojos para verle al rostro.»*

Este pasaje de Orozco y Berra trae á mi memoria otro, de Alfonso de Lamartine, que ojalá hubiera á su vez recordado el Sr. García al emprender la redacción de su obra, porque entonces no habría desbordado su inquina hasta cubrir con sus sedimentos á la diosa intangible de la Verdad y de la Justicia: á la Historia.

«El personaje cuya biografía nos proponemos referir, es inglés, —dice Lamartine al comenzar la de Nelson,—y alcanzó los triunfos más memorables de la época moderna, sobre las armas de la Francia y de sus aliados; pero no influirá esa circunstancia en nuestro ánimo para dejar de hacer estricta justicia en todo, á su heroísmo y á sus hechos tan grandes como famosos: que si el historiador tiene patriotismo, no así la historia, pues precisamente por serlo, debe ser equitativa en la retribución de mérito y gloria que los hombres célebres de todos los pueblos han logrado conquistar al través de los siglos. Y como no adopta causa, ni alcurnia, ni patria, sino heroísmo, ingenio y virtud; como se escribe para el mayor bien é ilustración de la humanidad entera, y estima por grandeza de la civilización cuanto es parte á elevar la especie humana donde quiera que sea, las rivalidades entre razas y pueblos desaparecen y se borran á su vista, desde la inconmensurable altura donde coloca su asiento y contempla los sucesos y los personajes.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Antes de proseguir la análisis crítica de la obra del Sr. García, considerándola desde varios otros puntos de vista, debo refutar en este sitio la acusación gratuita que envuelve la parte final del artículo dedicado por el Sr. González Obregón á encomiar la misma obra. Dice así:

«Estoy seguro, y el autor debe estarlo también, que su obra irritará pasiones conservadoras é irreflexivas. Que la turba común de lectores que han estudiado, si es que han estudiado, la historia de la América española en panegíricos como la obra de Solís, ó en poemas de prosa épica, como la de Prescott, pondrán el grito en el cielo, y que saldrán á relucir las enmohecidas armaduras y las embotadas lanzas con que siempre se ha defendido á la Conquista: la heroicidad de unos cuantos castellanos, la evangelización de los indios, la raza, la lengua, el común origen. . . .

No importa, la verdad ha quedado ya consignada, y por ello merece sincero aplauso el autor del «Carácter de la Conquista española en América y en México.»

Por lo que á mí atañe, puedo afirmar al Sr. González Obregón, y quien lea estas observaciones mías podrá sentenciar con pleno conocimiento de causa, que ni pongo el grito en el cielo ni saco á relucir armas enmohecidas para defender la Conquista, pues no tengo pasiones conservadoras é irreflexivas, ni encontraría yo cuerdo desempeñar el papel de un abogado que desglosara de las *Causas célebres* antiquísimo proceso fallado á su tiempo, y se empleara en formular una abrumadora sentencia ó una defensa por todo extremo hábil; pero estériles, inútiles en el actual momento. No; he creído que el libro del Sr. García debía ser rectificado por lo mismo que no es uno de tantos sin valor ni trascendencia, y he ensayado rectificar sus afirmaciones y decir que su manera de escribir historia no se ajusta al concepto filosófico que de ese arte tienen los que son maestros aceptados universalmente.

Rechazada esa imputación, reanudo la tarea. A juicio del Sr. García, el móvil primordial de la Conquista fué el de exterminar indígenas, por cuanto que eran idólatras, y por esa sola circunstancia no sólo quedaban justificados los más negros crímenes que en América se cometieron, sino que se consumaba una empresa meritísima. Se necesita para afirmar eso tan rotundamente, suponer destituídos á los lectores que habrá de tener el libro, de los más elementales conocimientos históricos, ignaros en la acepción más lata del vocablo; porque á la altura en que se encuentra hoy la enseñanza de la historia, no es ya un misterio para nadie, que si

bien entró por mucho en la Conquista la idea religiosa dominante á la sazón en España, no fué sino la codicia la eficaz instigadora de los aventureros que se lanzaron á arrostrar los mayores peligros por hallar en el Nuevo Mundo la fortuna que en su tierra nativa no les fué acequible. Cortés y sus compañeros no fueron reclutados y expensados por su soberano para que viniesen á extirpar la idolatría y exterminar á los indígenas idólatras; la Conquista no fué una causa nacional para los españoles, por más que compatriotas suyos fuesen los que habían abandonado sus hogares, desde que la noticia del descubrimiento de América por Colón, despertó, ó mejor dicho enardeció su genial codicia. Cortés no soñó jamás en reproducir las hazañas de Godofredo de Boullón ni equiparar su empresa á la conquista de Granada. Entre sus numerosos ardides, la predicación del Evangelio fué uno de ellos. El verdadero apostolado no comenzó sino cuando vinieron, tres años después de vencidos los naturales, aquellos varones eminentísimos cuyos nombres pronuncian con veneración aún los jacobinos más empedernidos. Es más todavía: Colón mismo, á quien fanáticos admiradores han pretendido colocar en los altares, no embarcó en sus famosas carabelas, al lanzarse á mares desconocidos, un solo capellán de tropa!

Es preciso no ver en los conquistadores sino agentes, instrumentos de que se valió el destino ó la Providencia para realizar una de las más grandes revoluciones de la historia; como es preciso no ver en la cruenta guerra que fué su obra, sino el inevitable y pavoroso choque entre dos civilizaciones. Podremos dolernos pero no maravillarnos de lo que ocurrió en ese duelo á muerte entre aztecas y españoles. ¿Cuáles fueron sus consecuencias? No es tiempo aún de señalarlas, porque todavía no llegamos á examinar el libro tercero y último de la obra del Sr. García; el que destinó á la exposición su criterio sobre los resultados de la Conquista.

Hemos visto ya que es errónea la creencia que abriga el autor del *Carácter de la Conquista española en América,* de que no se había, antes que él lo hiciera, aprovechado la luz que derraman en sus obras los escritores primitivos, para decir la verdad y sólo la verdad en esa materia, y queda demostrado también que el procedimiento *novísimo*—en el sentir del Sr. García—de escribir la historia presentando los sucesos nada más que en su aspecto repugnante, no se aviene ni á las necesidades de la época actual, ni se informa en los principios filosóficos de esta misma época.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Veamos ahora cómo contrastan las tendencias que sin esfuerzo descubre el menos perspicaz en la obra del Sr. García, con las marcadísimas tendencias de los que, haciendo á un lado añejos odios, procuran estrechar los vínculos formados por las corrientes de las nuevas ideas, respecto á las relaciones de pueblo á pueblo, por grandes que hubiesen sido los males que, aun en no lejanos días, se hubiesen derivado de injustas agresiones y de irritantes despojos.

Viven todavía no pocos de los mexicanos que en 1847 y 48 pelearon denodadamente en defensa de la patria, inícuamente invadida por los ejércitos norteamericanos; la generación presente conoce en toda su amarga verdad la historia del arbitrario despojo de una porción grandísima de nuestro territorio, tan grande, que casi representa una extensión mayor que la que hoy poseemos; pues bien, en la tribuna y en la prensa periódica evítase hoy con tenaz empeño revivir los justísimos enojos provocados por aquella invasión y por aquel despojo. Y no esto sólo, sino que hay quienes finjan conmoverse ante el espectáculo de un Embajador americano que, con la cabeza descubierta en señal de respeto, coloca anualmente una corona de flores de nuestro valle sobre el monumento que la gratitud y la admiración nacionales alzaron en Chapultepec para perpetuar la gloriosa memoria de los niños héroes, alumnos del Colegio Militar, que dieron su sangre unos y su vida otros, en magnífico holocausto á la más santa y noble de las causas...

Alientan, por dicha, centenares de valientes defensores de la Independencia y de la autonomía de México, en la lucha contra la invasión francesa, y para derrocar el trono por ella erigido á un príncipe infortunado que pagó con la vida, en el Cerro de las Campanas, sus sueños de ambición y de grandeza; de un extremo á otro de la República hay millares de testigos presenciales, de víctimas de los atentados de los Dupin y de otros émulos de Cortés y de Pedro de Alvarado, y sin embargo, proclámase en todos los tonos que no fué la Francia sino Napoleón III el que intentó destruir la República que salvó Juárez; que no fueron los franceses, sino los seides del humillado en Sedán, los que sembraron luto y desolación por donde quiera, y hasta las clases menos cultas ven con respeto el monumento erigido en Puebla para guardar las cenizas de franceses y mexicanos muertos en tan opuestos campos.

Y cuando Texas, fuente y origen de nuestros desastres al mediar el siglo XIX, convoca á una Exposición, á Texas van los industriales mexicanos; no se desaira su invitación sino que se contribuye á que el certamen no fracase; nadie dice que al pisar tierra, que en no lejanos días fué tierra mexicana, se sentirá algo así como un cauterio doloroso aplicado á las plantas; como un golpe eléctrico recibido en el cerebro y á cuyo choque resurge un pasado de indignidades y miserias. Y así también, obedeciendo á sugestiones del cosmopolitismo imperante y seducidos por el brillo de cruces y medallas que entre nosotros no se acuerdan, cruces y medallas concedidas en París, constelan en los trajes de gran número de mexicanos.

Recordar esta conducta no es reprobarla. Bien sabemos, cuantos profesamos los principios de la ciencia social, que el pueblo que mantiene vivos sus resentimientos, se aisla y renuncia, por su mal, á los beneficios que de las relaciones internacionales se obtienen; bien sabemos que el individuo que en vez de dejar cicatrizar una herida, la hace sangrar y la renueva con furor insano, jamás se verá libre de ella. Pero por eso mismo no se encuentra satisfactoria explicación que dar al encarnizamiento con que el Sr. García estudia la Conquista consumada hace muy cerca de cuatro siglos, en tanto que los pensadores borran con el agua lustral del olvido y del perdón, injurias recibidas ayer puede decirse, asaltos á nuestros bienes patrimoniales y á nuestra soberanía y á nuestra independencia.

Pues que, ¿por qué intereses y conveniencias de orden económico son la causa principal y determinante así de las disensiones como de la fraternidad de las sociedades, y porque Norte América y Francia ocupan hoy tan prominente lugar, la una por su maravillosa riqueza y la otra por su primacía en punto á cultura intelectual, y porque España ha perdido el rango que en otros siglos ocupara, sobre esta última hemos de acumular acusaciones, odios y rencores? ¿Porque no es ya rica ni fuerte; porque sangran aún sus recién abiertas heridas, porque no tenemos que nos invada, ni esperamos que contribuya á nuestro progreso, debemos inculcar á las nuevas generaciones desprecio y odio á la nación de que partieron los aventureros conquistadores de América?

Al llegar aquí, me detengo siquiera sea por breves instantes, á hacer notar al Sr. González Obregón, que para pedir al Sr. García que no alimente malas pasiones, no hago la menor alusión á esos tópicos que por manoseados detesta: de raza, lengua y religión.

Pasemos adelante.

El carácter de la Conquista española en América, no ofrece al historiador ni al filósofo, ningún signo especial que lo diversifique

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del carácter de cuantas conquistas se han efectuado desde la más remota antigüedad hasta nuestros días. Para demostrarlo, no hay necesidad de hacer vanidoso alarde de erudición histórica, poniendo á saco la inmensa colección de autores antiguos y modernos; en el más vulgar de los compendios que sirven de texto en las escuelas para dar un barniz de conocimientos históricos, me sería fácil tomar armas como en bien provisto arsenal, para destruir el pseudo fantasma con que quiere aterrorizarnos el Sr. García.

Lisa y llanamente diré, por lo mismo, que la Conquista española no fué sino una de las infinitas reproducciones que los pueblos hacen de las obras de sus antecesores, y que en el suelo mexicano habían, antes de la invasión de los hombres blancos y barbudos, paseádose conquistadores con su infernal acompañamiento de fanatismos, de crueldades y de despojos. Precisamente los odios y venganzas que engendraron las conquistas dèl imperio de Anáhuac para extender sus dominios, fueron las que determinaron la alianza con Cortés de los reinos y señoríos indígenas; alianza sin la cual, como en otro lugar queda consignado, desde el esforzado capitán hasta el último de sus soldados, únicamente habrían logrado abonar con sus cadáveres la tierra mexicana.

«La guerra, y muchas veces su consecuencia inmediata, ha dicho el ilustre Orozco y Berra á quien no me canso de citar, es uno de los grandes errores de la humanidad; como hecho aislado, se presenta con su inseparable cortejo de sangre, dolores y crímenes, bien nazca necesaria, ya dimane del empleo injusto de la fuerza del poderoso contra el débil; no cambia su carácter por el móvil que la dirige, el tiempo en que se ejecuta, ni la nación que la emprende y la que lo resiste. Siempre y en todos casos, según la valiente expresión de Graty, ¡qué importa al conquistador el destruir y asolar los pueblos, con tal de quedarse con los despojos de los muertos!»

Empero hay una teoría de la que no puedo prescindir de tratar, porque ó mucho me equivoco ó es en ella en donde radica la tesis del Sr. García, por más que no la proclame franca y desembozadamente.

Si hombres de otra raza que no fuese la española, hubieran conquistado el Anáhuac,—dicen muchos de los que lamentan llevar una gota siquiera de sangre ibérica en sus venas,—otro carácter habría revestido la Conquista, y otros también habrían sido los frutos de ella.

Pues bien, hoy que está de moda preconizar las excelencias y

la superioridad de la raza anglo-sajona, conviene recordar cómo y de qué manera ha llevado sus pendones esta raza cuando, ya no en muy remotos tiempos, sino á nuestra vista, puede decirse, ha sido conquistadora. Así, al que le plazca hacer paralelos, se le facilitará el poner frente al dominio español el ángel anglo-sajón.

Gran suerte es para mí el poder fundar la refutación de la teoría á que acabo de hacer referencia, en las sabias reflexiones de un publicista al cual se deben varias obras históricas; sazonados frutos de una inteligencia superior y de profundos estudios, publicista de quien se diría con justicia lo que de Tácito uno de los polígrafos más renombrados de los tiempos modernos: que «enemigo de toda pompa nos da más ideas que palabras; mérito el más grande y raro de un escritor.»

Refiérome al historiador y diplomático argentino Dr. D. Vicente G. Quesada, conocido y estimado en México por haber representado aquí á la nación que se ufana en contarle entre sus más preclaros ciudadanos.

En un opúsculo impreso en 1893 con el título de «La sociedad hispano-americana bajo la dominación española,» opúsculo formado con la Introducción de una extensa obra inédita del mismo Sr. Quesada sobre la sociedad americana, dice lo siguiente el publicista argentino:

«El objeto de mis estudios es investigar y referir los antecedentes de las instituciones y los de las razas indígenas del grupo de las naciones hispano-americanas, para deducir por ese estudio las condiciones que autorizan, á mi juicio, á tener completa y profunda fe en sus destinos, desenvolviendo con prudencia las cualidades heredadas, y mejorándolas por el medio ambiente en que se encuentran.

«En consecuencia, haré lógicas comparaciones entre los Estados Unidos del Norte y las naciones situadas al Sur. He vivido muchos años en aquel país; he desempeñado allí una prolongada misión diplomática; he tenido oportunidad de estudiar atentamente y de cerca sus instituciones políticas y su sociedad; he admirado su poder y su riqueza; pero esa admiración no me lleva hasta el servilismo de pensar que el éxito, debido á circunstancias naturales é inevitables, sea originado por superioridad de raza ni por antecedentes de las instituciones de la época de la colonia. He de comparar esos antecedentes, he de estudiarlos sin preocupación, y he de decir la verdad sin cobardías ni temores. Tal cual yo comprendo los sucesos he de exponerlos, fundándolos con arreglo á mi

criterio y prescindiendo en absoluto si en ello contrarío ambiciones é intereses próximos ó remotos.

«Es indiscutible que la conquista española no exterminó las poblaciones indias que sufrieron, es verdad, la suerte de los pueblos vencidos; por el contrario, la legislación colonial les fué benévola y tendió á civilizarlos y conservarlos.

«En efecto, la mayoría de la población de México, Centro América, el Ecuador, Venezuela, Colombia, Perú, Paraguay y Bolivia, es de indios más ó menos cultos, aun cuando hay todavía algunos indómitos que resisten al predominio de los blancos y que viven como salvajes y nómadas.

«Por el contrario, *la conquista inglesa los destruyó*. Las tribus que aún sobreviven, moran en terrenos que les han sido reservados; sin embargo, están fatalmente condenados á extinguirse, á medida que los blancos avanzan, obligando á los Pieles Rojas á venderles los territorios que ocupan. Ultimamente, en 1891, el gobierno compró en la parte Este del territorio de Oklahoma á los indios Sax, Sioux, Kiowa y Pottawatomie, una extensión de .... 226,343 acres, y miles de colonos blancos, en el día y hora que señaló el Presidente de los Estados Unidos, invadieron como desbordado torrente aquel territorio.

«No transcurrirá mucho tiempo—decía el diario *Las Novedades*—sin que pase á manos de los blancos la tierra escasa que se han reservado los indígenas. Se les echa de las comarcas, se van muriendo, estrechados por la invasión de la raza conquistadora.»

«Todas las turbulencias de los indios pueden ser explicadas—decía una carta del Padre Craff hablando de los Sioux—considerándolas en todos sus aspectos por sus únicas y verdaderas causas, á saber: *el hàmbre, la abyecta miseria* y *la desesperación*. El origen de todo, ha sido, durante muchos años, *la ultrajante conducta del Departamento de Indios,* evidenciándose en los últimos *despropósitos* y *crueldades* del actual comisionado Morgan.»

«Cuando adquirieron los norteamericanos por las armas ó por tratados *más de la mitad del territorio de México,* en California y Texas, la población se componía de indios é hispano-americanos, hoy de los indios sólo queda la etnografía geográfica; *ó han huído despojados de las tierras que poseían ó los han matado*.

«Aquella gran tribulación ha sido descrita con ternura y colorido por la escritora norteamericana Mrs. Helen Hunt Jackson; esa conquista arrojó sin piedad de aquel suelo la raza que lo habitaba.

«Los fundadores de la efímera República de Texas la sometieron al protectorado extranjero, traicionando á su patria, y recibieron como castigo merecido, ser arrojados del suelo donde habían nacido.

«La lengua española ha sido substituída por la inglesa.»

«El senador Worhees dijo en la sesión del Senado en Diciembre de 1890 estas palabras: «*El proceder de este gobierno para con los aborígenes es un crimen repugnante á Dios y á los hombres. Dos años hace que vienen padeciendo hambre, según las palabras del General Milles. La necesidad los devora y famélicos y desesperados, antes quieren* morir con las armas en la mano que *de desesperación* y *de miseria*.»

«*The Tribune* publicó una correspondencia en la cual dice: «*Las tribus indias que presenciaron* la colonización de Jamestown, *Manattha, Pylmouth Rock*, han desaparecido de la superficie de la tierra. Los indios que encontró Cortés en Yucatán y en México siguen allí, y su trabajo, con ser tosco é incierto, contribuye á la riqueza del país que llena las necesidades del comercio.»

Hasta aquí el Dr. Quesada, y aunque la elocuencia de los párrafos copiados hace inútil todo comentario, juzgo pertinente hacer notar que acrece la responsabilidad moral de los anglo-sajones la circunstancia de que sus despojos y sus crueldades han sido perpetrados y siguen perpetrándose cuatrocientos años después de los que cometieron los conquistadores españoles. Cabe entonces preguntar: ¿la raza española, por serlo, es culpable y merece ser castigada sin misericordia; y la anglo-sajona es inocente, pura, sin mancha, nada más que por ser distinta de aquella? ¿El incesante progreso de la humanidad no resulta un mito, una de tantas *mentiras convencionales de la civilización* hoy tan decantada? Por último, ¿en presencia de las conquistas modernas, se puede establecer una diferenciación entre éstas y las antiguas?

Ensayemos una respuesta, apuntando algunos, nada más que algunos hechos de los conquistadores modernos, tan ennoblecidos y preconizados por los que execran á los antiguos españoles y todo lo esperan de los modernos anglo-sajones.

Las felonías de que en más de una ocasión se sirvió Cortés, han sido empleadas, reproducidas con creces por los anglo-sajones, así en el Nuevo como en el Viejo Mundo.

Mediaba el siglo XVIII, cuando en el país conocido hoy con el nombre de la Nueva Escocia, del que fueron primitivos colonos los franceses y en donde los ingleses comenzaron á fundar establecimientos después; mediaba, digo, el siglo XVIII, cuando co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

menzaron á surgir celos entre los colonos ingleses y franceses, y tras los celos agrias controversias sobre cuestión de límites. Los indígenas, es decir, los acadianos, simpatizaban con los primeros, á quienes estaban unidos por estrechos vínculos; pero en la controversia reclamaban nada más que el derecho de permanecer neutrales y pedían que los ingleses se los reconocieran. No se les otorgó á los acadianos, á los dueños de la tierra, lo poco que pedían, y como los intereses ingleses aumentaban sin cesar y se enardecían por eso mismo las rivalidades entre los colonos de Francia y los de Inglaterra, y como éstos temían que los acadianos, aun llamándose neutrales, dieran su apoyo á aquellos, para cortar de raíz el mal tomaron una resolución inícua: transladar á los acadianos á otras partes de la América del Norte, distribuyéndolos de tal manera, que *no pudiese haber ningún concierto entre las familias así esparcidas*. Se hicieron con tal fin todos los aprestos militares que preceden al abuso de la fuerza bruta y se sugirió á los ejecutores la *estratagema,* digamos mejor la felonía, cuya relación nos ha sido hecha por numerosos autores norteamericanos.

Héla aquí, siguiendo el texto de uno de ellos:

«El día 2 de Septiembre de 1755, Winslow expidió una orden escrita, dirigida á los habitantes de Grand-Pré, Minas, River Canard, etc., «tanto á los jóvenes como á los viejos y á los muchachos,» intimando á todos los varones para que lo esperasen en la iglesia, en Grand-Pré, el día 5 siguiente, para *oír una comunicación que el gobernador había enviado*. Como se habían entablado negociaciones respecto del juramento de fidelidad y se había discutido mucho acerca de la retirada de los acadianos, del país, *aunque nada se había hablado de su translación y dispersión,* entendióse que se trataba de una reunión importante, y el día señalado cuatrocientos dieciocho hombres y niños se reunieron en la iglesia. Winslow, acompañado de sus oficiales y hombres, hizo que se colocase una guardia en torno de la iglesia, y entonces anunció al pueblo que su Majestad había resuelto que fuesen los acadianos trasladados con sus familias fuera del país.

«La iglesia se convirtió en cárcel y todos los *prisioneros* fueron puestos bajo una estricta vigilancia. Al mismo tiempo, iguales hechos se realizaron en Pisiquid bajo las órdenes del capitán Murray, y con menos éxito en Chigneto. Entretanto, hubo murmullos de levantamiento entre los prisioneros, y como los trasportes que se habían pedido á Boston no habían llegado todavía, se determinó hacer uso de los buques que habían conducido á las tropas, y

transladar á ellos á los hombres, bajo buena custodia. Esto se hizo el 10 de Septiembre, y los hombres permanecieron en los buques, en el puerto, hasta la llegada de los transportes, y haciéndose uso de éstos, CERCA DE TRES MIL PERSONAS fueron desterradas del país y enviadas á la Colonia del Norte, Virginia, Maryland, Pensilvania, Nueva York, Conneticut y Massachusetts. En la *confusión y precipitación de la partida,* precipitación que se aumentaba por el ansia de los oficiales de libertarse de esta desagradable tarea, y confusión que era mayor por la diversidad de idiomas, *muchas familias se separaron, y algunas nunca volvieron á reunirse.*»

Hasta aquí el benigno historiador anglo-sajón. El lector,—sea cual fuere su raza,—dirá, si es honrado y si atesora nobles sentimientos, si puede creerse que no fué meditada ni intencional esa separación de familias de las que *algunas, no todas,* nunca llegaron á reunirse. Por lo que á mí respecta, hago mío el siguiente magnífico y honrado juicio del insigne Altamirano, que lo consignó en el prólogo de la hermosa versión castellana del poema *Evangelina*, de Longfellow, versión que nuestra literatura debe al Sr. Lic. D. Joaquín D. Casasús desde hace diez y seis años, como le debe desde hace dos la de las *Odas de Horacio*, que ha aumentado su justo renombre. «De tan dolorosa historia, dice pues Altamirano, y de los recuerdos de ese atentado espantoso que aun hoy causa indignación, como la causan todas las infamias que comete la fuerza bruta, el gran poeta americano sacó los elementos para escribir su poema inmortal con el que ha conmovido al mundo.»

Mas no sólo hago mías las generosas palabras del egregio hijo de Tixtla, sino que llamo la atención del Sr. García sobre que las matanzas de Cholula y del Templo Mayor, sangrientas como fueron, parecen hasta cierto punto atenuadas, porque la felonía y el crimen, fueron perpetrados en pleno estado de guerra, mientras que á los apacibles acadianos se les disgregó en días de paz, y lo que es peor aun: la muerte sembrada por los conquistadores del siglo XVI es á mi parecer menos dolorosa que esa inhumana disgregación de familias. Porque con la muerte acaba todo tormento y con la separación de los seres que se aman se condena á éstos al mayor y más duradero de los suplicios. La muerte no arredra sino en cuanto que significa la eterna separación de los que formaban parte de nuestro ser; no es el apego á la tierra de su cuna y á los objetos que en ella poseía el que hace amar la existencia y tortura al moribundo en la postrera hora, y por lo mismo, no habrá habido uno entre cada millar de los acadianos diseminados aquí y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

allí por los ingleses, que no hubiese preferido ser asesinado, y no condenado á llorar sin consuelo ni esperanza la inícua separación de los suyos. Llamen esto los precursores del moderno conquistador, sentimentalismos trasnochados y vanas retóricas de estultos platónicos; no importa; la conciencia humana colocará á cada uno en el lugar que le corresponde.

Los presidiarios condenados al último suplicio, los hombres de la peor ralea, aventureros, avaros y codiciosos que en el siglo XVI emigraron de España, según el Sr. García, para venir á robar las fabulosas riquezas de los indios, nos parecen también menos codiciosos y menos avaros que los nobilísimos lores que á Irlanda y á la India han ido á saciar, siglos después, apetitos desordenados, de la misma índole.

Conoce el Sr. García la historia de esos pueblos sacrificados á la voracidad inglesa, y no he menester recordarla con todos sus negros pormenores. Basta á mi propósito reproducir algunos pasajes que tomo del estudio de Lord Macauley sobre la vida de Lord Clive. La autoridad no parecerá sospechosa á nadie.

«La riqueza de Clive—dice Macauley,—le permitía rivalizar con los grandes personajes de Inglaterra. Se sabe que antes de salir de la India remesó á su patria *más de ciento ochenta mil libras esterlinas*, por conducto de la Compañía Holandesa y *más de cuarenta mil* por la Inglesa, aparte de otras considerables sumas enviadas por casas particulares. Además, poseía joyas de gran precio, medio muy generalizado entonces de traer valores á Europa,—á cuyo fin compró, solamente en Madrás, por valor de *veinticinco mil* libras esterlinas,—y en la India era dueño de propiedades cuyas rentas estimaba él mismo en *veintisiete mil libras:* de modo que sus ingresos anuales, según la opinión de sir John Malcolm, pasaban de *cuarenta mil libras:* rentas en aquella época tan pingües y raras, como lo son en la nuestra las de cien mil libras. Así que podemos afirmar, sin temor de incurrir en exageración, que ningún inglés que comenzara la vida sin bienes de fortuna, ha llegado como Clive, á encontrarse á los treinta y tres años, poseedor de tan inmensas riquezas.»

Como se acaba de ver, en brevísimo espacio de tiempo hizo colosal fortuna un empleado de la Compañía inglesa explotadora de la India, un empleado que eso era no más Clive; no un conquistador que había expuesto su vida como Cortés, peleando día y noche con heroico brío. Pero es preciso ser justos y no

apuntar nada más en la cuenta de aquel el feo vicio de obtener por cualquier medio, aunque no fuera honesto, la ambicionada riqueza. Si Clive todo lo atropelló por lograr ese fin, en cambio hizo el mejor uso de su hacienda, envió diez mil libras á sus hermanos, distribuyó otras diez mil entre parientes, pobres y amigos, por conducto de un agente dedicó ochocientas libras anuales á sus padres exigiéndoles que tuvieran carruaje, y por último instituyó una pensión de quinientas libras en favor de su antiguo jefe Laurence cuya fortuna era menos que mediana. ¿Cómo desconocer entonces que era caritativo con la caridad bien entendida, es decir, con la que comienza en casa? Fundar hospitales ú otros establecimientos benéficos en el mismo suelo en que recogió sus tesoros, le habría puesto al nivel de los seres inferiores que juzgan lavar ciertas manchas con buenas obras en provecho de míseros indígenas . . . .

Abandonemos el siglo XVIII, y presentemos casos ocurridos al mediar el XIX y en días más próximos, en los albores mismos del XX.

No hay que insistir en lo pasado en California y Texas. Lo más arriba estampamos, valiéndonos del testimonio del Dr. Quesada, es demasiado elocuente, para que se necesite ampliarlo, y lo que pasa aún á los indígenas de las reservaciones americanas nadie lo ignora. Pero de lo que no puedo prescindir es de referirme á la guerra anglo-boera que hoy tiene en suspenso á todo el mundo civilizado; porque esa guerra que demanda para ser narrada un nuevo léxico toda vez que los que ahora poseen las naciones cultas no encierran vocablos que basten al historiador para condenar al moderno y potentísimo conquistador anglo-sajón, ni mucho menos para decir cuanto decir cabe en loor y gloria de la débil pero sobrehumanamente heroica y patriota nación por él invadida para adueñarse de sus minas de oro y de diamantes; porque esa guerra digo, por los caracteres que reviste y porque se desarrolla en nuestros días,—es el testimonio irrecusable y único que necesito presentar en apoyo y comprobación de lo que antes he sentado como principio: que todas las conquistas son igualmente condenables; las antiguas como las modernas; las determinadas por fanatismos religiosos, como las que lleva á cabo la sórdida ambición, por más que á las últimas se les encubra por hipocresía con el nombre de imperialismo y se pretenda justificarlas con argucias y sofismas sobre la necesidad de expasión de ciertas potencias, sobre los intereses comerciales, sobre la superioridad de una raza sobre las

demás, y por el último, sobre el destino manifiesto del débil que está condenado por la naturaleza, llámese planta, animal, hombre, nación, á ser pasto del fuerte.

Pues bien, las conquistas españolas en el siglo XVI, no revistieron ni con mucho, aun teniendo por historiador al Sr. D. Genaro García, el carácter odioso, inícuo de las hazañas del imperialismo anglo-sajón en Sud Africa.

El mundo entero las conoce y las condena; solamente los Gobiernos que son reos de igual crimen por sus conquistas en otras regiones del globo, se cruzan de brazos y se hacen sordos al universal clamor; ninguno de ellos se atreve á poner el hasta aquí á aquellos atentados sin nombre; no quieren unirse para obtener ese resultado, ya que ninguno puede por sí sólo encararse á Albión sin riesgo de verse envuelto en costosa y sangrienta guerra; recélanse unos de otros y . . . la más repugnante de las violaciones del derecho ajeno parece que llegará á verse consumada. ¡Y cómo!

No hablemos de las batallas libradas desde que comenzó la guerra; batallas en que los boeros, si hemos de atenernos á los partes de los generales ingleses, sucumben por centenares en tanto que no mueren ni por decenas los anglo-sajones. Eso nos llevaría muy lejos, y por lo tanto, fijémonos nada más que en el horrendo castigo que los invasores extranjeros infligen á los que defienden su hogar y sus granjas, su honra y la independencia de su patria. Fijemos nada más que en los horrores de la concentración de los campesinos en los campamentos británicos.

Según los datos oficiales expuestos en la Cámara de los Comunes, el número de hombres, mujeres y niños recluídos en estos campos, alcanza las cifras siguientes:

En el Transvaal, 37,739; en el Orange, 24,800; en el Natal, 2,524, en la colonia del Cabo, 2,490. Esto hace un total de 67,553 concentrados, de los cuales 34,000 son niños.

Estas gentes vivían en los campos ó en pequeñas poblaciones ysus viviendas han sido arrasadas, sus ganados y efectos de todo género secuestrados. Reducidos así los habitantes á la más absoluta miseria, han sido recogidos poco á poco por las columnas inglesas, llevados como rebaños y recluídos en los campamentos habilitados para este fin.

Las siguientes cifras publicadas por *The Times* del 20 de Junio último, dan idea de las condiciones de habitabilidad que reunen dichos campamentos:

«La mortalidad por cada 1,000 personas y por año en los campos de concentrados en el Orange, es la siguiente:

Campamento de Bloenfontein, 383; Springfontein, 178; Kimberley, 167; Vredefort Road, 162; Kroonstad, 159; Winburg, 103; Brandfort, 75; Norval's Port, 70: Bethulia, 50; Aliwal North, 35 y Helibron 26.»

Resulta, pues, que la mortalidad media de todos los concentrados en Orange, es de 128 por 1,000; habiendo campamentos, como el de Bloenfontein, donde llega á la aterradora proporción de 383 por 1,000.

Y esto es en el Orange, donde los campamentos están mejor organizados. En los campamentos de concentrados del Transvaal la mortalidad en Mayo último ha sido de 39 en los hombres, 47 en las mujeres y 250 en los niños.

Para apreciar lo que significan estas cifras, baste decir que en los distritos rurales de Europa la mortalidad media, en épocas normales es de 16 á 20 por 1,000.

Un periódico, el *Reynolds*, publica bajo el título de «Guerra á las mujeres y á los niños» una fotografía terrible, tomada por una dama inglesa en el campamento de Bloenfontein, y transcribiendo además, el siguiente párrafo de una carta de la misma dama inglesa:

«Esta es la niña Lizzie Zyl. de edad de ocho años. Sus piernas han quedado completamente deformadas. Es uno de nuestros pequeños esqueletos. Muchos de los niños están en el mismo estado de demacración. Creo que les dan alimento que no les conviene y que sufren horriblemente por efecto del calor. Las tiendas donde se albergan los niños ofrecen un espectáculo horripilante.»

Los periódicos extranjeros dan á conocer algunos terribles efectos de la concentración.

Doce mujeres y niños que murieron de hambre y miseria, el mismo día, fueron enterrados en el Hipódromo de Johannerburg. De 325 personas, mujeres, niños y ancianos, reconcentrados en ese punto, fallecieron ochenta en tres semanas; es decir, el 43 por 100.

En el mes de Mayo, según parte de lord Kitchener, fueron destruídas 7,000 toneladas de granos y forrajes, y capturados 1,400 bueyes, 7,100 carneros y 1,450 caballos, á fin de privar de alimentos á los campesinos.

Los destacamentos ingleses que conducen convoyes, á fin de que no los ataquen los *boers*, después de quemar muchas granjas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obligan á las mujeres y á los niños á marchar con aquellos, rodeando el convoy.

Podemos consignar noticias más recientes aún.

El Rev. Herman D. Van Brockhuisen, antiguo pastor de la Iglesia holandesa reformada de Pretoria, describió en la noche del 30 de Julio, la situación del Transvaal y del Orange en una conferencia que dió en la Iglesia Cristiana Reformada, de la manera siguiente:

«La situación de los campamentos de concentración de boeros en Sud-Africa es espantosa. Hombres, mujeres y niños están muriendo todos los días en tal cantidad, que en pocos años significaría el exterminio de la raza boera. El pueblo está amontonado en barrios insalubres, donde no puede obtener suficiente alimento, ni ropa con que cubrirse, y las enfermedades hacen terribles estragos en él.»

Mr. Herman fué á Estados Unidos con objeto de colectar fondos para aliviar los sufrimientos de sus compatriotas, encerrados en esos campamentos.

Mr. Brockhuisen visitó á Kruger unos cuantos días antes de partir para América, y al preguntarle qué mensaje le llevaba de su parte al pueblo americano, contestó Kruger: «Decidles que están ayudando á los ingleses en su obra de destrucción al facilitarles caballos, mulas y municiones de guerra.»

No se ha colmado con la concentración de que acabamos de hablar, la medida del odio anglo-sajón al pueblo que no ha querido prestarse dócilmente á satisfacer las exigencias de su rapacidad. Si para agotar la raza boera, después de incendiar granjas y de apoderarse de cuanto constituía el patrimonio de los aldeanos, mata á éstos de hambre y de sed; para ultrajar á los caudillos y mejores adalides de la santa causa, tiene la isla de Santa Elena, la isla en que encadenó á su mortal enemigo, al genio de la guerra, al que como conquistador cegó más vidas, destruyó más propiedades, derramó más sangre é hizo verter á la humanidad tantas lágrimas como olas tienen los mares. En Santa Elena, allí en donde Napoleón primero debió—si es que existe eso que llaman conciencia—verse rodeado en sus noches insomnes, de los pavorosos espectros de las víctimas por él sacrificadas, allí mismo purgan su delito los jefes y los soldados hechos prisioneros cuando luchaban como todos los de su raza saben hacerlo, por defender la independencia de su patria y á quienes el destino negó la ambicionada gloria de morir por ella en medio del fragor de la pelea.

Del humanitarismo anglo-sajón da idea el siguiente relato Mrs. Habhouse, relato más elocuente que las cifras que acabamos de apuntar:

«Hasta el día 20 de Julio último había en la isla de Santa Elena *cuatro mil setecientos prisioneros boeros* gozando los beneficios de la generosidad inglesa.

«He visto á una mujer semi-asfixiada por el calor y presa de los dolores de parto. Afortunadamente algo me fué dable hacer en su favor, pues en mi equipaje tenía una camisa de dormir y dos trajecillos de niño.

«En la tienda contigua otro niño de seis meses exhalaba su último suspiro sobre las rodillas de su madre. El médico le había propinado una medicina por la mañana, y la criatura nada volvió á tomar en todo el día. En la misma tienda había dos ó tres niños abatidos y enfermos.

«En otro departamento, un niño convaleciente de la escarlatina y arrojado del Hospital antes de que pudiera tenerse en pie, yacía sobre el suelo, lívido como un cadáver. ¡Otros tres niños en igual estado yacían á su lado!

«En una tienda inmediata agonizaba en una camilla una joven de veintiún años. El padre, un boero de elevada estatura, estaba arrodillado al lado de la enferma, en tanto que en la tienda contigua la madre velaba á un niño de siete años, igualmente moribundo, y á otro de cinco años, cuya vida se extinguía, asimismo, por momentos.

«El desdichado matrimonio en cuestión había perdido ya tres hijos fallecidos en el Hospital, y no quería que á los tres supervivientes los llevaran á aquél á pesar de sus súplicas para que extrajeran á los enfermos de aquellas tiendas calcinadas por el sol.

«Queremos cuidarlos nosotros mismos, repetía constantemente el padre.

«Envié á buscar *brandy* y vertí algunas gotas en los labios de la joven, sin resultado alguno, como ocurre en la mayoría de los casos, en la que lo único que cabe hacer, es cruzarse de brazos.

«En esto se me aproximó un hombre que me dijo:

«Hermana, tenga usted la bondad de venir á ver á mi hijo, que está enfermo desde hace tres meses.

«Accedí á la súplica y ví al niño, que era un angelito de cuatro años, de cuya fisonomía no quedaban más que los ojos grandes, negros y rasgados, y los dientes, que la delgadez extrema de los labios no alcanzaban á cubrir: el cuerpecito era un esqueleto.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
1020001093

Descubrámonos ante la majestad del gran pueblo de Kruger Dewit y Botha, y pasemos adelante, para examinar desde otros puntos de vista la obra del Sr. García.

Dice de ella el Sr. González Obregón que fué escrita sin prejuicios ni apasionamientos. Yo creo precisamente lo contrario, en vista de que el autor da entera fe y crédito á los historiadores primitivos en cuanto atestan en contra de Cortés y de los suyos, y calla en cambio todo lo que esos mismos historiadores dicen, y no es poco, en verdad, en loor de aquellos, atribuyéndoles hazañas prodigiosas. ¿Solamente en el primer caso dijeron verdad? No, sino que lo único que el Sr. García anhelaba hacer convergir en haces luminosos sobre el cuadro que se había propuesto ejecutar, eso fué lo único para él aprovechable y lo aprovechó en efecto; por donde vino á renunciar al título que pretendía de historiador verídico y justiciero, como presumo haberlo demostrado. Su espíritu juvenil le ha impedido hablar de los hombres del pasado como habló Plutarco á quien nadie ha igualado todavía y es de creer que jamás le igualará, porque, como dijo Quintana, su obra manifiesta ser la de un sabio acostumbrado al espectáculo de las cosas humanas, y por lo mismo aplaude y condena sin exaltación; que cuenta y dice *de buena fe* lo que su memoria le sugiere, y va esparciendo en su camino máximas profundas y consejos excelentes.

Su irreductible exclusivismo ha llevado al Sr. García á ser trasunto fiel de Alamán y de Bustamante los historiadores antípodas en cuanto al fin que persiguieron en sus obras, pero gemelos en razón á sus procedimientos. Alamán aunque revela en su Historia altísimas dotes literarias, no logró escribir otra cosa más que un libelo, infamatorio de los padres de la Independencia; Bustamante, en contraposición de aquel, relató hasta absurdas consejas en loor de los que nos dieron patria. Por eso para desentrañar la verdad tuvo D. Julio Zárate que depurar las aseveraciones de Alamán y de Bustamante.

Paréceme el Sr. García cuando leo el *Carácter de la Conquista Española en América*, un arqueólogo que se hubiera propuesto probar que los antiguos indígenas carecieron del sentimiento estético, y para probarlo copiara en el Museo Nacional nada más que las informes esculturas de sus abominables ídolos, pues si tal arqueólogo ó crítico, se hubiese detenido á estudiar el grandioso monumento de Cuauhtemoc, erigido en el Paseo de la Reforma, habría reconocido la falsedad de su tesis, al ver cómo un arquitecto moderno, el malogrado Jiménez, había inmortalizado su nombre con sólo aprovechar, en artística y bien presentada combinación, los delicados lineamientos de las varias arquitecturas indígenas. El Sr. Jiménez tomó de las paredes que aún existen en Tula, las bellas y extrañas columnas de los toltecas, y para su cornisamiento y ornamentación buscó modelos en los palacios mayas de Uxmal y del Palenque.

Necesitó formar y decorar un pedestal y se valió de los ornatos de una columna tolteca que por su forma pura y esbelta pudiera confundirse con las delicadas grecas del arte clásico; los colgantes del capitel del pedestal en que descansa la hermosa joya de la moderna escultura mexicana—el Cuauhtemoc de Noreña,—acusan en su forma nudos de víboras; embellece la faja superior del zócalo, ornamentación sacada de las ruinas de Mitla.

No es ocioso este recuerdo. El, mejor que cualquiera otro argumento, prueba que la obra de arte digna de este nombre, no realiza sus fines, si no condensa y resume en armonioso conjunto lo bello y lo grande sea cual fuere su procedencia ú origen.

Obra de arte es la historia, y el que la escribe olvidándolo, llegará á merecer la aprobación de sus correligionarios y contribuirá á la propaganda de una idea determinada, mas no pasará á la posteridad.

Dados el preconcebido propósito del Sr. García y los elementos de que se sirvió para realizarlo, natural era que el carácter de la conquista española en América resultase, como resultó, falseado en la obra que estudio; pues así como el viajero que desea abarcar en sólo una mirada la grandeza y magnificencia de la antigua *Señora del mundo*, abandona las tortuosas calles de la vieja Roma y asciende al Testaccio ó al Pincio para ver á sus pies á la ciudad de los Césares con sus ruinas majestuosas y sus soberbios palacios, así el que pretende evocar épocas pretéritas y caracterizarlas, debe también elevarse á superiores regiones; que una vez colocado allá podrá contemplar grandezas y miserias, admirarse de aquellas, dolerse de las otras, y todo esto sin temor de mancharse con las impurezas del bajo suelo: el odio y la injusticia de él inseparables.

No, no es el carácter de la conquista española tal cual nos lo presenta el Sr. García. Estudiándolo con serenidad de ánimo, con austera rectitud, lo vemos revestir distinto aspecto. La conquista tiene más alta significación que la que le atribuye su encarnizado detractor. Pocas páginas necesitamos llenar para demostrarlo, des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pués de las que hasta aquí hemos presentado á la consideración del autor que refutamos y á la de los lectores imparciales. Véamoslo si no.

Suele el caudaloso Nilo precipitar el torrente de sus aguas sobre regiones pobladas de humanos seres que tienen allí su hogar y sus heredades. La terrible inundación arrastra y ahoga á no pocos de aquellos, tala y destruye éstos; desolación y ruina van sembrando donde quiera las corrientes enfurecidas; diríase que las campiñas fueron condenadas á desaparecer para siempre; que perdidos los sembrados, los seres supervivientes acabarían por comer el pan amargo del emigrante, sí, fríos, estóicos, no se dejaban morir de inanición. Pero no: el Supremo Ser que por designio arcano abriera las cataratas del prepotente río, vuelve á cerrarlas, hace que se estanquen las turbulentas aguas, que á los rayos de un sol de fuego se evaporen, y entonces, cuando el desastre ha pasado, se ve la tierra enriquecida por fecundante limo y de ella brotan con lujuriosa feracidad los cereales que alimentan al hombre y las gramíneas con que se nutren los animales que pone á su servicio.

Nilo desbordado por la Providencia, no por la mano del hombre, fué la Conquista. La inundación fué terrible; ya lo hemos visto en las páginas anteriores, y no hay que insistir en ello; mas una vez que hubo pasado y merced á aquel siniestro, alzóse en la tierra mexicana que había sido fecundada por una civilización superior á la indígena, el árbol gigantesco de una nueva nacionalidad, y los frutos de ese árbol no son los que en su apasionamiento señala el Sr. García; de sobra los conoce, pues su instrucción histórica y filosófica no es superficial, y son vastos sus conocimientos en ciencias positivas, particularmente en sociología; pero como de ajustar á los métodos de historiadores filósofos y de sociólogos la exposición y las conclusiones de la tesis que se propuso sustentar, se desprendería por modo natural y sencillo el error no inconsciente sino intencionado que la informa, renunció elevarse á superiores esferas y prefirió aparecer como simple compilador de cuanto en mengua y descrédito de los conquistadores de América se ha escrito, para fundar en todos esos datos enseñanzas odiosas, permítame que así las califique.

Porque no hay que dudarlo: nadie emprende con la fruición y la constancia del Sr. García, una tarea que roba el tiempo al ejercicio de una profesión lucrativa, por el solo deseo de hacer desfilar ante nuestros ojos asombrados la siniestra procesión de los es-

pañoles del siglo XVI, á quienes el Sr. González Obregón llama *de la peor ralea, presidiarios condenados al último suplicio y clérigos avaros, codiciosos, relajados en sus doctrinas, corrompidos en sus costumbres,* haciendo en lo que se refiere á estos últimos una terrible confusión, y llegando por ella hasta á calumniar á los primeros apóstoles del Cristianismo en América para cuya alabanza resulta pobre el lenguaje humano. Los religiosos y clérigos malos, aparecieron cuando ya la Conquista estaba consumada, y es imperdonable el mezclar con la historia de esa Conquista la de la dominación colonial.

Abandonemos estas generalidades, y entremos de lleno en la refutación de la última parte de la obra del Sr. García, parte destinada á exponer los resultados de la Conquista española.

Sorprende y maravilla que después de levantar en 368 páginas andamiaje fortísimo para la construcción de gigantesco monumento destinado á perpetuar el odio á la raza conquistadora, el monumento hubiese resultado mezquino y deleznable.

No llegan á 30 las páginas consagradas á la exposición de los resultados de la Conquista, y en ellas su autor no señala en puridad sino dos: la despoblación general (sic) de América, y la degeneración de la raza indígena; lo cual revela que ó el Sr. García se encontró ya fatigado por la peregrinación larguísima que emprendiera, ó que sus amados escritores primitivos no le suministraron las noticias que había menester para fundar de una manera amplia y sólida sus flamantes conclusiones.

Por donde vino á suceder que la parte última y capital del libro, es la más endeble, puesto que ni con la abrumadora elocuencia de las cifras, ni con el peso de las autoridades en materia histórica, ni con las lucubraciones de la ciencia moderna, procuró dejar demostradas la despoblación general de América y la degeneración de los indígenas.

Cuanto á lo primero, ya con la transcripción de ciertos pasajes del folleto del Dr. Quesada, quedó sentado que es indiscutible que la conquista española no exterminó á los indios, como la conquista inglesa los destruyó en otras regiones de este Continente, de que no hace mención el Sr. García. No hay, pues, que insistir en ello.

Respecto á lo segundo, es decir, á la degeneración de la raza indígena, también el pensador argentino ha dejado establecido que el hecho histórico es «que en la conquista española las razas con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quistadas fueran asimiladas en la posible proporción á la raza conquistadora» y que para demostrar las condiciones intelectuales y viriles de algunas personalidades indias modernas, bastaba un solo nombre: *Benito Juárez*.

Cierto que para demostrar sin resquicio de duda esa degeneración, habría necesitado el Sr. García poner á su servicio, y esto le había llevado muy lejos, la paleontología; porque sin estudiar la étnica de esas razas antes y después de la conquista, no se puede comprobar científicamente su degeneración.

La guerra emancipadora, por su carácter ya suficientemente estudiado, prueba sin esfuerzo que la asimilación de que tantas veces hemos hablado en estas páginas, no es una vana teoría, sino una realidad tangible. No fué una reconquista iniciada y llevada á término por los indígenas, para reivindicar sus hollados derechos y reasumir el poder; valga decir, la dirección de sus destinos. Coadyuvaron los indígenas al triunfo de la nueva raza; á la creación de una nueva nacionalidad, ó si place más al Sr. García, á una evolución de la cual se deriva el movimiento ascensional de esta patria que nos es tan cara y de cuyos progresos materiales é intelectuales nos ufanamos en el actual momento histórico.

Nada de eso reconoce, ó por lo menos, no quiere confesarlo el Sr. García. Ofuscado por un sentimentalismo generoso tal vez, pero que no deja lugar á la reflexión, no se resigna á ver una serie de fenómenos naturales en cuanto ha ocurrido desde 1521 hasta 1900 en las naciones que todos llaman hispano-americanas. De ahí, lo erróneo de sus conclusiones.

Las que con sereno espíritu obtienen otros pensadores; las consecuencias positivas de la conquista son otras, y en verdad que su estudio solicita á los que, como el Sr. García, están suficientemente preparados para emprenderlo.

Prescindiendo,—porque parece ocioso hacer en este lugar un nuevo inventario de los progresos de toda especie de que la conquista fué importadora,—prescindiendo de todo lo que sea anterior á 1821, veamos siquiera sea rápidamente, cuáles han sido las benéficas consecuencias de la fusión de las razas.

No somos ni *indígenas*, ni *españoles;* tampoco *criollos* como se llamara á los descendientes directos de ambas razas progenitoras; ni *mestizos* que otros dijeran de los hijos de español é india; no, no somos hoy nada de eso. Por normal evolución, lenta pero indefectiblemente producida por el correr de los años y la desaparición de anteriores generaciones, somos *mexicanos;* ó para expresarlo con mayor amplitud: constituímos una nueva raza. Y la mejor prueba de ello es: que el Sr. García, sin temor de que se estremezcan en la tumba antepasados suyos, infama á la raza española en libro escrito en español porque éste fué el idioma que adoptó ó que se asimiló la raza mexicana, sin menosprecio de las lenguas y dialectos indígenas que los misioneros del siglo XVI procuraron aprender para predicar el cristianismo. Tampoco empleó el Sr. García un idioma extranjero,—el inglés por ejemplo,—porque su libro no habría contado con numerosos lectores entre los mexicanos á quienes trata de imbuir sus ideas. En nahuatl, otomí, tarasco, etc., etc., todavía más contados habrían sido sus lectores si es que algunos indígenas de los pocos que saben leer adquieren el libro. La nueva raza creyó y sigue creyendo, á mi entender con razón, que la unidad de idioma entra por mucho en solidaridad de los organismos sociales, porque como alguien lo ha dicho ya, el idioma es el elemento por excelencia unificador de las razas, superior por lo cohesivo á las tradiciones fisiológicas imposibles de restablecer con los vestigios desvanecidos de generación en generación, por el cruzamiento constante entre las variedades de la especie humana.

Dicho esto, que parece una digresión inútil, pero que no lo es, por cuanto que no nos aparta del asunto que tratamos, creo que no holgarán aquí algunas rápidas consideraciones acerca de la nueva raza y de su obra.

La raza mexicana al venir al mundo no llegó revelando un salto atrás mortificante, ni adoleciendo de incurable cretinismo. Bien por el contrario, y sin caer yo,—como á las veces sucede á los que se ocupan en asuntos nacionales,—sin caer, digo, en ridículo *chauvinismo*, procuraré dejar establecido que por sus cualidades morales los mexicanos son dignos del respeto de las demás razas civilizadas esparcidas en el mundo; así como que, su mejor título para merecer ese respeto es su obra, cumplida en solos noventa años. (1810-1900.)

Esa obra puede resumirse así; la INDEPENDENCIA, la REFORMA la RESTAURACION DE LAS INSTITUCIONES REPUBLICANAS, y el ESTADO ACTUAL DE LA SOCIABILIDAD MEXICANA, cuatro magnas empresas que no habrían podido realizarse á no poseer la raza que las inició y llevó á término, eximias dotes morales. Escrita como está por diestras plumas y publicada ya la Historia que abraza los períodos en que tales empresas cambiaron el modo de ser de la colonia que llevara el nombre de Nueva-España, y estando como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

está en vía de publicación la espléndida sintesis intitulada *México, su evolución social en el siglo XIX,* no he menester, para hacer justicia á la raza mexicana, convertir en libro extenso la presente disertación. Vuelvo, por lo mismo, al examen de la obra del Sr. García.

No la informa, seguramente, la ya abandonada teoría de la ejemplaridad de la historia, porque el autor sabe muy bien que esa ejemplaridad,—como lo enseña un sabio profesor europeo, contemporáneo,—sólo la recoge, en parte, una minoría de espíritus elevados y cultos; que la masa no saca del conocimiento histórico más que una idea general que traduce en seguida en sentimientos de diversas especies, entre otros el de reivindicaciones políticas; que la historia no sirve, no, de ejemplaridad y escarmiento ni para los individuos, en general, ni para las naciones. Pero como entre los sentimientos que la historia despierta en las masas, figuran el odio á determinada raza, y la fe en la superioridad ó inferioridad de otras, podría muy bien suceder,—lícito nos parece suponerlo,—que el Sr. García se encuentra afiliado á la secta novísima cuyo credo es la superioridad de la raza anglo-sajona, y que por eso pone todos sus conatos en revivir añejos rencores contra la raza española á fin de que sin expresar él sus anhelos sea reconocida la superioridad del jurado enemigo de esa raza, del anglo-sajón.

Si ese es el pensamiento que germina oculto en las páginas del *Carácter de la Conquista española en América*, leal y francamente debo decir al Sr. García que por frenética que sea su aversión á España, no debió él olvidar que precisamente porque se nos cree á los mexicanos descendientes directos y unidos todavía á España con vínculos poderosos, por eso es que, á pesar de las relaciones comerciales cada día mayores entre Norte-América y México, sin rebozo se proclama en la nación vecina nuestra inferioridad y nuestro destino manifiesto de ser absorbidos por ellos. Y no es nada más la *prensa amarilla* la que habla despectivamente de nuestra patria para preparar la expansión de las posesiones norteamericanas. Mr. Edward S. Meade, Doctor en leyes y profesor en la Universidad de Pensylvania, pronunció, recientemente, un discurso en que presentó á Mr. McKinley como el Napoleón de la política moderna y dijo, entre otras cosas, las siguientes:

«Los Estados Unidos, tarde ó temprano, tienen que apoderarse de todos los países latino-americanos, inclusive México, para establecer por este medio un nuevo campo para el desarrollo de industrias y del ingenio americanos . . . Los países latino-americanos son la salida natural para el comercio americano, siempre creciente. Si los Estados Unidos no se apoderaran de estos países, los financieros de América formarán sindicatos para comprarlos. venderlos y repartirlos por acciones. Comprendo que la absorción de estos países puede violar algunas de nuestras ideas y echar por tierra antiguos precedentes; pero nuestro comercio exige que se dé este paso, y mientras más pronto mejor. El texto del acta de independencia no debe ser obstáculo para dar este paso, pues ese documento es enteramente una composición literaria compuesta en una época muy distante de la nuestra.»

«Estamos obligados á interpretar el futuro en el idioma del pasado. La corriente de los sucesos se mueve con más rapidez que la educación del pueblo y no nos podemos detener á dar explicaciones. Debemos obrar conforme á nuestras necesidades comerciales y hacer entender á los habitantes de estos países latino-americanos que obramos de buena fe y por su bien.»

«Si *fuere* necesario por la fuerza,—exclamó el profesor Meade,—por la fuerza será; y no contento aún con haber hecho tan rotundas declaraciones, agregó que; «eso de los derechos morales y políticos está muy bien cuando no entorpecen ó retardan el progreso comercial de una gran nación. Si lo que alguien gusta llamar derechos morales y políticos de un pueblo cualquiera, perjudica al progreso del mundo, á la marcha de millones, entonces yo sostengo que no hay injusticia en establecer en ellos, por la fuerza, un gobierno que induzca á los jefes de nuestra industria á establecer sus millones detrás y alrededor de nuestro pabellón, en donde quiera que nuestros soldados hubiesen tenido el valor de plantarlo.»

La famosa doctrina de: *América para los americanos del Norte*, es profesada por millones de ciudadanos en la gran República y proclamada en centenares de publicaciones de allí mismo.

No cabe en este lugar la refutación de las cínicas afirmaciones del Doctor en leyes y Profesor en la Universidad de Pensylvania y de la doctrina de Monroe amplificada é interpretada en el Norte para su propio beneficio; ni llamará tampoco la atención que no tome á mi cargo tal empresa, cuando publicaciones mexicanas que poseen cuantiosos recursos, que tienen numerosos lectores, y sobre todo que parecían fundadas para ilustrar al pueblo y para robustecer su patriotismo, por otros senderos caminan.

Con profundo desagrado he trascrito esas jactanciosas frases para que el Sr. García vea cómo la raza que se cree superior á la nuestra, la desprecia en pago del reconocimiento de su suprema-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cía hecho aquí bien á las claras, con frecuencia entristecedora para los que tienen fe en los destinos de la patria mexicana.

Como de la mano me conduce lo anterior á dar á conocer aquí no mis personales ideas respecto á la supremacía de la raza anglosajona, sino las del publicista argentino varias veces citado, al que no podrá atribuirse chauvinismo, toda vez que á su patria no se le ha sentenciado por su situación geográfica á ser víctima inmediata de las conquistas de la raza anglo-sajona.

Larga va á ser la transcripción de los conceptos del Dr. Quesada, pero habrán de agradecérmela cuantos se interesan en la reivindicación de la verdad, en honra de nuestra raza.

«Las tierras de las comarcas del Nuevo Mundo, al Sud, al Centro y al Norte, dice, garantizan su futuro engrandecimiento; fáltales, empero, la población necesaria, como les faltó á los trece Estados de origen inglés que formaron los Estados Unidos, cuya población asciende hoy á más de sesenta millones. Tal hecho se explica sin esfuerzo, por la inmigración europea, la cual desenvolvió fuerza y vigor en aquellos territorios en proporción al medio ambiente donde se trasplantó.

«La corriente inmigratoria europea obedece á una ley histórica; lleno el Norte de la América, se esparcirá por el Sud y por el Centro, y pobladas aquellas tierras, hoy relativamente desiertas, es evidente que la riqueza, madre del orden, resolverá todos los otros problemas secundarios. Y en la América Central, y en el Sud, y en México, se reproducirá la misma natural evolución realizada en los Estados Unidos, porque todo depende de poblar los desiertos.

«Exponer estas ideas ha bastado para que la rutina y la ignorancia las tachen de falsas, sin tomarse el trabajo de analizar antes los hechos y las circunstancias. Se pretende, y el vulgo lo acepta como verdad indiscutible, que el asombroso progreso de los Estados Unidos de Norte-América y el comparativamente lento y trabajoso desarrollo de las naciones hispanas, tiene por origen y causa eficiente la superioridad de la raza y de las instituciones coloniales que estableció la Gran Bretaña. Para demostrar esta tesis, se ha debido probar la identidad de las circunstancias, á fin de autorizar el juicio sobre el origen de resultados tan diversos, porque de otra manera no hay término de comparación.

«Pienso que un breve análisis de los hechos demostrará el error de esta tesis, generalizada y aceptada sin examen, como lo ha sido la historia convencional americana.

«Los trece Estados que constituyeron la nación que se hizo independiente del dominio de la Gran Bretaña, tenía á la sazón tres millones de habitantes. Posteriormente se fueron anexando países colonizados por franceses y españoles, como la Florida, Nueva Orleans y los extensos territorios que conquistaron á México. ó que adquirieron por cesión, que hizo aquella nación vencida. En estos extensísimos territorios, que forman actualmente numerosos Estados de la Unión, ricos, poblados y prósperos, no ha influído ni pudo influir, las instituciones coloniales inglesas ni la raza sajona. El hecho es de tal evidencia, que no necesita demostración; colonias francesas y españolas, como fueron, han hecho el mismo camino que las inglesas, con las cuales constituyen la gran nación.

«De manera, que en el asombroso progreso de los Estados Unidos del Norte, la influencia de la raza y de las instituciones coloniales, no ha sido el único factor, ni la causa exclusiva y generatriz de crecimiento tan admirable, puesto que, al celebrar el centenario de su emancipación política, tenían más de sesenta millones de habitantes.

«¿Qué circunstancias han influído entonces para producir tan extraordinario resultado?

«Un brevísimo examen facilitará la explicación de lo sucedido.

«Los Estados Unidos, los trece Estados de origen inglés, fueron los primeros que en el Nuevo Mundo asumieron el rango de nación soberana é independiente; y natural y lógicamente, los primeros que atrajeron la atención de las masas europeas predipuestas á emigrar para mejorar de condición. Establecida espontáneamente la corriente inmigratoria, en época en la que aquel país era el único territorio colonizable, puesto que el resto de la América estaba bajo la dominación española y el Brasil bajo la portuguesa; claro es, que fué hacia la nueva nación donde afluyó más ó menos poderosa la corriente inmigratoria, estimulada por la baratura del transporte á causa de la relativa proximidad de la Europa y del clima hospitalario para las razas europeas.

«Tan evidente juzgo esto, que el Canadá y la Guayana, colonias inglesas en América, están muy distantes de seguir el rápido y pasmoso progreso de los Estados Unidos.

«Cuando la América española se hizo independiente y se formaron las nuevas naciones, abrieron sus territorios á todos los que quisieron poblarse en ellos; pero encontraron ya establecida la corriente inmigratoria hacia los Estados Unidos, con resultados tan prósperos, que la competencia se hizo difícil; no sólo por esta circunstancia, sino porque el transporte fué más caro á causa de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

distancias, y en general el colono no es rico y busca gastar lo menos posible en su viaje.

«Además, es de evidencia, que la zona tórrida no es clima propicio para la inmigración, mientras no se desagüen y canalicen territorios que cubren las lluvias torrenciales y no se rocen bosques seculares inhabitables para el hombre, por las emanaciones palúdicas de los pantanos y de la putrefacción vegetal. Se necesita que millones de seres humanos se sacrifiquen para hacer posible que otros seres vayan á vivir allí sin peligro de sus vidas.

«Así, pues, todas las naciones americanas situadas en la zona tórrida, no pueden competir con la América del Norte como países colonizables, y les falta, y faltará por ello, el factor omnipotente del trabajo humano para enriquecerse y prosperar.

«En cuanto á las naciones hispano-americanas situadas en la zona templada y en la fría, la distancia á que se hallan de la Europa, único continente que tiene el elemento colono, el único productor de este elemento y por ello de limitada producción, porque el desenvolvimiento de la raza humana obedece á ciertas leyes; esas naciones americanas, digo, no han podido atraer con eficacia la inmigración, precisamente porque la carestía del transporte la hace más difícil, y cuando los gobiernos han querido estimularla por medios artificiales y enormes sacrificios pecuniarios, ha resultado una perturbación rentística y económica, aunque transitoria como en la República Argentina.

«No puede negarse que la posición geográfica ha sido y es una circunstancia favorabilísima para el progreso de los Estados Unidos; progreso cuyo factor principal es la inmigración europea, puesto que, sin población, ó con territorios poco poblados, no se puede alcanzar el rango de gran nación. Ni la raza inglesa, ni las instituciones coloniales inglesas, han sido los únicos factores favorables para producir aquél fenómeno que asombra, y sin embargo, que es perfectamente natural y lógico. Comenzó aquella nación su vida independiente con tres millones de habitantes, y hoy cuenta con más de sesenta, cifra á que no pudiera alcanzar evidentemente, sin la inmigración europea, sin la cual tampoco podría cultivar sus tierras, ni producir los extraordinarios resultados agrícolas y ganaderos que alimentan su comercio. No hay riqueza sin población, y los pueblos que tienen el capital tierra y les falta el capital brazos, tienen que vivir, durante un período más ó menos largo, en situación de modestas naciones, pero con seguro porvenir una vez poblados. De manera que la solución del problema económico-social hispano-americano depende de la inmigración europea; nótese bien que no comprendo como factor del progreso la colonización del Asia ni del Africa.

«No son, ni la raza ni las instituciones coloniales españolas, las que impiden que aquellas naciones hayan crecido al nivel de los Estados Unidos, sino la falta de población, y esta falta sólo tiene remedio por la inmigración, y ésta, por las breves razones que dejo expuestas, no ha podido seguir el mismo movimiento que la llevó á la América del Norte, por causas naturales é inevitables, porque tampoco puede pretenderse despoblar el continente europeo para poblar el americano.

«Hecha esta digresión, para prevenir en parte las preocupaciones fomentadas por la ignorancia de los que creen como verdad inconcusa, que el progreso del continente americano tiene diferencias marcadas y distintivas por los idiomas europeos que en él se hablan, que representan falsamente, á mi juicio, superioridades de raza y atavismos heredados, continuaré exponiendo el plan general que me he trazado para estudiar la sociedad americana bajo la dominación española.»

De las profundas verdades que el Dr. Quesada asienta en las páginas transcritas, puede sin esfuerzo ni violencia deducirse que no existe la deprimente inferioridad que nos atribuye el Sr. García, y digo que nos la atribuye, porque si, como queda demostrado, somos el producto de la fusión de dos razas, y para el Sr. García una de ellas es de asesinos y ladrones, y la otra de indígenas degenerados por la conquista, lógico sería concluir que de monstruos y cretinos no ha de haberse obtenido sino una raza cuya total extinción será la más justa y la más meritoria conquista de los anglo-sajones. Y ¿á quién sino á éstos aprovechan tales enseñanzas? Ciertamente que no á nosotros, á pesar de ser mexicano quien á su propaganda dedica todo un libro.

Si el Sr. García no fuera tan joven, habría ya tenido oportunidad de comprobar la siguiente vulgar observación. Cuando en el seno de una familia acontece que, por cualquiera causa, á uno de sus miembros se le declara destituído de todas y cada una las excelentes cualidades que se reconocen y admiran en los de los vecinos ó amigos de la casa, y á diario se le repite, la víctima de tan despectiva creencia acaba las más de las veces por aceptarla como verdad inconcusa, en vez de procurar desvanecerla con hechos reveladores de su dignidad y de su inteligencia, y hasta llega á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

encontrar su mejor justificación en decir que la fatalidad fué la que le condenó á ser irremisiblemente lo que se le dice que es, y eso nada más.

Por el contrario, cuando en otro hogar no se omite empeño ni sacrificio por crear en unos y robustecer en otros de sus miembros la idea de que están llamados á ilustrar su nombre y á honrar el de sus padres y el de su patria, generosos y nobilísimos anhelos les conducen á realizar las esperanzas que en ellos se fundaran.

La patria es el hogar de la raza; no es preciso decir más á este respecto, á escritor tan ilustrado como el autor del *Carácter de la Conquista Española en América.*

En las cinco últimas páginas de la obra expone el autor sus dos magnas conclusiones: la de que de la conquista causó la despoblación general de América y la de que á esa misma conquista obedece la degeneración de los naturales ó indígenas. Parece que al llegar á esta parte capital de su obra los autores primitivos no le proporcionaron abundantes noticias dignas de fe, pues con relación á la primera de esas conclusiones, solamente dice lo siguiente: «Podríamos formar una larguísima lista de todos los pueblos y provincias despoblados completamente, ó cuya población disminuyó hasta grado sumo, como la villa de Arma que tenía 30,000 habitantes y después sólo contaba 500; Anzerma que de 40,000 no conservó sino 800; la villa de Tinana que de 20,000 decreció hasta 700; Oztozolotepec, Pacaibanca, etc., etc., lugares todos donde sucedió otro tanto. Empero nos limitaremos á exponer algunos datos de carácter general.»

Obsérvese que el Sr. García no sólo no cuidó de comprobar suficientemente esa primera conclusión, como debía haberlo hecho, toda vez que de ella, como de la segunda, debía derivarse una de las enseñanzas mayores de su obra, sino que no tuvo á bien ó no juzgó necesario demostrar que, entre las tierras conquistadas, fué la tierra mexicana una de las que más sufrieron.

Por último, el Sr. García consagra á la demostración de la degeneración de los naturales de América 32 líneas en las que dice que pasa *á indicar de una manera sintética, cuál fué la suerte de los pocos indígenas que pudieron sobrevivir á tan despiadado exterminio.* Tan sintética es, con efecto, esa indicación, que más no puede serlo, á pesar de que el autor cree haber con laconismo que podríamos llamar telegráfico, expuesto todas las causas «que hicieron (sic) *que las razas indígenas de América no sólo perdieran una á una las infinitas cualidades que con sobrados bríos lucieron gloriosamente en sus días de libertad, sino que degenerasen con inconcebible rapidez y al fin cayeran en el lastimoso estado en que todavía las miramos al fenecer el siglo* XIX.»

Al llegar ahí sintió algo así como un remordimiento, como un impulso de piedad hacia los degenerados indígenas y les dedicó, —siempre dentro de las 32 líneas susodichas,—el siguiente párrafo consolador con que se cierra la obra: «Empero esas razas infortunadas, rescatadas ya de la servidumbre y colocadas de nuevo en medio propicio, volverán á manifestarse prósperas y pujantes *luego que empiecen á sentir la mágica influencia de una eficaz educación, física, intelectual y moral;* facultades que aunque profundamente adormecidas no han podido morir y antes bien son susceptibles de alcanzar pronto y vigoroso desarrollo: México debe sus más preciadas instituciones, las que dieron origen y ser á su actual progreso, á un miembro de esas mismas razas, al imperecedero D. Benito Juárez que, con inteligencia superior y energía nunca quebrantada, extirpó de nuestro suelo el obscurantismo pernicioso hondamente arraigado á la sombra secular de la dominación española.»

Con brevedad reputaré las dos conclusiones del Sr. García

Cuanto á la primera, no hay que hacer más para destruirla que repetir que la mayoría de la población de Centro América, el Ecuador, Venezuela, Colombia, Perú, Paraguay y Bolivia es hoy, en 1901, de indios más ó menos cultos, y que de los 13.545,462 habitantes que, según el último censo, tiene la República Mexicana, *sies millones,* cuando menos, son de indígenas.

No es, pues, exacto, que la conquista haya despoblado América. Poblaciones totalmente aniquiladas, razas desaparecidas solamente se pueden citar en el Nuevo Mundo, al hacer la historia de las conquistas anglo-sajonas.

Rubor nos causa el tener que referirnos á la degeneración de la raza indígena, compelidos por la obligación que nos impusimos de refutar en todas sus partes la obra del Sr. García.

No pretendemos negar que comenzó esa degeneración con la conquista y que durante el coloniaje acreció. Igual fenómeno se ha observado en todos los pueblos que han sido víctimas de invasiones y dominaciones debidas á hombres que se creían superiores á los que ellos vencieran, y no es esto, en verdad, lo que me causa rubor tratar, sino la declaración leal que debo hacer de que más culpable es la raza mexicana, es decir, la en que se reclutan las llamadas *clases dirigentes,* del pecado que el Sr. García tácitamente confiesa al decir que los indígenas recobrarán sus antiguas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

facultades *luego que empiecen á sentir la mágica influencia de una eficaz educación física, intelectual y moral.*

Sí, dice bien el Sr. García, *luego que empiecen;* pero ah! no habría yo,—puesto en el lugar del autor de la *Carácter de la Conquista Española en América,*—usado esa locución que tan amargo reproche envuelve para México independiente. Ochenta años de vida libre y autónoma, de mucho habrían servido para cambiar, con ventaja, la condición de los indígenas de manera que nadie pudiera decir en el último día del siglo XIX que no empezaba á sentirse aún la mágica influencia de una educación física, moral é intelectual.

Independidos de España los mexicanos no restablecieron á los indios en las heredades de sus mayores, porque no fué ese el objeto de la Independencia; no se les permitió volver á su antiguo culto, porque habría sido un retroceso. Muy bien; pero la servidumbre siguió siendo la misma, en los campos, en las minas, en las ciudades como en las aldeas; la explotación de los indios por los curas aumentó, si cabe, y persisten hoy todavía las supersticiones más groseras; en la prolongada serie de revueltas anteriores á 1876 el indio sirvió de *carne de cañón;* los jornales que hoy se le pagan no superan, sino es en muy contadas regiones del país, á los jornales que recibieran sus antepasados durante la dominación española, y por tal motivo anda, hoy todavía, no mal vestido sino casi desnudo, y se alimenta miserablemente. Nos hemos limitado á consignar en nuestro Código fundamental la igualdad ante la ley, dogma sagrado y puro de las modernas democracias, pero del cual se ha hecho y se hace por donde quiera sangrienta irrisión. Hay clases privilegiadas todavía! Y lo que es peor, esas clases que, juntas, no constituyen sino una minoría, cuantas veces á partir de 1821 se han arrogado el poder, han olvidado sus halagadoras promesas y no han procurado modificar siquiera la condición de los indios, ya que su completa regeneración exige mayor lapso de tiempo. Con pocas excepciones, esa minoría ha buscado el medio personal, la ascensión gloriosa á las regiones suspiradas del mando, todo, menos el honrosísimo título de redentora del indio. Entre esas excepciones la primera y principal, y la que merece por eso que en su honor se alce el himno de la gratitud, fuélo aquella minoría á la que sus enemigos llamaron opresiva: la de los hombres de la Reforma. Esa minoría sí cumplió sus promesas: cuando fué poder dictó leyes sabias que beneficiaron por igual á blancos y á cobrizos; pasaron por sus manos inmensos tesoros y sus manos nunca se mancharon con el robo; peligró la independencia, y por salvarla tuvo que resignarse á dejar su obra de regeneración social, inconclusa, pero confiada á sus discípulos.

De éstos, no he de hablar porque su obra aún no está terminada: están resolviendo arduos problemas todavía; están *haciendo* la historia los que en pos de Juárez vinieron y toca á los pósteros la ardua sentencia.

Pero cualesquiera que hubiesen sido las causas, el hecho es que el indio ha permanecido en el siglo XIX en la misma actitud hierática de sus antiguos dioses, al pie del solio de sus mandatarios; pobre, abstraído, como en la época de los virreyes, y hasta ahora al desperezarse al primer claror del siglo XX, vislumbra nuevos horizontes y sonríe por vez primera y dando fe á la doctrina de la trasmigración de las almas, cree que han reencarnado en D. Genaro García y en D. Luis González Obregón las almas de Fray Bartolomé de las Casas y de Fray Pedro de Gante; espera su redención porque ya tiene un defensor valiente y desinteresado, y un maestro compasivo, que con ternura verdaderamente paternal van á hacerle partícipe de los conocimientos que en letras, en artes y ciencias parecían hasta aquí del dominio exclusivo de las razas que pregonan la inferioridad del indio.

A las condiciones estéticas del libro del Sr. García no haré reparo alguno. Comprendo bien qué hombre es imbuído en las ideas que hoy privan; eminentemente práctico. Sabe que el tiempo es dinero, y no ha querido perder el tiempo en cincelar frases, en lucir exquisiteces de estilo, ni flores retóricas. Abogado de la nueva escuela, formula su tremenda requisitoria exponiendo en toda su horrible desnudez los detalles del crimen y deja hablar al ejército de los testigos que presenta, sin preocuparse del lenguaje que ellos empleen; él, por su parte, confórmase como Zola, con decir: *Yo acuso.*

Por eso no me hago eco de la crítica que algunos se han atrevido á hacer del título de la obra, fundando esa crítica en que el Sr. García omitió una voz adverbial que era indispensable para no borrar del mapa del Nuevo Mundo á México. Porque, dicen esos críticos, si México está situado en América, el carácter que revistió su conquista es el mismo que el autor estudió en la historia de las demás naciones del Continente descubierto por Colón, y le faltó, por lo tanto, expresar que por ser mexicano lo especializaba á su patria. No me hago, repito, eco de esa observación; antójaseme que al Sr. García debemos agradecerle el habernos puesto al abrigo de las rapacidades del imperialismo del Profesor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Meade: no perteneciendo México á América está menos avocado á tener el destino manifiesto de servir de pasto para saciar el hambre de expansión del Norte; y no digo *libre* sino *menos avocado,* porque allí está el archipiélago filipino para probar que hasta el Asia lleva el Norte sus escuadras y sus ejércitos, para plantar el pabellón de las estrellas en señal de posesión y de dominio. Y en verdad que si el Sr. García hubiese cuidado expresar claramente desde la portada de su libro, que especializaba su estudio á México, habría prevenido la censura que no faltará quien le dirija de que á pesar del título de su obra, muy contadas son las páginas de ésta que no aluden exclusivamente á la conquista de Anáhuac y más contados todavía los escritores primitivos que él cita por haberse ellos ocupado en la conquista de Centro y Sud América. Tal exclusivismo casi se encuentra justificado, si se piensa en que el Sr. García enderezaba sus propósitos no á revivir rencores en otros pueblos del Continente, sino en el pueblo mexicano, so color de reivindicaciones de que solamente él parece preocuparse. El exclusivismo del Sr. García ha engendrado el mío. He procurado restablecer la verdad en lo que á México atañe; no porque no me inspiren grande interés las Repúblicas de Centro y Sud-América, sino porque creo un deber de patriotismo, un deber sagrado, contrarrestar toda tendencia que por velada que esté, puede conducirnos á los mexicanos á la pérdida de nuestra autonomía primero, y sucesivamente á la pérdida de nuestros hogares y á la desaparición ó aniquilamiento de nuestra raza. Honradamente lo creo así.

* * *

Después de haber hecho en las páginas anteriores la análisis crítica de la obra del Sr. García, parece como que debería yo dar por terminada mi tarea. Pero no; de esas mismas páginas se desprende que al establecer un paralelo entre las antiguas y las modernas conquistas, no me guiaba el deseo de atenuar los horrores de aquellas con la relación de las que éstas han producido, sino que iba yo en pos de algo más útil para mi patria y de palpitante actualidad en ella. Recuérdese también, que la presente disertación ha sido escrita *á propósito* del libro del Sr. García, como lo reza la portada; lo cual equivale á decir que no trataba yo únicamente de refutar dicho libro. Por lo tanto, nadie podrá encontrar fuera de lugar el estudio de ciertas cuestiones que se ligan con el asunto principal.

Día á día, hora á hora, debería yo decir, se oye entre nosotros hablar del *imperialismo anglo-sajón*, al que señalaremos á nuestros compatriotas con la frase de Gambetta: HE AHI AL ENEMIGO. Porque, á no dudarlo, por *imperialismo* debemos entender *conquista*, los que no aceptamos mistificaciones ni frases convencionales, que no son sino la careta detrás de la cual se oculta la deformidad de ciertos principios, como ocultan algunas mujeres, valiéndose de otros antifaces, las injurias de los años ó la violación de las virtudes domésticas.

Para opinar así, no es preciso que los dedos se nos antojen huéspedes, ni que por hipocondría incurable alimentemos aprensiones ridículas y pueriles temores; ni es necesario, tampoco, estar atacado de la manía de persecución, por más que eso digan los precursores del imperialismo y los que por conveniencias que no sería lícito señalar, toda vez que nadie quiere declarar franca y lealmente sus ideas, fingen una despreocupación y una tranquilidad de las que deben estar, ciertamente, muy distantes. Basta leer las lucubraciones de la *prensa amarilla* norte-americana, y las lucubraciones de la que sin serlo secúndala en sus propósitos ó tiene cuando menos grandes afinidades con ella, para explicar la razón de ser de los temores enunciados, y para patentizar cuánto es patriótica una labor encaminada á poner las cosas en su lugar, pese á quien pesare.

En libros y en folletos, en la tribuna y en la prensa periódica, los corifeos de la doctrina imperialista, sus adalides y apóstoles, la predican no sólo en su propia casa sino en la ajena y muy particularmente en la segunda. Unos, con el cínico desplante del Prof. Meade; otros, y son los más, para persuadir y sujetar á los que se rebelan, bañan de dulce licor los bordes del vaso que contiene el jugo amargo, como diría el hijo inmortal de Sorrento. Sin ser suspicaz, desentraña cualquiera los propósitos del imperialismo, y distingue sus caracteres, no menos que los medios de que se vale, ó mejor, de sus procedimientos.

Es el primero, la predicación del credo flamante de la supremacía de la raza anglo-sajona, tan traída y llevada en los días que corren, y es el segundo la sugestión de los espíritus poco analíticos y demasiado impresionables, sugestión que se obtiene haciendo desfilar en caleidoscopio mágico las maravillas de la riqueza norte-americana. Diríase que el conquistador de naciones, es un nuevo Fausto que no fía el éxito de sus conquistas á sus propias dotes, á sus ardides, á su audacia, sino al Mefistófeles que ha de poner

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ante los ojos de Margarita las joyas á cuyo brillo se desvanecerán hasta sus últimos escrúpulos.

Tan cierto es esto, que hoy, todos sabemos cuántos millones de kilogramos de oro encierran las cajas de la Tesorería Norte Americana al hacerse el balance mensual, mientras que para muy contados hombres de estudio es fácil saber qué número de obras científicas y literarias apareció en Europa en el año último. Repitiendo la publicación de aquel dato se fascina á las muchedumbres y se alcanza el reconocimiento de la famosa supremacía; callando los triunfos del saber y de la inteligencia en otros pueblos, se cree romper todo vínculo, apagar todo entusiasmo, desvanecer toda admiración, que no sean vínculos, entusiasmos y admiraciones en provecho del anglo-sajón. No es, por lo tanto, un temor injustificable y pueril el que hace exclamar: HE AHI AL ENEMIGO.

Antes de exponer los principios que informan el imperialismo desbordante, bueno será marcar, ya que no lo hicimos en alguna de las páginas anteriores, la *diferenciación* que puede hacerse al tratar de antiguos y modernos conquistadores. No se diga que negamos á los segundos cierta originalidad característica. Pongámosla de resalto.

Los novísimos conquistadores difieren de los de antaño, en que no son, como éstos fueron, héroes capaces de realizar una epopeya y de inspirar, á pesar de todas sus manchas, poemas épicos ó portentosas historias que inmortalizan. Obsérvase desde luego, que no es el triunfo de un ideal, ni el amor á la gloria, ni la propaganda de una filosofía nueva ó de una religión, lo que los inflama y conduce á atropellar creencias y á violar derechos; que antes de lanzarse á temerosas aventuras, pactan ligas ó coaliciones con una ó varias potencias, con el fin de lograr, más bien que por el propio esfuerzo, por la abrumadora masa de los ejércitos coaligados, el triunfo sobre el débil, que lo es porque todos le abandonan y todo tiene que fiarlo á su brazo, á su fe, á su valor y á su constancia. En nuestros días, las potencias europeas como la potencia norte-americana, recélanse de todo y de continuo, témense recíprocamente, odianse por más que lo nieguen, y para ellas el mayor enemigo es la nación culta que no coopera en la obra emprendida ó proyectada, no la nación *salvaje ó bárbara* cuyas son las riquezas que se pretenden debelar y las tierras en que se aspira hacer que ondee el pabellón del vencedor.

Pero qué mucho,—y digámoslo en descargo de banqueros judíos, de comerciantes é industriales conquistadores,—qué mucho,

si los misioneros que ahora se estilan, católicos y protestantes, sólo predican el Evangelio á la sombra de la bandera patria, protegidos por Embajadores ó Ministros Plenipotenciarios, ó cuando menos por Cónsules que al primer amago, al primer síntoma de insurrección de los que quieren morir en la fe de sus mayores, hacen que formidables acorazados bombardeen los puertos, en tanto que poderosa artillería de mortíferos proyectiles, arrasa pueblos y ciudades, granjas y alquerías! Tales misioneros no son sino agentes ó comisionistas viajeros, empleados en hacer aceptar los productos de sus respectivos países, instrumentos puestos al servicio de los grandes intereses materiales; vanguardia exploradora de las huestes de ese imperialismo que devorado por insaciable codicia busca nuevas regiones que explotar ó siquier sea mercados nuevos para desahogar la plétora de sus productos naturales y de los de sus múltiples industrias.

Con frases estereotipadas, de irritante *sentido práctico,* se nos dará contestación á este respecto. Esa es, se nos dirá, la lucha por la existencia; esa es la ley natural: el fuerte ha de tomar lo que necesita, donde lo encuentre; no importa de quien sea; el débil debe resignarse á la suerte que le cupo en la repartición de los bienes de la tierra; no hay más derechos que los de aquel que es bastante fuerte y poderoso para hacerlos respetar.

Lo que dicho está en páginas anteriores de esta misma disertación, respecto á la guerra anglo-boera, nos ahorra el trabajo de aducir pruebas. Volvamos al peligro á que orilla á nuestra patria el imperialismo norte-americano.

Consecuentes con el propósito de no fiar á nuestras propias facultades la síntesis de las doctrinas que combatimos, vamos á valernos de la exposición que escritores mexicanos ajenos á los temores que una gran parte de nuestra sociedad conturban, han hecho del imperialismo, en un diario que cuenta por decenas de millar sus ediciones y que parece fundado y sostenido para ilustrar á las masas y encauzar en bien de la patria las corrientes de la opinión pública. Dice, pues, el diario á que aludo:

«Aparentemente, el imperialismo no es más que un acto de conquista moderado, y decimos moderado, porque el conquistador actual respeta los títulos de propiedad privada, la religión de los vencidos, sus costumbres, sus monumentos, sus bellas artes, sus tradiciones y su libertad. En muchos casos, les permite que se gobiernen á sí mismos libremente, y lo único que no se les respeta es el bolsillo. Pero el imperialismo moderno, que tiene por objeto prin-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cipal el ataque del bolsillo del vencido, no es cínico en sus leyes, ni brutal en sus procedimientos, ni violento en sus determinaciones. El ataque de la conquista moderna al bolsillo de los pueblos conquistados, tiene lugar por actos comerciales, en apariencia libres, pero que, bien vistos, constituyen el comercio forzoso. En suma, la conquista moderna, es el arte de buscar un buen comprador á los efectos nacionales, por medio de la guerra.

«Según esto, el «imperialismo» no es más que el «proteccionismo.» El proteccionismo, como bien se sabe, consiste en la reserva del mercado nacional para el consumo exclusivo de los productores nacionales. El imperialismo actual no es más que la reserva del mercado de un pueblo extranjero para el consumo de los productores de la metrópoli.

«Hay otra clase de imperialismo que nosotros llamamos inglés, y cuyo tipo lo representan el Canadá, la Colonia del Cabo y las de Australia; en esta clase de imperialismo, la metrópoli no exige nada de sus colonias, las deja en libertad completa para hacer su arancel y no les impone sacrificio de dinero, ni de hombres, ni de dignidad. ¿Qué provecho puede resultar entonces por el empleo de semejante método de imperialismo? Uno muy grande: la metrópoli saca la ventaja al poseer colonias enteramente libres, de que otras naciones, viendo estas colonias en manos poderosas, no intentaran conquistarlas para imponerles el imperialismo de tipo vejatorio y exactor, cerrando así los mercados libres de esta colonia, al comercio libre del mundo. En suma, este imperialismo es la consecuencia evidente de la política de la «puerta abierta.»

«La tercera clase de imperialismo, es el recientemente inventado en Inglaterra y que ha dado lugar á la desastrosa guerra en el Africa del Sur. La fórmula de esta clase de conquista es la siguiente: una nación debe atraerse grandes cantidades de capital de otra nación ó de varias; dicho capital es profusamente empleado en el establecimiento y desarrollo de una ó varias industrias. Sea por impuestos excesivos, por guerras civiles, por ineptitud gubernamental ó por cualquiera otro motivo, los capitales á que aludimos se encuentran en grave peligro de destrucción, y entonces la nación de que son súbditos los principales capitalistas, declara que es llegado el caso de atender de preferencia á los intereses de sus súbditos, para lo cual la conquista es el mejor procedimiento.»

Hecha esa exposición doctrinaria, el periodista autor de ella, no creyó necesario agregar sino estas brevísimas palabras:

«A los mexicanos corresponde fijarse mucho en esta clase de imperialismo, meditarlo, y prevenir su aparición y consecuencias.»

Pero como quiera que uno de los procedimientos del imperialismo, es el de comenzar por adquirir propiedades en el país predestinado á forzosa anexión, y adquirir sin cesar hasta que sea necesaria la *protección* de los intereses creados, dejáronse escuchar las observaciones de otros diarios de contrario credo, y sin tomarlas en consideración fueron más allá los expositores del imperialismo anglo-sajón, y aprovechando la oportunidad que les ofreció el asunto de la venta de terrenos mexicanos á compañías extranjeras, creyeron llegado el momento de *disipar un error,*—que por cierto tiene hondas raíces en la conciencia nacional,—y de formular la siguiente doctrina que *in extenso* reproduzco porque extractada se desvirtuaría.

«Con motivo de las vastas adquisiciones de terreno que una Compañía explotadora de petróleo acaba de hacer cerca deTampico, periódicos de esta capital y de alguno de los Estados, han formado la queja ó protesta de uso y lamentándose de que el territorio nacional está pasando á gran prisa á manos de extranjeros, y *particularmente de los americanos.*

«En este caso, como cuando se ha tratado de ventas de terrenos baldíos, de concesiones mineras y otras, los periódicos aludidos dejan transparentar el temor de que á fuerza de adquirir terrenos en el país, *los americanos* ó los extranjeros en general, acaben de despojarnos de nuestra soberanía y que el día menos pensado nos encontremos con que México no es ya de México y que su autonomía se ha pasado con armas y bagajes al enemigo.

«El error y la alarma emanan de que el vulgo no discierne la profunda diferencia que media entre los derechos que sobre sus bienes raíces tiene el propietario y el «dominio eminente» que sobre el territorio nacional ejerce el estado, la nación, considerada como entidad política.

«Esta distinción es fundamental. Generalmente y entre personas no versadas en estas materias, se cree que cada hectárea de tierra adquirida por un extranjero, es una hectárea substraída á la soberanía nacional y se propende á admitir que sólo el territorio poseído por mexicanos queda sometido á la influencia y las prerrogativas de la autonomía del país.

«No puede darse error más craso. El propietario, nacional ó extranjero, de una parcela de tierra ó de un extenso dominio predial, tiene, dentro de la ley, derechos innegables y respetables, el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de venderla, fraccionarla, arrendarla, regalarla, explotarla, descuidarla ó abandonarla.

«Rige á la propiedad privada, el derecho de usar y aun el de abusar de ella. Este derecho del propietario privado, tiene en todos los pueblos cultos, una latitud inmensa y es base de la constitución económica de los pueblos cultos.

«Desde cierto punto de vista, puede parecer deplorable el que la propiedad privada nacional, pase en cierta proporción á manos de extranjeros. A los ojos de ciertos patriotas sería mejor que los mexicanos poseyeran la tierra nacional, la explotaran en su provecho y que fueran los naturales del país los grandes propietarios, no sólo rurales, sino urbanos, industriales, mineros, ferrocarrileros, etc. Pero el Estado, ó en términos menos vagos, el Gobierno, no puede impedir que una parte de su propiedad, toda, si se quiere, pase á manos de extranjeros, so pena de cometer un grave atentado contra el poseedor nacional. Si éste juzga de su interés vender, el Estado no puede ni debe impedírselo ni limitar para el vendedor el derecho de vender, y desde este momento, por lamentable que el hecho parezca, sin serlo realmente, es irremediable.

«Pero, aun suponiéndolo desastroso, no lo es tanto desde el punto de vista de la autonomía nacional.

«Ya pertenezca á extranjeros, ya á nacionales, sobre el territorio nacional la nación ejerce el dominio eminente, es decir, el derecho de legislar, el de nombrar sus autoridades, el de cuidar el orden, el de administrar justicia, y en esto consisten la autonomía y la soberanía nacionales.

«Si llegare á suceder que todo el territorio del Estado de Tamaulipas, por ejemplo, fuese adquirido por extranjeros, no habría perdido por eso un ápice la soberanía nacional. Sobre esas propiedades imperarían las autoridades constituídas, regirían las leyes y los decretos locales y federales, en esos terrenos se harían elecciones y las harían los ciudadanos que á ello tienen derecho, en las propiedades funcionaría la justicia y ejercerían su acción los gobiernos local y general y la nación conservaría su «dominio eminente» sobre la propiedad del extranjero que seguiría siendo propiedad nacional.

«Los temores de los diarios á quienes aludimos son, pues, quiméricos. Si los mexicanos quieren conservar su propiedad raíz, pueden hacerlo; pero si en su interés, del que sólo ellos son jueces, está el vender á extranjeros, pueden hacerlo seguros de que en nada comprometen la soberanía nacional.»

La lección que acabamos de copiar, para ser completa, necesitaba haber desvanecido ciertas *ligeras dudas* que acaso dimanen también de un *error* en que incurren los menos aprensivos, los menos *chauvinistas*.

Si en mis años de estudiante un catedrático me hubiese dado esa lección, le habría yo preguntado: El propietario extranjero de un territorio ó Estado obtenido por compra, poseedor que puede usar y abusar de su propiedad, ¿tiene derecho de expulsar de ésta á los que fueron sus dueños y habitantes? Reconocido ese derecho, ¿podría prohibírsele que poblara su propiedad con extranjeros de la misma nacionalidad que él y en tan considerable número que llegaran á constituir un amago, una amenaza para el territorio adyacente no comprado todavía? ¿Se le podía negar la facultad de fundar escuelas para enseñar su propio idioma con exclusión absoluta de la lengua del país en que se halle incrustado el territorio ó Estado obtenido por compra? ¿Desterrados los naturales, perdido el idioma, sobre quiénes ejercería jurisdicción la autoridad nacional?

Esas y otras muchas preguntas habría yo hecho á mi catedrático á fin de que desvaneciese mis dudas y disipase mis errores, y claro es que si hoy no se las dirijo al periodista que me las ha inspirado con su novísima y *consoladora* teoría, es porque no se me oculta que obtendría por respuesta una sonora carcajada burlesca ó una sonrisa de desprecio por mi ignorancia. Y aun suponiendo que se me dispensara la honra de rebatir mis argumentos, tocaríame siempre la peor parte. El periodista vive de las controversias, sírvenle para llenar su diario, no le quitan el tiempo, sino antes bien le dan empleo lucrativo, en tanto que el que fuera del periodismo desea dilucidar un problema social ha menester del folleto, y la impresión de éste es costosa y su lectura queda al alcance de reducido número de personas, relativamente. El público, ó la porción de él interesada en discusiones de este linaje, queda las más de las veces en la condición del que escucha una conversación telefónica: oye bien lo que uno de los interlocutores dice; pero ni una sola palabra de las del otro. De ahí que por lo común se dé la palma del triunfo á los redactores de un diario por sus lectores devotos.

Demás de todo eso, al reproducir la lección sobre el *dominio eminente*, no entró en mis propósitos el rebatir su doctrina, sino el deseo de llamar la atención hacia uno de los caracteres de las conquistas modernas ó sea del imperialismo: la compra como preliminar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de actos cuya vislumbre despierta recelos y temores. Al propio tiempo, he querido recordar que mal se conforma la repetida doctrina con el espíritu filosófico, y debería agregar, patriótico, que dictó la ley de 1º de Febrero de 1856; la cual ley, en su art. 2º dice así: «*Ningún extranjero podrá, sin previo permiso del Supremo Gobierno, adquirir bienes raíces en los Estados ó Territorios fronterizos sino á veinte leguas de la línea de la frontera.*»

Pero aún hay más todavía.

La ley de 26 Marzo de 1894, la más liberal y mejor meditada en materia de colonización, al relevar á las Compañías deslindadoras de la obligación de sólo enajenar lotes de dos mil quinientas hectáreas, permitió adquirir terrenos sin limitar su extensión, á todo habitante de la República, *exceptuando tan sólo á los nacionales y naturalizados de las naciones limítrofes,* quienes no podrán adquirir baldíos en los Estados de la República que con sus respectivos países colindan, y *conservando las restricciones establecidas y por establecer* sobre adquisición por extranjeros, de vienes raíces en la República. Véase el art. 6º de dicha ley.

En los innumerables contratos celebrados por la Secretaría de Fomento para el deslinde y la colonización de los terrenos baldíos, se ha cuidado siempre el pactar que los colonos han de ser europeos. Si la memoria no me es infiel, ocurrió allá por los años del 79 al 80, un caso cuya exactitud puede verificarse acudiendo á los archivos de la Secretaría de Relaciones y de la de Fomento; caso digno de estudio y de meditación por parte de los que creen que no entraña peligro alguno para la autonomía de México, la enajenación desatinada de terrenos, aun cuando éstos formen el territorio entero de un Estado fronterizo ó no.

Lo que sucedió fué lo siguiente:

La Secretaría de Fomento celebró un contrato de colonización y en una de las cláusulas del contrato se pactó *expresamente* que los colonos no podrían ser de nacionalidad norte-americana. El Ministro que á la sazón representaba en México al gobierno de Washington, juzgó que la indicada cláusula violaba los derechos que acuerden los Tratados de amistad entre ambas naciones, por aquello de que á la suya correspondían las mismas prerrogativas *de la más favorecida,* y dirigió una nota á nuestro Gobierno, en amistosa reclamación. La nota fué estudiada con el más profundo detenimiento por el Sr. Lic. D. Miguel Ruelas, entonces Secretario de Relaciones, y su contestación digna, prudente y sabia, se fundó en las doctrinas de los más ilustres tratadistas de derecho internacional, y

en una declaración reciente de un estadista norte-americano que había señalado como causa y origen de la desmembración de nuestro territorio las enajenaciones hechas sin previsión, sin patriotismo y sin cordura, en Texas, á ciencia y paciencia, de los gobiernos mexicanos. Fundada así la contestación de nuestra Cancillería, no tuvo réplica.

Por demás absurdo me parece que cuando sabias y previsoras leyes y hábiles estadistas prohiben á los extranjeros la adquisición de propiedades dentro de ciertas zonas fronterizas, y cuando se procura que la colonización no vaya á crear un Estado dentro de otro, haya quien ose proclamar que si llegase á suceder que todo el territorio de un Estado fuera adquirido por extranjeros, no habría perdido por eso un ápice la soberanía nacional. Hasta la designación tal vez intencionada de un Estado fronterizo como lo es el de Tamaulipas, como ejemplo de que podría ser vendido todo entero sin menoscabo de la soberanía nacional, se hace sospechosa, y creemos ver de nuevo á Mefistófeles presentando á Margarita el arca de las joyas para vencer sus escrúpulos y lograr que se arroje á los brazos de Fausto. Porque ni los sofismas más hábilmente presentados, ni las argucias más sutiles llegarán á convencerme de que se puede incrustar un territorio extranjero por la nacionalidad de sus habitantes y por su idioma, dentro del territorio de la República, sin peligro alguno para ésta que se ha reservado el *dominio eminente*. Los que venden sus hogares renuncian á vivir en su patria.

Otra arma á cuyo empleo fía el imperialismo norte-americano el éxito feliz de sus planes, porque le atribuye alcance mayor que el que el mundo le supone, y poder incontrastable, es la famosa doctrina Monroe *ligeramente amplificada* para que llene las exigencias de la época: AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS DEL NORTE.

Podría formarse abultadísimo *in folio* con lo más culminante, lo más meditado, y con mayor lucidez escrito en el Nuevo como en el viejo Mundo sobre la doctrina Monroe, y por lo tanto, ni el sólo índice de ese *in folio* cabría dentro de los límites que he marcado á la presente disertación. Afortunadamente no hay necesidad de fatigar la atención del lector, pues lo que interesa á los mexicanos, lo que podríamos llamar la *última palabra* que ansiábamos escuchar en México respecto á la doctrina Monroe, la pronunció el Jefe ilustre del Estado y quedó consignada, mejor que en mármoles y bronces, en documento oficial y en ocasión solemne.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pertinente es hoy reproducir uua vez más la justa interpretación de la doctrina Monroe hecha por el Sr. Gral. D. Porfirio Díaz, Presidente de la República, en el *Informe* al abrir el 4.º período de sesiones del 17 Congreso de la Unión; el día, 1.º de Abril de 1896. Dice así:

«Entre los acontecimientos relativos á esa gran República (la de los Estados Unidos de Norte América) que, después de mi último informe, han llamado más la atención y despertado el interés de las naciones americanas, hay uno acerca del cual razones de decoro y conveniencias nacionales me obligan á decir algunas palabras. Con motivo de una antigua disputa sobre límites entre Venezuela y el territorio llamado Guayana inglesa, disputa exacerbada recientemente por causas que no es oportuno examinar, el Presidente de los Estados Unidos de América envió un mensaje al Congreso de aquel país recordando, como aplicable á dicha contienda, la famosa opinión ó doctrina que, en un documento semejante, expuso el Presidente Monroe y que, desde 1823, tanta aceptación ha tenido entre el pueblo americano. Muy naturalmente, el recuerdo de esa doctrina, que reprueba toda tentativa de usurpación europea, toda tendencia monárquica de cambiar las instituciones republicanas en el Nuevo Mundo, suscitó vivo entusiasmo en las libres naciones de este Continente, provocando manifestaciones de simpatía en los pueblos y aun en los mismos gobiernos de América.

«No faltaron al Gobierno mexicano invitaciones de carácter internacional, para que desde luego expresara su sentir en tan grave asunto; mas el Ejecutivo creyó que no debía apresurarse á opinar en una materia que, por el momento, no envolvía tan sólo la doctrina Monroe, sino que se extendía á la aplicación de sus principios al caso de la Gran Bretaña en su cuestión con Venezuela. No conociendo nosotros esa cuestión, como tal vez la conocían los Estados Unidos, especialmente informados por el Gobierno venezolano, no estábamos en el caso de presumir que las pretensiones de Inglaterra constituyesen una tentativa de usurpación. Tampoco podíamos creer que toda cuestión de límites, por su esencia, y aún tratándose de puntos controvertibles, fuese materia para la aplicación de aquella sabia doctrina.

«Por otra parte, el simple hecho de que Inglaterra rehusara someter á un arbitramento sus derechos á una parte del territorio disputado (puesto que lo admitía para el resto), no podía ser, á nuestro juicio, motivo suficiente para aquella presunción desfavorable, supuesto que el mismo Gobierno mexicano ha declarado,

más de una vez, que no admite el arbitraje para ciertas cuestiones territoriales en que, á su entender, se interesa el honor del país. Así fué que, en lo personal, me resistí á hacer toda manifestación por la prensa respecto de un asunto que afectaba los intereses, ó los sentimientos más delicados, de tres naciones igualmente acreedoras á nuestro respeto; limitándome á decir que era naturalmente partidario de los principios de Monroe *bien entendidos*; pero ignoraba si serían aplicables al caso concreto de que se trataba.

«Hoy que, felizmente y como debía esperarse, ha pasado la crisis que se creyó amenazaba guerra entre las dos grandes naciones en que se divide la raza anglo-sajona, hoy que nuestra hermana la República de Venezuela sigue en Washington negociaciones pacíficas con su poderosa adversaria, no parece inoportuno acceder al deseo de los que han solicitado que el Gobierno mexicano manifieste su opinión con respecto á la doctrina Monroe. Sin entrar en discusiones sobre su origen y el momento histórico que dió lugar á su manifestación; sin descender á pormenores sobre las justas limitaciones que su mismo autor le fijara, y que con tanto acierto ha recordado el Presidente Cleveland, el Gobierno de México no puede menos de mostrarse partidario de una doctrina que condena, como atentatoria, cualquiera invasión de la Europa monárquica en contra de las Repúblicas de América, en contra de sus naciones independientes, hoy todas regidas por esa forma popular de gobierno. Nuestra historia en general, y señaladamente la lucha de nuestro pueblo por sacudir el yugo de un imperio exótico, de origen, forma y elementos europeos, los torrentes de sangre derramados en esa ruda contienda, dan testimonio ante el mundo de nuestro culto á la independencia y nuestro aborrecimiento á toda intervención extraña.

«Mas no entendemos que sea suficiente, para el objeto á que aspiramos, el que sólo á los Estados Unidos, no obstante lo inmenso de sus recursos, incumba la obligación de auxiliar á las demás Repúblicas de este hemisferio, contra los ataques de Europa (si aun se consideran posibles), sino que cada una de ellas, por medio de una declaración semejante á la del Presidente Monroe, debería proclamar que todo ataque de cualquiera potencia extraña, dirigido á menoscabar el territorio ó la independencia, ó cambiar las instituciones de una de las Repúblicas americanas, sería considerado por la nación declarante como ofensa propia, si la que sufre el ataque, ó amenaza de ese género, reclama el auxilio oportunamente.

«De esta manera, la doctrina hoy llamada de Monroe vendría á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ser doctrina americana en el sentido más amplio, y si bien engendrada en los Estados Unidos, pertenecería al derecho internacional en toda la América. Cuáles sean los medios de llegar á este resultado, por modo práctico y conveniente, es cuestión que no cabe tratar en el presente informe.»

La declaración que acabamos de copiar, noble, digna, patriótica, traduce fiel y acertadamente la opinión de los mexicanos, y ha merecido por eso el aplauso de todos. No menos general ha sido la aceptación que en pueblos extraños ha alcanzado, y es indudable que servirá de norma á cuantos aquí, en Centro y Sud-América traten de interpretar la famosa doctrina.

La sugestión es otro de los recursos empleados por el imperialismo norte-americano para obtener el reconocimiento de la supremacía de la raza anglo-sajona, por parte de los pueblos de otras razas, á los que se ha dado en llamar, impropiamente á mi entender, de raza latina. Y digo que impropiamente, porque demostrado está ya que, por natural evolución, es una raza nueva, ó mejor, son razas nuevas las que pueblan las diez y ocho Repúblicas, á las cuales pretende la Norte Americana imponer su hegemonía, á virtud de la doctrina Monroe amplificada.

El más típico de los procedimientos usados hasta hoy para sugestionar á esas Repúblicas, lo encontramos en la historia de la *Conferencia Internacional Americana* que celebró en Washington sus sesiones desde el 2 de Octubre al 13 de Diciembre de 1889, es decir, hace doce años.

Era Presidente de los Estados Unidos del Norte Mr. Harrisson, y su Secretario de Estado Mr. Bayard. Este, en la convocatoria á las naciones de América, dijo entre otras cosas: «Los asuntos que han de discutirse son de manifiesta y profunda importancia, y es de creerse que un cambio amistoso y franco de opiniones, con referencia á estos asuntos, fomentará la expansión é intimidad de las relaciones sociales y comerciales, fructíferas en resultados benéficos para todos los interesados.»

Reunióse la Conferencia ó sea el primer Congreso Pan-Americano, y su primer paso fué designar como Presidente al Secretario de Estado, Mr. James G. Blaine, que había, en representación del Presidente de la República, abierto la Asamblea. Ni podía ser de otro modo sin faltar los Delegados de las diez y ocho Repúblicas á las más rudimentales reglas de cortesía, dado su carácter de huéspedes de aquel país.

De paso haré observar que he creído siempre que cometieron un error las naciones que acreditaron como representantes suyos en la Conferencia á Ministros Plenipotenciarios que desde antes estaban en funciones cerca de la Cancillería de Washington. Tal antecedente los dejaba cohibidos, cercenaba su libertad de acción y de palabra.

El 2 de Octubre fué, como acabamos de ver, inaugurada la Conferencia. Al día siguiente, los Delegados estaban ya en excursión; se comenzó á sugestionarlos. Veámoslo si no, y al efecto repetiré algo de lo que acerca del viaje de los Delegados dije pocos meses después, con motivo del papel que desempeñó uno de ellos, D. Nicanor Bolet Peraza, que era á la sazón Ministro de Venezuela en Washington.

«En esa excursión, que no vacilamos en compararla con la tela que la araña extiende para hacer la presa de que quiere alimentarse, procuróse hacinar cuanto de magnífico y de maravilloso encierra, por obra de la naturaleza y por obra del humano esfuerzo, aquel emporio de la industria moderna. Tratábase de cautivar á hombres que por su idiosincrasia meridional habían de entonar en su habla melodiosa el himno de la admiración en presencia de grandeza tanta y de tan inmenso poderío. ¿Cómo no fascinarse al contemplar las gloriosas conquistas del progreso? ¿Cómo no proclamar la superioridad de una raza que así, por modo rápido y como impulsada por una voz divina, por pueblo alguno escuchada antes, había realizado incontables prodigios? ¿Cómo, bajo la presión avasalladora de tales circunstancias, palpándolo todo, no habían de quedar preparados suficientemente aquellos Delegados de Repúblicas hasta ayer desangradas por las intestinas discordias, por invasiones inicuas, regidas por estadistas de dudoso sentido práctico, iniciándose todavía en los arduos problemas económicos que la misma vieja Europa no ha sabido resolver; ¿cómo, pensaban nuestros ambiciosos vecinos del Norte, no habían de prestar dócil aquiescencia al programa que se les había llamado á discutir?

«Marcha triunfal se ha repetido hasta la saciedad que fué la excursión de los Delegados, á diversos lugares de la Unión Americana. Con efecto: cuantas comodidades ha ideado la moderna civilización para ofrecer al viajero todo lo que pueda no ya neutralizar sino borrar por completo la tristeza que causa la ausencia del hogar propio, todo eso se proporcionó á los excursionistas. Banquetes y festejos por donde quiera, aclamaciones por todas partes, protestas de fraternal simpatía, halagos sin tasa; ¿qué no disfruta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ron? Volúmenes enteros se han llenado con la descripción de ese viaje portentoso y con la reproducción de los discursos pronunciados aquí y allá, sin tregua, en sucesión vertiginosa, como si no se debiera dar cabida ni al descanso corporal ni al recogimiento del espíritu para evocar los recuerdos de la patria lejana y para estudiar la conveniente solución de los problemas que la afectan, y ver la manera de conducirla á la prosperidad y al goce de todos los bienes.

«Menos flores abren sus corolas en la estación primaveral en el valle de Anáhuac, que flores oratorias y frases lisonjeras se encuentran derramadas en los brindis y discursos dirigidos á los excursionistas, y en las contestaciones de éstos. Aquella fué una verdadera catarata de notas ditirámbicas, aquello fué un océano de miel bastante para endulzar el orbe entero.

«Si las palabras fueran siempre el eco de los corazones, no llegaría á registrarse en la historia de la humanidad ejemplo igual de comunión de ideas, de fraternidad internacional, de identidad de aspiraciones, como las que inspiraron los brindis y discursos á que venimos aludiendo. El insigne descubridor de verdades, como llamó Cicerón al tiempo, se encargará de acrisolar la legítima significación de la Conferencia Internacional de Washington; materia hoy ocasionada á errores de interpretación.»

A pesar de todo, la Conferencia fué un fracaso. La *unión aduanera*, que ocupaba el segundo lugar entre los temas puestos á discusión, pero que era á no dudarlo el primer objetivo, ofreció una oportunidad al delegado argentino D. Roque Sáenz Peña para cubrirse de gloria como orador y como estadista con su discurso nunca bien encomiado, sobre el Zollverein Americano, al que dió el golpe de gracia. El delegado argentino terminó con esta frase: SEA AMÉRICA PARA LA HUMANIDAD! que es la más elocuente expresión de generoso cosmopolitismo contrapuesto á las exclusiones sórdidas del imperialismo anglo-sajón.

Menos amplia, pero siempre inspirada en la autonomía de Sud América, es la declaración que en los momentos mismos en que trazo estas líneas, ha hecho uno de los diarios más autorizados de la República Argentina con referencia al conflicto entre Colombia y Venezuela.

Comentando el editorial que publicó el *New York Herald* el día 9 del corriente mes de Agosto, acerca del citado conflicto y la actitud de los Estados Unidos en vista de la posibilidad,—supuesta á mi entender,—de una intervención europea, *La Prensa* de Buenos Aires se expresó así al día siguiente: «Las naciones de Sud América no pueden menos de aplaudir la resolución de los Estados Unidos de no admitir la intervención de Europa en los asuntos de los países sud americanos; pero *no convienen en que la República del Norte se interponga en favor de uno de los beligerantes invocando la doctrina Monroe, y el derecho de la jurisdicción moral sobre el continente americano. La América del Sur no puede aceptar esta doctrina, sin peligro para su propia soberanía.*»

Pocas palabras son suficientes para explicar á qué obedece la intervención que la América del Norte ansía interponer en el conflicto entre Colombia y Venezuela. Séame tolerada esta breve digresión.

En Colombia se encuentra el Istmo de Panamá para cuya apertura la ciencia francesa y el oro francés han contribuído como no lo han hecho la ciencia ni el oro americanos. Francia tiene múltiples problemas interiores que resolver y peligros en el exterior que conjurar, y tiene también la dolorosa experiencia de los resultados de su intervención en México. Por mucho que le espoleara el deseo de salvar los intereses de sus nacionales, invertidos en Panamá, renunciaría á cualquiera otra necesidad que no fuera la de conservar sus actuales instituciones y la de no ser vencida en la lucha de su industria con la de otras naciones del antiguo continente. Fomentar, pues, en Colombia las discordias intestinas, precipitarla al abismo de una guerra internacional, es iniciar su conquista y avanzar en ella á bien poco costo.

Venezuela tiene una superficie de 1.552,741 kilómetros cuadrados, y es, por lo tanto: tres veces más grande que Francia ó Alemania, cinco veces mayor que Italia, y más grande, con excepción de Rusia, que cualquiera otra de las naciones europeas. En su extensa costa hay 50 ensenadas y 32 puertos, algunos de los cuales podrían dar cabida á todos los barcos de Europa; atraviesan el suelo venezolano 1,005 ríos, y el mayor de ellos, el Orinoco, es uno de los más grandes del mundo, pues recorre 1,300 millas; es navegable en casi toda su extensión; su anchura en algunos lugares de 12 millas; su parte más angosta, es de 3,000 pies. ¡Tesoro más rico no podía tentar la codicia del imperialismo! Hay, pues, que aprovechar la oportunidad que desapoderadas discordias entre pueblos hermanos ofrecen; atizar la hoguera, intervenir para que antes no lo haga otro, y después. . . . *la pata de oro del paquidermo* de que habló el Dr. Frías y Soto en reciente discurso, se habrá asentado en Sud América.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Volvamos al asunto principal.

Decíamos que la *Conferencia Internacional* ó sea el *Primer Congreso Pan Americano,* fué un recurso, un medio empleado para sugestionar á las diez y ocho Repúblicas del Nuevo Mundo, y vimos de qué manera se procuró hacer dormir en los delegados la conciencia del deber supremo, y obedecer, por consiguiente, los mandatos de su hipnotizador. También vimos ya que éste, —si hemos de atenernos á los resultados—no encontró en aquellos el *medium* que había esperado, sobre todo por culpa del ilustre argentino Sáenz Peña. Nada nos resta, pues, que decir á ese respecto, y podemos dedicar algunas reflexiones á la próxima reunión, en la metrópoli mexicana, del *Segundo Congreso Pan Americano.* Dejaríamos inconclusa nuestra disertación si nos resignáramos á no aludir á un acontecimiento que tanta resonancia ha tenido con su solo anuncio, y que la tendrá mayor, tal vez, cuando sus resultados se conozcan.

En nuestros días nadie presta fe á los augures como se les prestó en la antigua Roma. Por lo mismo, en vez de pretender vaticinar lo futuro, debemos fijar los antecedentes del Segundo Congreso Pan Americano, para que una vez conocidos, á cualquiera sea dable marcar las diferencias substanciales que hay entre él y su antecesor.

Ya vimos que la Conferencia Internacional de Washington y los halagos de que, sin tasa, fueron objeto los delegados á ella, obedecieron al preconcebido propósito de imponer la hegemonía de Norte América á las diez y ocho Repúblicas allí representadas, y vimos ya, también, que no se consiguió hipnotizar á los delegados hasta el punto de hacerles renunciar en aras de la supremacía anglo-sajona el derecho que sus respectivos países tienen á conservar y fomentar de un modo libérrimo su prosperidad, por medio de sus leyes aduanales, de sus sistemas de comunicación internacional, de sus monedas. y en una palabra, de todo lo que á su régimen interior y á sus relaciones exteriores convenga. Pues bien, por mucho que la convocación al Segundo Congreso parezca enderezada á obtener lo que en el Primero no pudo lograrse, la próxima reunión en México de esa Asamblea, reviste bien distintos caracteres.

Nótese, en primer lugar, que México fué designado como punto de reunión, sin que lo solicitaran los mexicanos, y que si México expidió con placer la convocatoria, no hizo otra cosa que cumplir con un deber.

Después, hay que tener presente que México no es considerada pura y sencillamente como una nación amiga, sino como hermana, por la inmensa mayoría de las naciones que aquí estarán representadas; que no existen en México tendencias conquistadoras ó imperialistas como se suele hoy designarlas, ni aun el anhelo de que se le considere llamada á presidir coaliciones ó pactos internacionales, pues su dogma es el del apotegma de Juárez; que su preocupación única, su aspiración más noble y más legítima es ser libre, grande por el trabajo é ilustrada por la asimilación de la cultura de todos los pueblos civilizados, sean cuales fueren sus orígenes, su raza, sus creencias; que México no tiene preferencias ni predilecciones que herir pudieran á alguna de las nacionalidades cuya amistad cultiva con empeño, ni celos ni envidias porque esta ó aquella alcancen antes que él riqueza y poderío. Si se prepara á recibir de la manera más digna que posible le sea, á sus huéspedes; si organiza en su obsequio fiestas y paseos; si quiere que la ciudad metropolitana vista sus mejores galas durante la permanencia de los delegados, es porque reconoce, de antemano, en ellos, á ilustres estadistas designados por sus gobiernos para que estudien aquí, como si en su propia casa estuvieran, arduos problemas cuya solución interesa á todas y á cada una de las naciones del mundo de Colón.

¡Plegue al cielo que esos delegados, con alta sabiduría, con absoluta independencia, sin prevenciones, sin debilidades pero también sin alardes de energía, ilustren los asuntos que van á tratar, á fin de que sus acuerdos ó resoluciones,—inspirados en el sagrado amor á la patria,—merezcan sin contradicción el aplauso de los hombres honrados del mundo entero!

De esas resoluciones,—¿por qué no ser optimista alguna vez? —pudiera muy bien surgir, como inmenso foco de luz, el faro que preserve á las Repúblicas americanas de estrellarse en los escollos del tempestuoso océano de las ambiciones de otros pueblos y de otras razas. Mas si así no fuere; si como creía Plauto, el hombre ha de ser siempre el lobo del hombre, ó, como lo expresara un orador conterráneo mío, si solamente el hombre se ensaña en la persecución del hombre, no para devorarle en su hambre como entre los degradados seres de ciertas tribus salvajes, sino para dominar á sus hermanos y ostentar, á despecho de éstos, la vana pompa del poder absoluto, entonces vivamos prevenidos: no cometamos la insensatez de dividirnos y de encender de nuevo las discordias que retardaron el advenimiento de la era de paz que hoy disfrutamos;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque ahora el fruto de esas discordias sería no amargo sino tóxico; las armas que para subyugarnos se emplean nos son conocidas; que no nos desaliente el ciego fatalismo infundiéndonos la creencia de que hay una raza superior llamada á aniquilar la nuestra; que México no sea nueva Danae violada por Júpiter tonante convertido en lluvia de oro, y por último, que si toda previsión y todo esfuerzo no bastan á conjurar el peligro, sucumbamos combatiendo, buscando sepulcro glorioso en las ruinas de la patria como los boeros, llevando por mortaja la bandera que simbolizara nuestra libertad y nuestros derechos.

Coyoacán. D. F., Julio 26—Agosto 17 de 1901.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FRANCISCO SOSA.

EN DEFENSA PROPIA.

CONTESTACION
A LOS FOLLETOS PUBLICADOS POR EL SR. LIC. D. GENARO GARCIA
Y D. LUIS GONZALEZ OBREGON.

MEXICO

TIPOGRAFIA ECONOMICA.
CALLE SUR A. 5 NUMERO 30,
ANTES CAZUELA 10.

1901.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

EN DEFENSA PROPIA.

NO ha llegado todavía á privar en México la costumbre arraigada mucho tiempo ha en Europa, en Norte América y en varias Repúblicas del Sud de este Continente, de exponer en monografías más ó menos extensas, de crítica literaria, el juicio formado por algunos escritores respecto á ciertas obras importantes que se publican; monografías en las cuales se examina con recta intención y ánimo tranquilo el criterio que informa esas obras y la manera con que el asunto ha sido tratado, para deducir si los autores han observado ó contravenido los cánones del arte que cultivan. Y es ese, en verdad, un mal de que debemos dolernos, porque á él puede atribuirse, no única, pero sí principalmente, la pobreza de la producción literaria nacional, toda vez que mata una de las más nobles y más legítimas aspiraciones de todo autor: la de que su obra no sea desdeñada, ni puesta en el olvido.

Claro es que los espíritus superiores no anhelan aplausos, y que saben muy bien que si éstos no son justificados, sinceros y discretos, antes perjudican que favorecen, y cierto es también que las censuras apasionadas y virulentas lejos de contribuir al progreso y desenvolvimiento de las letras las paraliza ó estanca; porque á nadie anima y fortalece el ver destrozado sin razón y sin piedad el fruto de largos

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estudios, de labor fatigante y de penosas vigilias. Pero hay en todas las cosas un justo medio, y en este ha menester colocarse el crítico, si no quiere desautorizar él mismo sus observaciones. Loar lo que es merecedor de alabanza, discutir lo que es controvertible y condenar lo que no tiene defensa, todo con austeridad y rectitud, sin perseguir con encarnizamiento el hallazgo de una víctima que inmolar, he ahí lo que debe hacerse para que el crítico no se concite más enemigos que el natural é inevitable: el amor propio de aquellos autores que creen invulnerables sus producciones y atribuyen á la envidia ó á otra pasión rastrera la opinión que les es adversa.

Volviendo á lo que antes decía, esto es, á que la crítica literaria no ha llegado á tener en México la amplitud de concepto y de expresión que en otros pueblos cultos, haré observar, para comprobarlo, que en nuestro bagaje bibliográfico si bien no son del todo raros los artículos en que algunos periódicos anuncian y elogian obras de reciente publicación, sí son muy contadas las monografías críticas que existen de ese género, como las dos que D. José María Roa Bárcena publicó sobre Gorostiza y Pesado y en las que con la maestría propia de tan ilustre escritor, refiere la vida y estudia las obras de tan conspícuos autores. Y cuenta que en los últimos veinte años del siglo XIX se publicaron obras de largo aliento como la *Historia de la invasión americana* por el citado Sr. Roa Bárcena, y los cinco grandes volúmenes de la *Historia general de México*, intitulada *México á través de los siglos*, debida á publicistas tan justamente renombrados como los Sres. Chavero, Riva Palacio, Zárate, Arias, Olavarría y Vigil. Cada uno de esos volúmenes ameritaba largo y bien meditado estudio, para unir á las enseñanzas que ellos encierran, la enseñanza que envuelve la crítica que todo lo acrisola. ¡Cuánto habrían contribuido al esclarecimiento de la verdad las observaciones, las rectificaciones, la indicación de hechos importantes que acaso escaparon á la investigación de los historiadores ya nombrados; todo aquello, en fin, que tiende á hacer la luz que ilumina las conciencias!

Tampoco se ha procurado ajustar á los procedimientos críticos otros libros, ni aun porque han sido declarados de texto en los planteles en que se imparte á la niñez y á la juventud la instrucción; ni el libro del Sr. Bulnes sobre el porvenir de la raza latina en América, siendo así que se presta, como pocos, á maduro examen por su interés de actualidad; ni el del Sr. Guerrero: *La génesis del crimen en México*, estudio de psiquiatria social, ni algunos otros que por evitar la difusión no menciono.

¿Han falseado los historiadores la verdad? ¿Son peligrosas las doctrinas de los autores? Pues la refutación se impone. ¿Son raudal purísimo de enseñanzas? Pues no es patriótico permitir que permanezca oculto para la mayoría de la sociedad mexicana ese raudal, sino que, por el contrario, es un deber señalarlo á los que anhelan saciar su sed de ciencia y de verdad.

Las consideraciones que preceden me impulsaron á leer con gran detenimiento el libro que hace pocos meses publicó el Sr. Lic. D. Genaro García con el título de *Carácter de la Conquista española en América y en México, según los escritores primitivos* y á escribir á propósito de dicho libro una Disertación que denominé *Conquistadores antiguos y modernos*, disertación que publiqué en forma de folleto, no porque deseara que se le atribuyese otro interés y otra importancia que no sean los que el asunto le presta, sino porque por su extensión sólo podría hallar cabida en una Revista literaria de aquellas cuya publicación aun no se aclimata en México. Existen dos de reciente creación y de incuestionable mérito: *La República* y La Revista Positiva, pero la primera está dedicada á la política y la segunda á la filosofía, y no me creí, por lo mismo, autorizado á pedirles hospitalidad para mi disertación. Demandarla de las publicaciones diarias habría sido ocioso, toda vez que es á la crónica de los sucesos de actualidad á la que preferentemente se dedican para satisfacer la pública curiosidad.

En el folleto á que acabo de aludir procuré demostrar que D. Genaro García se apartó por modo absoluto de las reglas que norman en nuestros días los trabajos históricos; que era injusto y apasionado al inculpar á todo un pueblo—al español—de los desmanes y atrocidades de los conquistadores de América en el siglo XVI; que no era exacto que nadie, antes que él, hubiese rendido tributo á la verdad y á la justicia, al mismo tiempo que á la memoria ultrajada de los indígenas de América; que no era equitativo en sus juicios respecto á autores y personajes; que para poner al servicio de su tesis ciertas frases de algunos autores las entresacaba de manera que mutilado el pasaje resultara falseado el pensamiento; que para él un autor tiene autoridad indiscutible cuando afirma lo que en descrédito de los conquistadores redunda, y carece de esa autoridad y merece reproches cuando enaltece á los mismos conquistadores; que la publicación de su obra parecía enderezada á revivir añejos rencores; que todas las conquistas, las antiguas, como las modernas, y acaso éstas más que aquéllas revestían un carácter odioso; que la Independencia misma no había producido la redención de los indígenas, y, por último, que no había logra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do en la exposición de sus conclusiones demostrar lo que había prometido.

Todos esos puntos y algunos otros que no hay necesidad de exponer nuevamente, los apoyé en autoridades dignas de todo respeto, y evité con el mayor empeño emplear frases deprimentes ó despectivas, llegando en esto al extremo contrario, es decir, á reconocer en el Sr. García altas cualidades de inteligencia y de saber, conformándome con la opinión que de sus dotes expresó el Sr. González Obregón, íntimo amigo suyo, pues por mí mismo no había tenido ocasión de conocerle por sus obras literarias, como no la he tenido de estimarle personalmente, porque tan sólo he hablado con él tres ó cuatro veces en sociedad, y esto, de asuntos ajenos en lo absoluto á la literatura ó las ciencias. Ninguna prevención podía llevarme á serle hostil. Examiné su libro como habría examinado el de cualquier autor extranjero cuyo nombre sonara por primera vez en mis oídos. Por lo mismo que nunca me causó mal alguno, como ahora lo hace saber, podía yo juzgar sin pasión una obra suya.

Novel D. Genaro García en el mundo de las letras, creyó que todos, sin excepción, saludarían la aparición de su libro con el mismo entusiasmo con que D. Luis González Obregón la saludó, y al desengañarse en vista del folleto por mí publicado, presa de la irritabilidad que caracteriza por lo común á los escritores cuando comienzan á experimentar las *contrariedades del oficio*, tomó la pluma y escribió su *Réplica* en forma epistolar que es precisamente la que más se presta á orillar las discusiones al resbaladizo terreno de las intemperancias y de las personalidades, terreno del cual he procurado alejarme desde el día en que mis aficiones me condujeron al no siempre florecido campo de las letras. No extrañe, pues, al Sr. García que al intentar defenderme de los ataques que en su *Réplica* me dirige, me crea yo autorizado á no valerme de la forma epistolar. Sé que en esa forma es más fácil prevenir la crítica, porque ella exige menos elementos literarios, pero renuncio á tal ventaja de buen grado, por la razón poco ha expuesta.

Comienza el Sr. García su *Réplica* mutilando mis conceptos para tergiversar su sentido y hacerme aparecer, por medio de ese procedimiento, lleno de tristeza por el bien ajeno, es decir, envidioso porque el Sr. González Obregón elogió con fervor el libro, cuando lo que dije fué que el inmenso júbilo que me había causado la noticia de la publicación de una obra dedicada á graves y educativas disquisiciones históricas se había trocado en tristeza al conocer dicho elogio "por

que me pareció oír algo así como un toque de atención, como un anticipo de las impresiones que la obra me había de causar, toda vez que mis particulares ideas, que lo que podría llamar mi credo en materias históricas, está en absoluta discrepancia con el credo del Sr. García, como lo está con el del Sr. González Obregón." Después expresé que al analizar y criticar la obra, no entraba por modo alguno el deseo de amenguar el alcance de los elogios que otros le tributaran, ni de rebajar la gloria á que legítimamente aspira un escritor.

De nada de esto ni otras consideraciones preliminares por mí expuestas, hace mención el Sr. García; se limita á presentarme como envidioso.

Séame permitido, puesto de que tan fea mancha trato de librarme, manifestar que entre mis muchos defectos, es el de la envidia el que menos puede reprochárseme. El género literario por mí cultivado preferentemente—la biografía—lo demuestra bien á las claras. Si envidiara ajenas glorias no habría yo enaltecido en mis obras á centenares de compatriotas míos, ni hecho el elogio de ilustres difuntos en discursos y folletos, ni iniciado la erección de las estatuas de más de 50 mexicanos prominentes, ni escrito prólogos para muchos libros ajenos, ni empleado en bien de multitud de autores mis buenos oficios hasta lograr la impresión de libros excelentes que acaso permanecerían todavía inéditos si no hubiera sido por mi tenacidad en ayudar á vencer los tropiezos que los autores encontraban. Esto, dentro de nuestro país. Fuera de él, he sido uno de los que con mayor constancia han procurado dar á conocer á los escritores y poetas mexicanos, enviando sus obras, pidiendo que las juzgaran, y dando á conocer aquí, después, cuantos elogios habían inspirado.

En el prólogo de una hermosa y justamente aplaudida novela de Don Rafael Delgado, consigné en 1891 las siguientes frases: "No es este un libro del número de los que necesitan prólogo ajeno, y si aparece ahora precedido de las presentes líneas, es, acaso, porque el autor de la Calandria me distingue con su estimación, y ha querido asociar mi nombre al suyo, en una obra cuya publicación se debe, en no pequeña parte, á mi tenaz empeño porque no permanezcan inéditas las producciones que juzgo honra y prez de las letras nacionales. Glorióme,—perdone el lector este arranque de legítimo orgullo,—glorióme de haber enriquecido la bibliografía mexicana con gran número de libros que seguramente habían permanecido archivados por sus autores, si no hubiese sido por mi afán en procurar su impresión, pensando *que á trueque de tal servicio podrían darse por compurgadas las fal-*

tas cometidas en mis propias obras. Por cada una de éstas, defectuosas como mías, puedo presentar varias ajenas, de indiscutible mérito, publicadas merced á mí que gozo con los triunfos del saber y del ingenio de los demás, porque debo al cielo el don inestimable de no haber sentido jamás el torcedor de la envidia."

Se ve por lo que acabo de exponer,—no por jactancia sino constreñido por la necesidad de la defensa,—que mal podían entristecerme los elogios tributados al Sr. García por el Sr. González Obregón, por desmedidos que los encontrara, sino en cuanto que los había inspirado la comunidad de ideas contrarias á las mías en ambos Señores.

A seguida el Sr. García dice que he prorrumpido en *vituperios pueriles* en contra suya, porque en la pág. 10 de mi Disertación estampé las siguientes líneas que se cuida muy bien de transcribir *in extenso*.

"El Sr. García, tan apacible, tan equilibrado como lo habíamos conocido, se nos presenta inesperadamente en su nuevo trabajo, rencoroso, agresivo, vehemente, encarnizado, implacable, y esa transformación se debe á que se hundió el mar lleno de sirtes de las viejas crónicas, etc., etc."

Cualquiera que conozca el idioma español podrá decir si resulta baldón ni oprobio, afrenta ó deshonra para el Sr. García de que, juzgándole como escritor, se le llame rencoroso, agresivo, vehemente, encarnizado é implacable, ni mucho menos porque al terminar yo la metáfora de que me serví le hubiese llamado *buzo infortunado*. A extremada susceptibilidad podría atribuirse la interpretación que el Sr. García da á esas y otras frases mías. No de hoy, en cuantas producciones de crítica he dado á la estampa, he evitado cuidadosamente el empleo de vituperios y de palabras mal sonantes. En cambio, el Sr. García en su *Réplica*, dice: "Sospecho que ESTA NECEDAD DE UD. obedece al inocente móvil de darse á sí mismo ocasión de reproducir el antiguo elogio que en 1879 escribió acerca del propio señor (Orozco y Berra): que los manes de éste sean á Ud. propicios."

El calificativo de necio que me asigna el Sr. García no me hiere. Quién ha llamado á Don Antonio de Solís HISTORIADOR ESPAÑOL MENTECATO, mal podía encontrar en su vocabulario un epíteto menos despectivo al dirigirse á mí; porque Solís, es un autor clásico de altísimo renombre al que propios y extraños respetan. Me bastaría recordar que fué émulo de Calderón de la Barca; pero para poner de resalto lo que valía, voy á reproducir el testimonio imparcial de un escritor francés que no le escatima sus elogios al propio tiempo que señala los defectos de que su Historia adolece. Así, los que se dignen

leer esta defensa mía, sentenciarán con pleno conocimiento de causa.

"Para los extranjeros, menos sensibles que los españoles á las bellezas especiales del estilo, Solís es, sobre todo,—dice Mr. E. Baret,—un historiador artista, una especie de Quinto Curcio español, que menos cuidadoso de instruir que de agradar, al mezclar en sus relatos la imaginación del poeta dramático, subordina la verdad á los ornamentos del discurso y parece que escribe más bien que una historia, una novela. Los españoles modernos confiesan voluntariamente esos defectos, y distinguen el oropel que mezcla algunas veces al oro en esa trama brillante; pero se muestran extremadamente sensibles á la perfecta elegancia de su pluma. Le conceden, de grado, el haber escapado mejor que ningún autor de su tiempo al gusto detestable, entonces á la moda, y de no haber conservado del culteranismo sino cierta afectación de galas que no degenera jamás en puerilidades, un gusto de metáforas que no se emplea nunca á expensas del sentido común; conceden á Solís el mérito capital de tener un estilo propio, sin imitador como sin modelo; un estilo de tal manera fundado en el verdadero genio de la lengua castellana, que en él no hay un término, una locución que haya envejecido, y pretenden que, considerando bien las partes sólidas de su obra, se ve que ningún escritor, antes ni después de Solís, ha sabido expresar grandes pensamientos en términos más nobles, más elegantes, más delicados, en períodos más acabados y más armoniosos. En fin, el patriotismo español le concede no solamente el haber consagrado uno de los hechos más gloriosos de las armas españolas, sino aun el haber provisto de un escritor al deplorable reinado de Carlos II, que, gracias á Solís, no ofrece un páramo enteramente estéril."

De intento he copiado á pesar de su extensión, el anterior pasaje en que se nota al punto que no lo ha inspirado incondicional admiración; para que se vea que á pesar de todos los defectos apuntados, poseía Solís dotes literarias que ponen su memoria á cubierto de vituperios como el que el Sr. García le lanzó al llamarle MENTECATO. ¿Podría yo dolerme de que á mí me llame necio?

Habla después de mis *dislates* y me dedica otras frases en su *Réplica* de las que no hago mención por no extender demasiado este artículo y porque deseo tan sólo defenderme de las acusaciones que á mi juicio lo ameritan.

Táchame de que me contradigo porque al propio tiempo que critiqué su obra por creer que en ella se infama á la nación española dije que la noticia del descubrimiento de América despertó, ó mejor dicho,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enardeció la *genial codicia* de los aventureros que á estas regiones se dirigieron. Bien se nota que el cargo de contradicción es infundado, pues esos aventureros no formaban la nación.

Que me esfuerzo en vano por hacerlo odioso, cree el Sr. García. ¿Con qué objeto podía yo intentarlo?

Me pide que me resigne á mirarlo tranquilamente en su senda, y que él á su turno me verá indiferente en la mía, y me oirá defender de igual modo los más execrables atentados.

Puede estar seguro el Sr. García de que no necesito de esa resignación, porque nunca han turbado mi tranquilidad su existencia ni sus obras, ni las de ningún escritor. Es tan grande el mundo, que por gigantesca que pudiera parecerme la personalidad del Sr. García, siempre había yo de creer que no me estorbaba en mi senda, y mucho menos siendo yo tan pequeño que no me ha de faltar un sitio en que colocarme. Se resigna uno á una desgracia, y no lo es para mí la publicación del libro que critiqué.

Dos veces me dice el Sr. García que en la última edición del Diccionario de la Real Academia Española es *precisamente* cuando principia á figurar mi nombre como de académico correspondiente. Agradezco la noticia, pues no poseo un ejemplar del último Diccionario; pero no me sorprende que en dicha edición *principie* á figurar mi nombre. Mal pudo figurar antes, siendo así que fuí elegido en 1891 y hasta mucho después fué hecha la nueva edición del citado léxico.

También me repite que soy individuo de la Real Academia de la Historia. Es cierto que lo soy desde 1893, y si el Sr. García no lo hubiera publicado ahora, acaso no habría llegado á saberse en México; porque cuando alguna corporación ilustre me concede la inmerecida honra de inscribirme en la lista de sus miembros, no solicito en las redacciones que anuncien el hecho, ni aun sin comentarios.

Ninguna de las publicaciones que he hecho de 1891 acá, lleva juntos con mi nombre mis títulos académicos, á pesar de que los más acostumbran poner al frente de sus obras dichos títulos.

Dos veces, igualmente, me dice el Sr. García que pertenezco á la raza indígena. Tenía yo entendido que formaba parte de la que llamé en mi disertación raza mexicana, es decir, de la que "por normal evolución lenta pero indefectiblemente producida por el correr de los años y la desaparición de anteriores generaciones" constituye una nueva raza. Pero esto no es para mí artículo de fe, y no tengo, por otra parte, razón ni motivo para apoyar en él mis opiniones respecto á la obra del Sr. García. Indígena ó no, digo lo que siento y pienso,

y lo único que podría lamentar es no ser indígena de la talla de Altamirano; de Altamirano que en el discurso que pronunció el 16 de Septiembre de 1862 en la Alameda de esta Capital, al aludir á la retirada del General Prim, le califica de noble, reconoce que no quiso hacerse cómplice de una villanía, y agrega: "Con razón. ¡Cómo había de consentir el valiente capitán español que se manchara ese pabellón que no hace mucho había ondeado en sus manos tan brillante y tan limpio en los campos marroquies! No: él ha llevado á su soberana puro y respetable el honor español que se le confiara, y le ha llevado lo que ningún ministro anterior había podido llevar de México: *las ardientes simpatías de este pueblo, los votos más sinceros de sus hijos, la reconciliación verdadera y eterna de ésta que fué antigua colonia de España, y que hoy como nación es su mejor amiga.*"

Por más que la reproducción de las anteriores palabras de Altamirano pueda parecer inoportuna al Sr. García, la creo pertinente ahora que trato de demostrar que después de la reconciliación verdadera y eterna de México y España, no se justifica la publicación de una obra que viene á revivir añejos rencores. Que no soy el único que así opina pruébanlo bien las siguientes líneas tomadas de *La Ilustración Española y Americana*, de 15 de Agosto último: "En el libro del Sr. García nótase falta de justicia y exceso de pasión. Sin entrar á discutir sus apreciaciones, nos limitamos á rechazarlas en cuanto tienden á deprimir glorias nacionales y figuras de hazañas capitanes."

Por su parte, un abogado y publicista mexicano ha dicho hace pocos días en la *Revista Positiva:* "Por lo demás, no quisiéramos ver en el libro que examinamos, (el del Sr. García) un síntoma de resurrección del espíritu antiespañol que en tiempos no remotos dominó á algunos de nuestros compatriotas: demasiados problemas tenemos que resolver todavía antes de que nuestra nacionalidad se haya de considerar como definitivamente consolidada: demasiadas causas perturbadoras se oponen todavía á la formación del alma mexicana, para que vayamos á buscar en problemas históricos, motivos para aumentar nuestra anarquía intelectual y social. Nó; volvamos la vista al pasado para buscar en él, á la par que la explicación imparcial y serena del presente, ideas altas y consoladoras para lo porvenir, jamás odios que nos dividan, *virus* emponzoñados que inoculen la sangre de las generaciones nuevas y que compliquen la obra, ya azás compleja, de nuestra regeneración. Y si para ello es preciso hasta olvidar, olvidemos; si es necesario perdonar, perdonemos: todo con grandeza y magnanimidad, que no por generosos seremos menos mexicanos: al contrario

es posible que lo séamos más y que así nos hagamos dignos de figurar en conspícuo lugar en lo que hemos convenido en llamar la familia latina cuyos vínculos urge consolidar y apretar más y más cada día."

No he sido, pues, el único que ha vislumbrado en la obra del Sr. García la intención de revivir odios y rencores, ni he sido tampoco el único que ha juzgado inoportuna la publicación de su obra. Véase ahora cómo no sólo yo, sino también el autor del artículo publicado por la *Revista Positiva* encuentra en el *Carácter de la Conquista Española en América y en México* los mismos defectos que señalé en mi disertación. Y debo hacer notar que el Sr. P. M. no conocía al formular su juicio, el que informa mi crítica.

"Ahora bien,—dice el Sr. P. M.,—si éste (el libro del Sr. García) se hubiera escrito para presentar reunidos los textos de los historiadores que pintan el carácter español como duro y dado á la superstición, y que describieron con más ó menos proligidad y minucia los horrendos hechos de la conquista española en América, y especialmente en México y el Perú, no merecería sino felicitaciones, porque había logrado plenamente su intento. Pero no: el Sr. García no se ha propuesto eso: ha querido que haya quien, "siquiera sea en las postrimerías del siglo XIX rinda debido tributo á la verdad y á la justicia, al mismo tiempo que á la ultrajada memoria de los indígenas de América." Y con este pensamiento y para realizar este propósito ha acumulado en 450 páginas, todas las negruras, todas las brutalidades, todos los horrores que acompañaron á la obra de la conquista española. ¿Es esto rendir el "tributo que es debido á la verdad y á la justicia"—para emplear sus mismas palabras? No, y mil veces no. La verdad resulta mentira cuando no es completa y esto es lo que se hace cuando sólo se traen á colación las crueldades y se olvidan los beneficios.

"Que vinieron aquí aventureros codiciosos ¿quién lo ha puesto en duda?—Pero vinieron también Fray Bartolomé de las Casas, Fray Pedro de Gante, Fray Vasco de Quiroga, y otros muchos que protegieron al indio hasta donde pudieron, que se interpusieron entre él y el conquistador, y que al fin y al cabo, al darle su lengua y su religión, lo hicieron partícipe de lo que hemos convenido en llamar *la civilización*, redimiéndolo hasta donde era posible de sus propias negruras, de sus propias crueldades, de sus propios horrores; que no eran tampoco los *infortunados indígenas* de América, ni muy tolerantes, ni siquiera muy humanos entre sí.—Ojalá y lo hubieran sido: ojalá y el brutal conquistador español hubiera encontrado aquí menos tiranías

y menos crueldades, que tal vez entonces habría tropezado, en su obra nefanda de explotación de carne humana, con obstáculos que habrían producido, como resultante, la formación de un pueblo viril y enhiesto, más viril y más inhiesto que lo que somos, aun hoy día, después de un siglo casi entero de pretendida libertad y de independencia efímera y quebradiza.

"No, y mil veces no: la justicia no se administra, como el Sr. García pretende haberla administrado: él sabe, como distinguido abogado que es, que la justicia tiene oídos para el *pro* y para el *contra*: que su simbólica balanza tiene dos platillos; que no pronuncia sus fallos sino después de haber visto qué dirección toma el fiel, poniendo previamente en cada platillo los testimonios contradictorios; y todavía más, que aun cuando uno de ellos se incline, de modo resuelto, y con él arrastre el juicio de la historia, ésta debe tomar en cuenta lo que en términos jurídicos llámanse "circunstancias atenuantes."

"Que los monarcas españoles no siempre observaron escrupulosamente los pactos hechos con sus enemigos rendidos!—¿Y qué se infiere de aquí? ¿Que el español es el hombre más desleal y que ha calentado el sol? Mentira!—Ahí está la tradicionalmente "pérfida Albión:" ahí está Luis onceno de Francia, ahí están..... no sabemos cuantos más perjuros, á quienes la historia ha flajelado sin piedad, pero sin deducir consecuencias que alcancen á la totalidad del pueblo á que tales felones han deshonrado, y teniendo siempre en cuenta las circunstancias de época, de medio ambiente y tantas y tantas otras que explican, por más que no justifiquen, semejantes monstruosidades.

"Que los monarcas españoles fueron ciega y despiadadamente crueles al expulsar moros y judíos de su territorio! Y bien: ¿olvida el señor García lo que fué para Francia la revocación del edicto de Nantes? ¿No conoce acaso el reverso de la medalla, con las persecuciones que los católicos sufrieron en Inglaterra en tiempo de Enrique VIII?—Sí, el Sr. García conoce y sabe esto y mucho más: sus estudios no pueden menos de haberle enseñado, á él que tiene que ser un sociólogo, que el calvario humano ha sido, poco más ó menos, en todas partes el mismo: que cada libertad, que cada mejora, que cada paso de los que significan nuestro progreso, se ha conquistado con mucha sangre, con muchos dolores, con infinitas lágrimas, que todavía corren, y se sufren y se vierten—¡oh vergüenza para nuestro incipiente siglo XX!—en China, en el Transvaal, en las Filipinas y en otros muchos lugares de la tierra!"

Ideológicamente iguales son los cargos que hice á la obra del señor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

García, y por los cuales me ha llamado en su *Réplica* el mismo señor, envidioso y necio. La alta y merecida posición que el Sr. P. M. ha sabido conquistarse en el foro mexicano y en diversas esferas de nuestra sociedad, le pondrá á salvo—cierto estoy de ello—de que de necio y de envidioso se le tache.

Se me acusa por el Sr. García de no haber comprobado ninguna de mis afirmaciones. Pues bien, con numerosas citaciones demostré que el Sr. Orozco y Berra había, antes que el Sr. García, expuesto en obra magistral los horrores y crímenes de la Conquista, sin dejar por eso de señalar las dotes de algunos de los conquistadores; sin omitir nada de lo que en justísimo elogio de los indígenas cabía decir, y sin embargo, á esa demostración nada objeta el Sr. García, como tampoco á las opiniones del Sr. Quesada.

Hace notar el referido señor que mientras Doña Emilia Pardo Bazán y D. Francisco Pí y Margall, escritores españoles, "proclaman á voz en cuello y con energía desesperada" las faltas de sus compatriotas, yo, mexicano de *sangre y de nacimiento* quiebro enmohecidas y embotadas lanzas contra él, que ha dicho algunas verdades concernientes al pasado de España. La explicación de este hecho es bien sencilla: después de los desastres sufridos por los españoles, al verse despojados de sus antiguas Colonias, "con energía desesperada," como dice el Sr. García, esos ilustres escritores y otros muchos, emplean todo género de recursos para lograr la regeneración de su patria. Bien distinto parece ser el objeto del Sr. García, y no creo aventurado suponer que esos mismos escritores españoles encontrarán en la obra del señor García no la de un colaborador para el logro de aquellos fines sino la del que pugna, á título de revelar verdades históricas, por hacer imposible la fraternidad de los pueblos del Nuevo Mundo con la antigua dominadora. Será este un error mío. Ya en la página 7 de mi folleto dejé dicho que no presumo, por más que mis razonamientos son dictados por el amor purísimo á la verdad, que mi sentir y mi pensar hayan compenetrado de tal modo el libro del Sr. García que mis observaciones y reparos constituyan algo que sea irrefutable, algo que se imponga incontrastablemente.

La explicación que da el Sr. García respecto á no haber llamado á Motolinia *don* Fray Toribio, es completamente satisfactoria. El erudito y muy estimable Sr. D. José María Agreda y Sánchez hízome la observación que ahora me repite el Sr. García, que debe haber tenido ocasión de oirla al mismo Sr. Agreda.

Copia el Sr. García varios párrafos de un antiguo libro mío para demostrar que antes que él había yo condenado los crímenes de la Conquista. No niego el hecho, antes bien ratifico esos juicios y otros que pudo haber citado el Sr. García. Sencillamente agregaré hoy, que lo que omite él recordar es que llamé valerosos á los conquistadores de México; que reconocí en Cortés *altas dotes que no podrán ser opacadas nunca por las manchas que se descubren en no pocas de las páginas de su legendaria historia*; que han procedido bien los gobiernos al conservar en Coyoacán la que se cree antigua Casa de Cortés, "porque al abrigo de esos muros dictó el primer mandatario español sus primeras disposiciones administrativas, y porque un pueblo ilustrado no puede mirar con desdén, y mucho menos con horror, el monumento que le recuerda el comienzo de una nueva era, la de la civilización cristiana; por más que el advenimiento de esa era hubiera sido alcanzado á precio de cruentos sacrificios, pues no de otra manera ha logrado la humanidad adquirir los beneficios de la civilización de que al presente se gloría y enorgullece, y nuestra patria no podía ser la excepción única de aquella ley fatal."

Sí, he condenado y condeno los horrores de la Conquista siempre que para hacerlo encuentro una oportunidad; pero nunca he dicho que de esa conquista se hubiesen derivado males únicamente, ni que hubiese tenido por objeto extirpar á los indígenas por que eran infieles.

Porque califiqué de inoportuna la publicación del libro del Sr. García, me devuelve éste el cargo diciendo que es inoportuno todo lo que recuerdo en mi folleto respecto á lo que los conquistadores anglo-sajones han hecho y hacen todavía. El que conozca dicho folleto ó siquiera su portada, dirá si era pertinente ó no hacer mención de los atentados que apunté.

Otro de los cargos que el Sr. García me acumula es el de que no me canso de hablar. Si esto fuera exacto, habría yo llenado otras muchas páginas con la crítica de innumerables vocablos y locuciones que usa y que no están autorizados por el Diccionario de la lengua ni por escritores de mérito. No soy servil observador de los preceptos académicos; empleo algunas veces términos que no figuran en el Diccionario, siempre que los haya visto en escritores bien reputados; á lo que no me atreveré nunca es á hablar de la *guadaña de la civilización*, ni á decir que los amigos de Cortés no *dilataron* en comprender cuán conveniente era que se fundase una población, ni menos que mis afirmaciones quedan en pie y *muy giritas*. Pequeñeces son esas y otras cien y cien que habría yo señalado si fuera tan afecto á hablar como

cree el Sr. García. Y la mejor prueba que de ello puedo dar, es el poner aquí punto final á la discusión respecto á su obra dejando al juicio de los que la conozcan y los folletos á que ha dado lugar, la sentencia desapasionada.

Coyoacán, Octubre 8 de 1891.

***

Escrito ya lo anterior, y cuando me disponía á procurar su impresión, ha llegado á mis manos un folleto, en el cual D. Luis González Obregón ataca el que escribí á propósito de la obra de Don Genaro García.

Substancialmente son los mismos cargos formulados por éste, los que el Sr. Obregón me dirige: que soy envidioso, que trunco los juicios por ellos expresados, que soy ignorante é inconsecuente, inocente, que me contradigo, que soy un ocioso, etc., etc. No hay, por lo tanto, necesidad de intentar una nueva defensa.

Pero como pudiera creer el Sr. González Obregón que le menosprecio si á su folleto no respondo, voy á insertar aquí los cuatro primeros párrafos de dicho folleto, y á decir algunas palabras respecto á las ideas que en ellos se expresan, y acerca de aquellos conceptos que creo de mi deber rectificar. Dice el Sr. González Obregón:

"Difícil es á los escritores apreciar sus aptitudes intelectuales, pues no conociéndose suficientemente á sí mismos, y sacrificando todo á su vanidad y al inmoderado afán de hacerse célebres, no concentran sus facultades en alguno de los ramos del saber humano.

"Hay muchos que intentan á la vez distinguirse como poetas, novelistas, oradores, historiadores, biógrafos, periodistas, críticos, en una palabra, pugnan inútilmente por conquistar todos los lauros y todas las palmas, sin arredrarse por los continuos desdenes del público lector. Cada uno de sus ensayos, es un desastre, pero nuevas esperanzas despiertan en ellos nuevas ilusiones, y no conformes con los elogios justos ó benévolos que se les conceden, concluyen por verse despreciados ú olvidados.

"Su sed, sin embargo, es insaciable, y á fuerza de derrotas y de no tener afectos, se les forma un carácter hosco, agrio, displicente, irritable, y de allí que no soporten elogios á otros que no sean á ellos, y á cada paso piensan hallar intenciones malévolas ó ruines pasiones en obras escritas con erudición y buena fe.

"Lejos de mí la mente de rebajar con estas reflexiones la reputación que tiene adquirida el Sr. Don Francisco Sosa, modesto, laborioso y fecundo escritor que es bien conocido aquende y allende los mares y que ha sido agraciado con los títulos de doctas corporaciones mexicanas y extranjeras, y á quien la literatura patria le debe haber publicado, además de las suyas propias, joyas ajenas de indisputable mérito; pero en el Sr. Sosa—perdón por mi franqueza y atrevimiento, —creo encontrar algo de aquellos escritores á que he aludido líneas arriba."

Por más que en el último de los párrafos que acabo de copiar quiera el Sr. González Obregón, mitigar el alcance de sus anteriores ataques, nadie dejará de comprender que no algo sino todo lo que encuentra en aquellos escritores lo encuentra también en mí y que por eso aludió á tales defectos.

No seré quien diga que cada una de mis pobres producciones me ha proporcionado un triunfo. Si por fracaso en materias literarias se entiende el no vender un autor sus libros, y el no venderlos porque el público lector los desdeña, ciertamente que debo considerarme despreciado ú olvidado como dice el Sr. González Obregón. Consuélame, sin embargo, saber que en punto á no agotarse las ediciones de mis libros, me encuentro en la misma condición de la inmensa mayoría de los escritores mexicanos. No solamente mis obras que nada valen, las de los demás eminentes literatos mexicanos, con rarísimas excepciones corren la misma suerte, y de ello pueden dar fe nuestros libreros y los autores mismos, con lealtad y franqueza.

Si por desastre entiende el Sr. González Obregón el que no obtenga el escritor elogios, entonces me veré precisado á recordarle que precisamente á dos de mis peores libros los ha elogiado él, pues por mis *Doce leyendas*, incorrectas y vulgares, verdaderos ensayos ó tanteos de juventud, me incluyó con encomio en su Catálogo de *Novelistas Mexicanos*, y acerca de mis *Sonetos* publicó un juicio, inmerecido por lo favorable, en *El Liceo Mexicano*. Que no por falsa modestia digo que no merecerían ni mis leyendas ni mis sonetos esos elogios, lo prueba el hecho de que no he reincidido en la falta de escribir leyendas y sonetos. Me replicará que por benevolencia no me criticó; pero como quiera que sea, no tiene razón para contarme en el número de los que pugnan inútilmente por conquistar todos los lauros porque no saben apreciar sus aptitudes.

Si fuera vanidoso como me cree el Sr. González Obregón, daría yo una prueba de ello reproduciendo aquí las dedicatorias que ha es-

tampado en los ejemplares de las obras con que me ha obsequiado. En ellas se vería que me atribuye talento, saber, erudición, y más todavía, que me admira y que me profesa eterna gratitud. Puede el Sr. González Obregón replicar á esto que esas frases de estampilla nada significan sino meras galanterías; pero cuando menos habré dejado demostrado que no es sincero ó que sus halagadoras frases obedecen alguna vez á móviles personales. ¿Cómo dejar de sospecharlo cuando todavía ayer puede decirse, al remitirme su artículo sobre el libro del Sr. García, me dice en carta de 25 de Julio último, que soy su *fino amigo*, y agrega: "Leí con muchísimo gusto el Prólogo de Ud. para "El Zarco." En pocas pero galanas líneas expresa Ud. un concreto juicio acerca de la importancia de la obra y de la influencia literaria del inolvidable Maestro. Aplausos merece Ud. por su Prólogo, y también porque á Ud. deben las letras patrias que esa novela se hubiese concluido y publicado.—Suyo siempre, admirador y amigo."

Ahora bien, ¿puede decirse que tengo un carácter hosco, agrio, displicente irritable y que no soporto elogios que no sean tributados á mis obras, cuando,—como se acaba de ver,—no carezco de afectos, puesto que el mismo Sr. González Obregón me llama su fino amigo y tengo en él un admirador? Porque si más tarde,—según se deduce del epígrafe de su folleto,—considérame ya su enemigo y escribe en *represalias*, no pude adivinarlo al manifestar mi inconformidad con sus ideas. Por mi parte, después de haber leído las invectivas del Sr. González Obregón, sigo reputándole diligente investigador de noticias curiosas respecto al *México Viejo*, erudito historiógrafo, etc., etc. No retiro ni borro ninguno de los elogios que le he tributado en las dedicatorias con que he correspondido á las suyas, pues jamás calzo con mi firma sino lo que creo justo y merecido.

Me concede que la literatura me es deudora de la publicación de joyas ajenas de indisputable mérito. Ya lo hice notar al Sr. García, y ahora sólo me resta decir,—á riesgo de ofender la modestia del Sr. González Obregón,—que de varias de esas joyas es él el artífice, por más que no haya querido aludir á ellas. Tampoco yo lo habría hecho si no me viera obligado á defenderme del feo defecto de envidioso que me atribuye.

El que sin envidia, antes con vivo entusiasmo ve la publicación de joyas literarias, mal puede haber sentido la tristeza del bien ajeno al solo anuncio de un libro del Sr. García, y por el fervoroso elogio del Sr. González Obregón. Cualquiera creería que encontré tan excelsas ambas producciones que me hicieron sentir por vez primera la

tristeza del bien ajeno, al comprender que aquellos trabajos conducían derechamente á la inmortalidad.

Paso por alto las finezas y amabilidades del Sr. González Obregón en cuyo concepto me "descarrilo y doy tumbos fuera de la via y canso con materias que no ha tocado el autor del *Carácter de la Conquista Española en América*, y pierdo los estribos de la serenidad y de la razón y, sueltas las riendas del flaco rocinante de mi criterio, huyo en precipitada fuga atropellando á todos y creyendo hallar en todos, follones y malandrines;" paso por alto que me censure porque no he respetado el duelo de los americanos por el asesinato de su Presidente, publicando un folleto escrito antes de cometerse tan horrendo crimen: todo eso y más, lo paso por alto, mas no puedo prescindir de rogarle que no me califique de *blasfemo é inmoral* porque dije que la Conquista fué Nilo desbordado por la Providencia y que una vez que la inundación hubo pasado y merced á aquel siniestro alzóse en la tierra mexicana el árbol gigantesco de una nueva nacionalidad. Créame el Sr. González Obregón: si me veo alguna vez en la necesidad de emplear un símil, no usaré de las *flores marchitas de mi retórica*, sino que copiaré el siguiente, tomado del libro del Sr. García: "La tardía hora de la libertad sonaba pues. El acendrado patriotismo de los mexica podía manifestarse ya en franca explosión. ¿Quién podría contenerlo ahora? Abiertas las cortinas que retienen las aguas inquietas de una presa, desbórdanse éstas y pricipítanse en corriente irresistible arrollando á su paso cuanto se les opone; así tenía que suceder con el pueblo mexicano: una vez desencadenadas sus justas iras, no habría fuerza alguna capaz de contenerlas."

Sin citar á la Providencia y hablando de una presa de inquietas aguas, evitaré asustar á nadie con *blasfemias é inmoralidades* y no lastimaré el delicado oído de nadie con frases huecas, como dice el Sr. González Obregón que lo hago.

Voy á concluir, por que no hay razón ni motivo para hacer interminable la discusión acerca de la obra del Sr. García; no por que para publicar un folleto sea necesario un Mecenas como cree el Sr. González Obregón, pues basta para ello sencillamente un editor. Cualesquiera que sean los ataques que se me dirijan por mi nuevo folleto, guardaré absoluto silencio, aun cuando me atribuya el Sr. González Obregón, la fea costumbre de los chiquelos malcriados de *sacar la lengua*, como me lo repite en su folleto de represalias. A mi entender, los que para el público escribimos más altos fines debemos perseguir que la calificación de las dotes personales de los que expresan ideas con-

trarias á las nuestras. De más de esto, no me complacería que llegara alguna persona suspicaz á creer que todos los folletos á que ha dado lugar la obra de D. Genaro García, tienen por objeto hacer un reclamo so capa de analizarla uno y defenderla otros.

Coyoacán, Octubre 12 de 1901.

Francisco Sosa.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS